facilitan el estudio de las ~~ciencias especulativas. En los negocios~~ había aprendido doña Lupe á preferir una liquidación con pérdida á las contingencias de un asunto embrollado que podría llegar á ser ruinoso. En los negocios aprendió á tomar de ciertos deudores ahogados lo que éstos querían dar, antes que meterse en pleitos; y otras muchas cosas le enseñó la experiencia que le sirvieron para redondear su fortuna.

Pues pensando en su sobrina, vino á sentar ciertos ~~puntos~~ que discutió consigo misma, dándolos al fin por indestructibles, á saber: que aquello no tenía remedio, que la deshonra era inevitable, si bien no recaía sobre doña Lupe, pues á todo el mundo constaba que ella no la alentado ni los desvarios de Fortunata. Esto lo sabían hasta los perros de la calle. Por consiguiente, bien podía la señora estar tranquila sobre este particular. Segundo punto: Fortunata sería todo lo mala que se quisiera suponer; ~~ella declaraba que lo era en grado máximo.~~ Pero había pertenecido á la familia, y la persona más importante de ésta no podía menos de echar una mirada hacia la descarriada joven para enterarse de sus y tratar de impedir que arrojase sobre ignominias mayores. Presentábase un problema grave, cuya solución no estaba al alcance de los entendimientos vulgares. Aquel pequeñuelo que iba á presentarse en el mundo era, por ley de la Naturaleza, sucesor de los Santa Cruz, único heredero directo de una poderosa y acaudalada familia. Verdad que por la ley escrita, el tal era un Rubín; pero la fuerza de la sangre había de sobreponerse á las ficciones de la ley, y si el señorito de Santa Cruz no se apresuraba á portarse como padre efectivo, buscando medio de transmitir á su heredero parte del bienestar opulento de que él disfrutaba, era preciso darle el título de mónstruo [illegible]

¡Oh! si á mí me hubiera pasado, lo que le ha pasado á esa [illegible]ona—se decía,—¿cómo no me había de señalar una pensión de alimentos? Ya pondría yo las peras á cuartos si no... Bonito genio tengo yo para estas cosas... ¡Ah! Pues si esa tonta hiciera caso de mí, y se dejara llevar... Lo que es ahora, yo le aseguro que sus [illegible] ó seis mil duros de pensión no se los quitaba nadie... Lo primero que yo haría era plantarme en casa de doña Bárbara y leerle la cartilla bien leída... Y lo haré, lo haré, aunque esa simple no me autorice. No lo puedo remediar; me inspira lástima ese pobre niño, y es un dolor que viva pobre siendo hijo de [illegible]os. Pues el día de mañana, cuando crezca y sea preciso librarle de quintas y darle carrera, ¿qué va á hacer esa infeliz? No, esto no puede quedar así... ¡pobre criaturita! Hay que hacer algo, ~~hay que hacer algo por ese niño~~ ~~ese será muy guapo, de seguro y muy gracioso~~... No, lo que es yo no me callo, yo me voy á ver á doña Bárbara, y con esta labia que tengo ~~le cuento la historia~~ le hago ver el

3ª

disparate de que su nieto esté ~~en la miseria~~... porque ~~en la miseria están~~ ¿De qué va á vivir? Las acciones del Banco se las comerá en un par de años, y con el rédito de los treinta mil reales no tiene ~~Fortunata~~ ni para ~~[illegible]~~. Lo que es dinero de Maxi no lo ha de ver, de eso respondo, porque ~~[illegible]~~ sería el colmo de la ~~ignominia~~... Nada, nada; que yo doy ~~este paso, le doy ó reviento~~, siempre y cuando el señorito ese no le señale ~~la pensión~~ en el término de un mes. Vaya si lo ~~hago~~... Me pongo mi abrigo de terciopelo, mi capota, mis guantes y... Ahora se me ocurre que debo empezar por darle una embestida á mi amiga Guillermina, que se hará cargo de la justicia del caso... Sí, ¡magnífica idea! Guillermina hablará con la otra ~~[illegible]~~, ~~yo estoy decidida á dar la campanada gorda~~. Ahora, ahora comprenderá esa loquinaria la diferencia que ~~[illegible]~~ entre obrar ella por cuenta propia y tenerme á mí por consejera y directora. ¿Apostamos á que ella, si el otro no le da un cuarto, se deja estar con santa pachorra, sin atreverse á nada, tragando hiel y muriéndose de ~~[illegible]~~. Pero yo, cuando hago el bien, lo hago contra viento y marea, y se lo meto por los hocicos á las personas tercas ó inútiles que no saben hacer nada por sí.„

Estas ideas, que fermentaron en el cerebro de aquella gran diplomática y ministra durante todo el mes de Marzo, determinaron los recaditos que mandó á Fortunata con Ballester, el encargo que hizo á Quevedo de asistirla cuando el caso llegara, no vacilando en decir al feo y hábil profesor de obstetricia que ~~aquel servicio corría por cuenta de ella~~. ~~Y cuando ella se aventuraba á hacer este anticipo, su cuenta le tendría~~. Algo la desconcertó Maxi, el día en que se mostró sabedor del secreto ~~y lo razonable de sus juicios y la tranquilidad de su ánimo la desconcertaron más~~, pues la señora, para hacer todos aquellos proyectos benéficos en interés del vástago de Santa Cruz, *partía del principio* de que su sobrino ~~continuaba enteramente trastornado y de que al fin habría que borrarlo del número de las personas inteligen-~~

peor que un inclusero.

án hijo y madre

sopas.

afrenta y de la tontería...

an

la campanada gorda,

¡¡hala!...

doy

y...

su

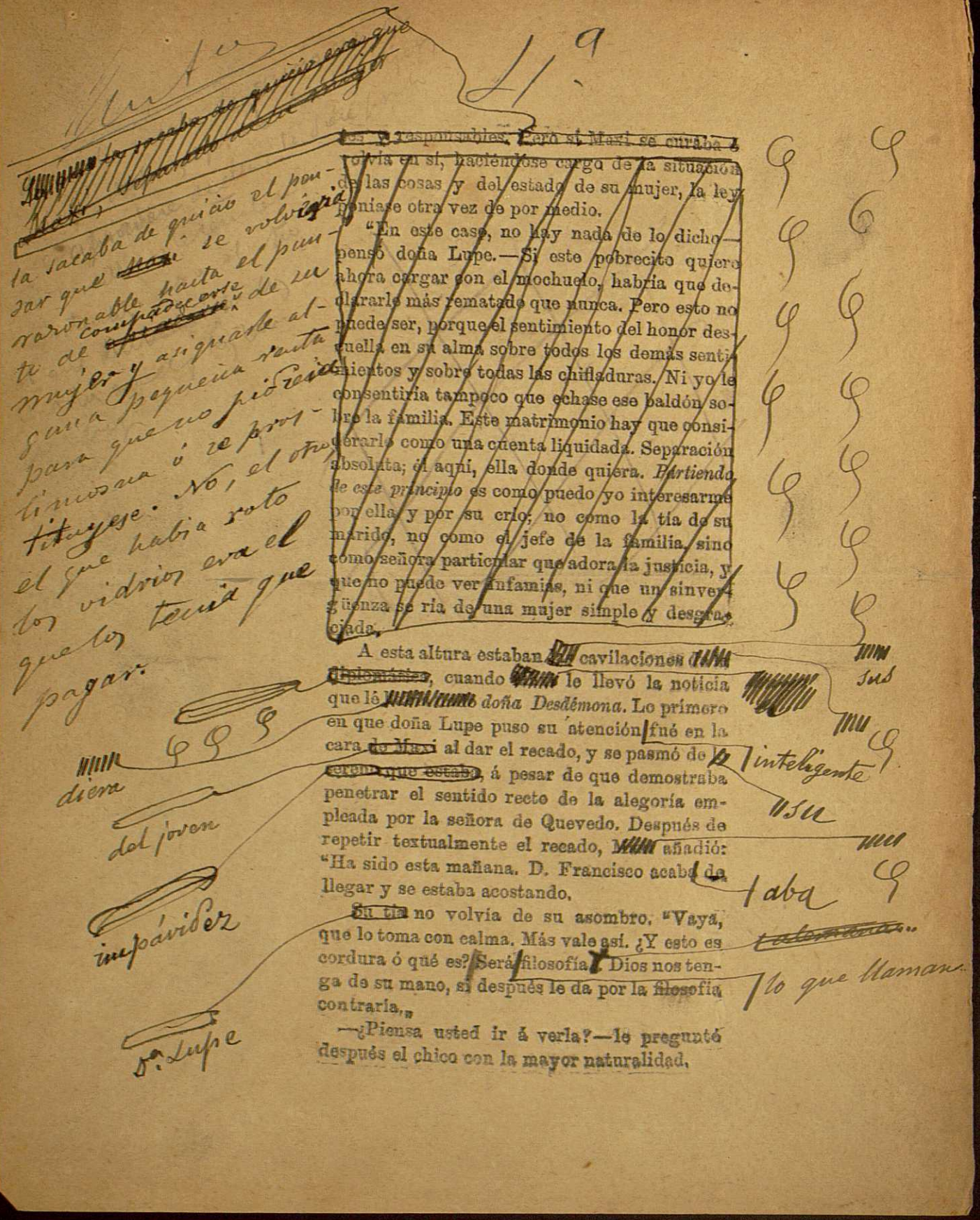
el estipendio

hay

hambre?

sus honorarios no serían perdidos.

desconocía ~~ignoraba~~ en absoluto la verdad. Muchísimo se alegraba de verle tan sereno; pero



les y responsables. Pero si Mari se curaba y volvía en sí, haciéndose cargo de la situación de las cosas y del estado de su mujer, la ley poníase otra vez de por medio.

"En este caso, no hay nada de lo dicho—pensó doña Lupe.—Si este pobrecito quiere ahora cargar con el mochuelo, habría que declararle más rematado que nunca. Pero esto no puede ser, porque el sentimiento del honor descuella en su alma sobre todos los demás sentimientos y sobre todas las chifladuras. Ni yo le consentiría tampoco que echase ese baldón sobre la familia. Este matrimonio hay que considerarlo como una cuenta liquidada. Separación absoluta; él aquí, ella donde quiera. *Partiendo de este principio* es como puedo yo interesarme por ella y por su crío; no como la tía de su marido, no como el jefe de la familia, sino como señora particular que adora la justicia, y que no puede ver infamias, ni que un sinvergüenza se ría de una mujer simple y desgraciada."

A esta altura estaban las cavilaciones diplomáticas, cuando le llevó la noticia que lé *doña Desdémona*. Lo primero en que doña Lupe puso su atención fué en la cara de Mari al dar el recado, y se pasmó de lo [illegible], á pesar de que demostraba penetrar el sentido recto de la alegoría empleada por la señora de Quevedo. Después de repetir textualmente el recado, añadió: "Ha sido esta mañana. D. Francisco acaba de llegar y se estaba acostando.

Su tía no volvía de su asombro. "Vaya, que lo toma con calma. Más vale así. ¿Y esto es cordura ó qué es? Será filosofía. Dios nos tenga de su mano, si después le da por la filosofía contraria."

—¿Piensa usted ir á verla?—le preguntó después el chico con la mayor naturalidad.

M.C.D.2020

—¿Yo?... pero qué cosas tienes... Veo que es inútil hacer comedias contigo. Con ese talentazo que nada se te escapa... Pues no pienso ir á verla. Sólo por curiosidad he querido saber lo que sé... Pero de aquí en adelante como si no existiera. ¿No piensas tú lo mismo?

—Exactamente lo mismo... ¿Ve usted lo frío y sereno que estoy?

—Así me gusta. Esto se llama ser filósofo y elevarse sobre las miserias humanas — dijo doña Lupe con emoción verdadera ó falsa.—No vuelvas á acordarte más del santo de su nombre...

—Y aunque me acordara, tía, aunque me acordara...

—Para qué. Tú no has de verla.

—Y aunque la viera, tía, aunque la viera...

Doña Lupe se alarmó un tanto oyendo esta frase, dicha con cierto sentido de tenacidad maniática. Pero Maximiliano se apresuró á tranquilizarla con este argumento: "¿Pero no ve usted, tía, lo sereno que estoy? ¿No observa usted lo cuerdo que estoy? Si no me he visto nunca así, ni en mis mejores tiempos... Esté usted tranquila, que no haré ningún disparate. Ya quisieran todos...

Doña Lupe tomó pié de esto último para variar la conversación: "Dices bien. ¿Sabes que tu hermano Juan Pablo me parece á mí que no está bueno de la cabeza? Hoy estuvo otra vez á darme la jaqueca. Anda que le he de hacer el préstamo ó se pega un tiro. ¡Como no se mate él! Es el egoismo andando. Se necesita atrevimiento para pedirme dinero un hombre que cuando debe no hay medio de sacarle un real, y se enfada cuando una le pide lo suyo. Dice que le van á hacer secretario de un gobierno de provincia y que sé yo qué... ¿Tú lo crees? Muy rebajada está la talla de los empleados;

M.C.D.2020

pero no tanto... En fin, si quieres, comeremos. Para mí he puesto carne; pues yo, aunque no me entran ciertas cosas, comeré pescado. Es conveniente en este tiempo aligerar la alimentación, y además, siempre que sea posible, se debe cumplir.„

En aquel segundo ataque desesperado que dió Juan Pablo á su tía, salió el pobre hombre más muerto que vivo. Su tía no era ya simplemente una mujer mala; era un mónstruo, una furia, un dragón. Aquel tiro con que él se amenazaba á sí mismo, cuánto mejor estaría empleado en ella. Libraría á la sociedad de un espíritu horrible y el género humano respiraría tranquilo el día en que la feróz predicantista expirase. "Pero ese tiro, ¿me lo doy ó no me lo doy?... No tengo más remedio que dármelo—iba entrando por la calle de la Magdalena.—Por ninguna parte veo la solución. Y lo que es el tiro, me lo pego; vaya si me lo pego... Lo malo es que no tengo revólver... Se me está figurando que al fin y al cabo no me pegaré tiro ninguno. Es uno así, tan débil, que no se atreve... Ya voy viendo yo que una cosa es decir uno que se mata, y otra cosa es hacerlo... Pero en fin, yo sigo en mis trece, y al fin, me lo tendré que pegar, no habrá más remedio.„

VI

Estuvo con un humor de mil diablos todo el Jueves y Viernes Santo. El Sábado, á poco de entrar en la oficina, le llamó Villalonga á su despacho. Rubín se dirigió allá palpitante de emoción. "Dios—se decía,—¿será para dar-

me la secretaría del Gobierno de provincia? ¡Qué cuña, si no es para esto, qué cuña, ya no aguanto más! En cuanto salga del despacho del jefe, me ~~[illegible] aguanto más~~! La contra es que no tengo revólver... Me tiraré por el balcón... No, eso no; ¡[illegible]!... Vamos, que me dice el corazón que es para darme la secretaría... Animo, ~~Juan Pablo~~, que hoy te va á sonreir la suerte.„

El director era hombre muy expeditivo, y sin hacerle sentar le dijo: "Amigo Rubín, usted es listo y me conviene usted.„

Rubín vió la cara del director como la del Padre Eterno que los pintores ponen entre nubes rodeadas de angelitos.

"Me conviene usted, y yo le voy á meter en carrera.

—Muchas gracias, Sr. D. Jacinto. Ya sabe que estoy á sus órdenes.

—Pues le voy á dar á usted la gran sorpresa. [illegible] necesito ~~de usted~~, y como [illegible] que sabrá desenvolverse en [illegible] destino delicadísimo que le voy á [illegible]

—La secretaría de...

—No, amigo, es más. Yo, cuando encuentro una persona que me [illegible] y que sirve, digo: *topo*, y la tomo para que me sirva á mí. Le digo á usted que me conviene. Allá va la bomba. Va usted á ser gobernador de una provincia de tercera clase.

Rubín no pudo decir nada. Creyó que se le caía encima el techo del despacho y todo el Ministerio de la Gobernación.

"Pues sí, gobernador de *mi* provincia. Quiero ver como arreglo aquello. Usted no tiene que entenderse más que conmigo. El Ministro me da vara alta.

—Señor director—balbució Rubín,—disponga usted de mí.

—Pues prepararse. Será usted incluído en la combinación que va mañana á la firma del Rey. Ya hablarémos, y le enteraré á usted de cómo está aquello. Creo que usted se desenvolverá bien.

Luégo echaron un cigarro, y hablaron un poco del estado de la provincia, desflorando el asunto. Empezó á entrar gente en el despacho y Rubín se retiró para comenzar sus preparativos. Estaba el hombre que no sabía lo que le pasaba; creía soñar... Se daba pellizcos á ver si estaba despierto. Anduvo algún tiempo por la calle como un insensato... Se reía solo... le dieron ganas de comprar un revólver para ponerse á disparar tiros al aire... ¡Ah! lo que debía hacer era meterle un par de balas en el cuerpo á doña Lupe... sí, por mala, por [illegible]... Pero no perdonar á todo el mundo... La vida es hermosa y gobernar gobernar una provincia es el mayor de los deleites. A los individuos de Orden Público ó de la Guardia Civil que iba encontrando les miraba como subalternos y por poco les manda prender á su tía y á Torquemada. "Yo creo que la gente me conoce en la calle que soy [illegible]—se decía,—pues me miran de un modo particular... Se vuelve uno respetable sin saber cómo.

En el café, aquella noche, hubo la gran escena. Al principio no dijo nada, esperando dar la sorpresa de sopetón; pero sus amigos conocieron que no era el mismo hombre. Daba importancia á sus palabras, medíalas mucho, tomaba el café con más pausa que de costumbre, y á cada momento echaba una fraseciIla de protección á sus amigos. "Pero amigo Montes no se apure usted... ya veremos", ya ves,

remos si se le puede [illegible].. D. Basilio me tiene que dar unos datos que necesito sobre [illegible] la recaudación en la provincia de X... Oiga usted, Relimpio, no se dé usted prisa á presentar la memoria, porque esta situación dura. Cánovas tiene para un rato. Es hombre que entiende„ Y a renglón seguido, como se suscitara un debate político de los más graves, Rubín se puso de parte de los que defendían la tesis más razonable, patriótica y templada. "Pero ustedes, ¿qué creen, que una sociedad puede vivir siempre soñando con trastornos? Seamos prácticos, señores, seamos prácticos. El país está ardiendo de tranquilidad."

En esto llegó *La Correspondencia* y á las primeras ojeadas conspicuas que arrojó sobre las columnas de ella, el gran D. Basilio tropezó con la combinación de gobernadores, y lanzando un [illegible] de sorpresa, se restregó los ojos creyendo que leía mal. Más convencido de que no era error, lanzó otra exclamación más fuerte y al instante se enteraron todos, y Juan Pablo fué objeto de aclamaciones y plácemes, unos sinceros, otros con [illegible] poco de encubierta envidia.

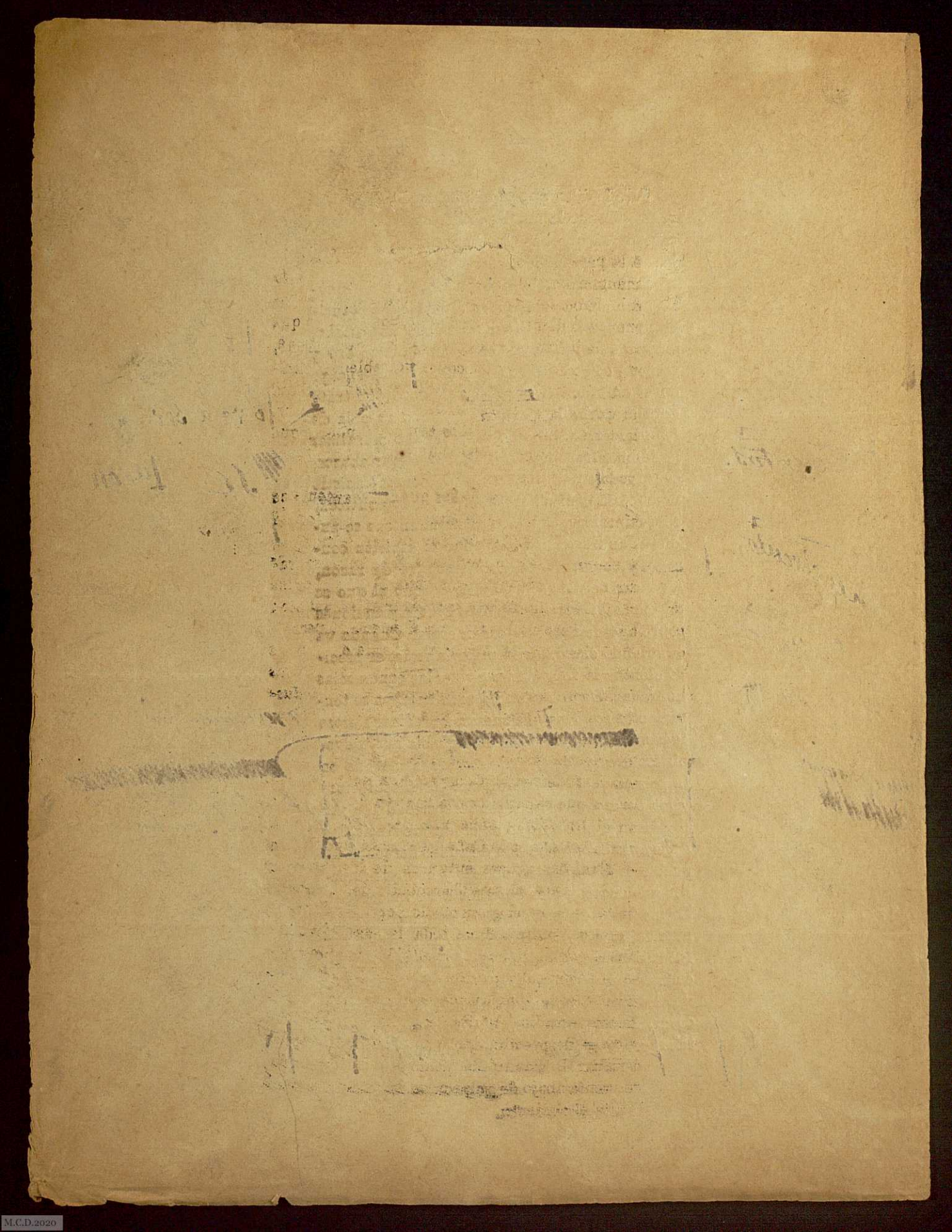
"Hace tiempo que el amigo Villalonga tenía empeño en eso. Hoy ha machacado tanto que no he podido decirle que no.

—¡Pero qué callado se lo tenía!

De todos lados de la cámara... digo del café, vino gente á felicitar al gobernador, y el mozo, á quien Juan Pablo debía el consumo de cinco meses y algunos picos, se puso más contento que si le hubiera caído la lotería, y hasta el amo del establecimiento fué á dar un apretón de manos á su parroquiano, diciéndole si podía colocar en las oficinas de la provincia á un sobrinito suyo que tenía muy buena letra.

"No le digo que sí ni que no, D. José. Veremos. Tengo la mar de compromisos... Pero ya sabe usted que haré los imposibles por servirle... usted me manda.

El hombre compensó con los goces de aquella noche los sufrimientos y tristezas de tantísimos meses. Toda la gente que próxima estaba, mirábale con cierta expresión de asombro y respeto, como se mira á quien es ó ha sido algo en el mundo. En todos los asuntos que trató aquella noche la tertulia, Rubín hizo gala de las ideas más sensatas. Era preciso moralizar la administración provincial, desterrar abusos; sobre todo en el destierro de los abusos insistió mucho. Su plan de conducta era muy político... contemporizar, contemporizar mientras se pudiera, apurar hasta lo último el espíritu contemporizador; y cuando se cargara de razón, levantar el palo y deslomar á todo el que se desmandase... Mucho respeto á las instituciones sobre que descansa el orden social. Cuando va cundiendo el corruptor materialismo, es preciso alentar la fe y dar apoyo á las conciencias honradas. Lo que es en su provincia, ya se tentarían la ropa los que fueran á predicar ciertas ideas. Había que prevenir los efectos de la mala semilla sembrada en la prensa y en la tribuna por los filosofastros y los perdis que revuelven la sociedad por ver si pescan algo. Lo que es en su provincia, los demagogos de oficio habían de andar derechos. El pueblo español está ineducado y hay que impedir que cuatro pillos engañen á los inocentes... La mayoría es buena; pero hay mucho tonto, mucho inocente, y el Gobierno debe velar por los tontos para que no sean engañados... En cuanto á moralidad administrativa, no había que hablar. El no pasaba ni pasaría por ciertas cosas. Ya le había dicho á Villalonga que aceptaba con la condición de que no le pondría reto



á la persecución de los pillos... "A muchos que mangonean ahora, les he de llevar *codo* con *codo* á la cárcel de partido... Yo soy así; hay que tomarme ó dejarme.„ Había que convenir en que uno de los males más grandes es el caciquismo, y en ello convinieron con admirable unanimidad todos los de la tertulia. Pues Juan Pablo se proponía *meter mano* al caciquismo, sí señor, meterle mano, con cierto ten con ten... porque (es claro) ciertos males muy antiguos no se estirpan de golpe...

Don Basilio era de los que sinceramente se alegraban del *golpe de fuerte* que había tenido Juan Pablo. Aquel destino no era *de su ramo*, y por tanto, no lo envidiaba. Si se hubiera tratado de la dirección económica de una provincia, D. Basilio habría sentido tristeza del bien ajeno. Pero no le sacaron á él de sus números... Por cierto que el Ministro le había encargado un trabajo que le traía mareado... *proyecto de reglamento para la cobranza del subsidio industrial*... "Siempre me caen á mí estos turrones. Ocurre en secretaría que no se conocen los antecedentes de tal ó cual cosa... ¡Ah! la Caña lo sabrá. Piden en el Congreso una nota del estado en que se halla la codificación de Hacienda. ¡Qué lío! Nadie sabe una palabra... ¡Ah!... á ver... la Caña... la Caña les saca del apuro. Que el Ministro quiere enterarse de los trabajos hechos para el establecimiento del Registro fiscal, que es el gran medio para descubrir la riqueza oculta... Pues toda la casa revuelta; busca por aquí, busca por allá. Hasta que á uno se le ocurre decir... *Eso la Caña*... y efectivamente, como que la Caña es el que hizo los primeros estudios del Registro fiscal.„ De todo esto se desprendía, que si por desgracia llegaba á faltar D. Basilio del Ministerio de Hacienda, se venía abajo de golpe como un edificio al cual falta el cimiento.

Leopoldo Montes aspiraba á que Rubín le llevase de secretario; pero esto no era fácil. "Chico, yo se lo diré á Villalonga. Creo que me dan el secretario hecho... Veremos si te meto de inspector de policía." Otros tertulianes sentían envidia, y aunque felicitaban y adulaban al favorecido, al propio tiempo hacían pronósticos de las dificultades que había de tener en el gobierno de su ínsula. Pero ello es que la envidia y la adulación, la codicia ambiciosa, la curiosidad y la novelería aumentaban considerablemente el personal de la tertulia en los días que mediaron entre el nombramiento y la salida de Rubín para su gobierno. Mucho tuvo que hacer en aquellos días para arreglar sus asuntos y proveerse de ropa. Y no dejaron de molestarle también y entorpecerle ciertas disensiones domésticas ocasionadas por su nombramiento. Parecía que todo había de ser dicha en la casa y no era así. Refugio, que ya se estaba dando pisto de gobernadora, y se había despedido de sus amigas con muestras de gran protección á todo el género humano, se quedó helada cuando su señor le dijo que no la podía llevar... Pucheros, lloros, apóstrofes, quejas, gritos... "Pero, hija de mi alma, hazte cargo de las cosas; no seas así. No comprendes, qué cuña, que no me puedo presentar en mi capital de provincia con una mujer que no es mi mujer... ¿Qué diría la alta sociedad, y la pequeña sociedad también, y la burguesía? Me desprestigiaría y no podríamos seguir allí. Esto no puede ser. Pues estaría bueno que un gobernador, cuya misión es velar por la moral pública, diera tal ejemplo... ¡El encargado de hacer respetar todas las leyes, faltando á las más elementales!... ¡Bonita andaría la sociedad, si un gobernador predicara prácticamente el concubinato! Ni que estuviéramos en un país salvaje... Convéncete de que no puede ser. Tú te quedas aquí y yo te mandaré lo que vayas necesitando... Pero lo que es allá no me pongas los piés... porque si lo hicieras, me pondría en el caso de cogerte... ya sabes que tengo mucho carácter... de cogerte y mandarte para acá, por tránsito de la Guardia civil."

M.C.D.2020

M.C.D.2020

VI

I

Fortunata sintió ruido en la puerta y una voz: "¿Se puede?„ "Pase usted, D. Segismundo —dijo reconociendo al regente de la botica. Y entró el tal con cara risueña y actitud oficiosa, como de persona que cree ser útil. Traía el pelo rizado con tenacillas y oliendo á jazmín, la barba muy bien atusada, y revelando en su ropa un esmero, que era cosa nueva en él. Fortunata estaba incorporada en su lecho, con chambra y pañuelo á la cabeza. "Que reguapa está—pensaba Ballester al saludarla, apretándole mucho la mano.—¡Lástima de mujer! Y esta no tan mala como cree la gente.

Ayer no pasó usted—le dijo ella con amabilidad,—porque yo no sabía quién era, y no quiero recibir visitas. Estoy muerta de miedo, y por las noches sueño que alguien viene á robármelo. ¿Quiere usted verle?...

A su lado estaba, durmiendo con plácido sueño, el recién venido personaje, cuyas precoces gracias quería mostrar á su amigo. Así lo hizo con más orgullo que vergüenza, y apartó las sábanas, dejando ver la carita sonrosada y los puños cerrados del tierno niño.

"¡Cuidado que es bonito!—dijo Ballester inclinándose.—Tiene á quien salir por una y otra banda.

—Es muy pillo—dijo la madre inundada de gozo.—Sabe más...

—También por ese lado tiene á quien salir.

—Dos horas hace que está tan dormidito. ¡Qué ángel! ¡Y si viera usted qué tragón es! Viene determinado á darse buena vida. Si le viera usted cuando se pone á mirarme... ¡Pobrecito! Me quiere mucho. Sabe que le quiero más que á mi vida, y que es para mí el mundo entero.

—Ya sabe usted lo convenido. Nombre y [illegible]

salir ahora con un pié de balco. Yo quiero ser padrino. Usted me lo prometió la última vez que nos vimos, y tendría un disgusto.

—Se lo agradezco mucho. No, no me vuelvo atrás. Usted será padrino.

—Y después del primer nombre que usted designará (poniéndose muy inflado), llevará el mío, Segismundo. ¿Qué le parece á usted?

—Muy bien. Se llamará Juan, después Evaristo y después Segismundo.

—Bueno; transijo con el tercer lugar pero de ahí no paso; como usted me quiera echar al cuarto, protesto.

Ambos se rieron. Ballester se había sentado en una silla junto al lecho, y no quitaba los ojos de aquella mujer, que le parecía entonces más hermosa que nunca. "Le daría cuatro besos—pensaba;—pero de amistad, de pura amistad, porque me interesa esta infeliz que digan lo que quieran, no es tan mala como se cree por ahí." Después empezó á dar noticias de la familia y amigos, las cuales oía Fortunata con gran curiosidad. "Doña Lupe, con toda su fiereza, no la olvida á usted. Todos los días nos pide noticias á mí ó á Quevedo, y pregunta también por el muchacho, si es robusto, si mama bien, si tiene algún defecto físico...

—¡Defecto!...—exclamó la madre indignada. —Si es una preciosidad. Más perfecto es que la perfección. Se lo enseñaré á usted desnudo, para que vea qué hermosura de hijo. Estoy loca con él. Me parece que han de venir á quitármelo. Y no crea usted; hay tanta envidiosona... Si no hay hijo como éste... Es la gloria del mundo... Y que me va á querer como le quiero yo á él. ¿Verdad, rey de España?

Ballester dejó que pasará la racha de entusiasmo maternal, y continuó así: "Pero lo que la pasmará á usted es saber que Maximiliano está tan mejorado, pero tan mejorado, que si le

M.C.D.2020

ve usted no le conoce.

—¿Pero es de verdad?... Quiá: es guasa de usted.

—No, hija. Siempre que ocurre en la casa ó en la vecindad algo difícil de resolver, se le consulta á él. Está hecho un Salomón. *Doña Desdémona*, [illegible] alguna dificultad en su república de pájaros, le llama, y lo que él dice se hace.

—Vaya, que hoy está usted de vena. Ojalá fuera verdad lo que usted dice. Yo me alegraría mucho, con tal que no se acordara de mí para nada, ni supiera que vivo.

—Pues eso sí que no lo logra usted... Todo lo sabe.

—¡Ay, no me lo diga usted, por Dios! [illegible] clamó Fortunata asustadísima.—No sabe usted el miedo que me ha entrado. Ya no voy á tener un minuto de tranquilidad. ¿Pero es eso verdad? No se divierta conmigo, Ballester; mire que estoy temblando de miedo.

—¿Miedo á qué? Si está muy razonable y más tranquilo que nunca. Todas sus ideas son ideas de benevolencia y tolerancia. Habla poco, y hace lo menos, lo menos un mes que no le he oido ningún disparate. Respecto de usted, creo que el sentimiento que tiene es la indiferencia, si es que la indiferencia se puede llamar sentimiento.

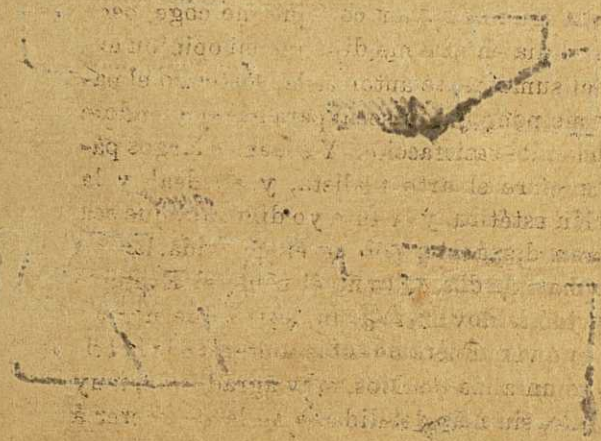
—No me fío, no me fío—dijo Fortunata meditabunda, demostrando en el tono que no las tenía todas consigo.—Verá usted como el mejor día me da un disgusto.

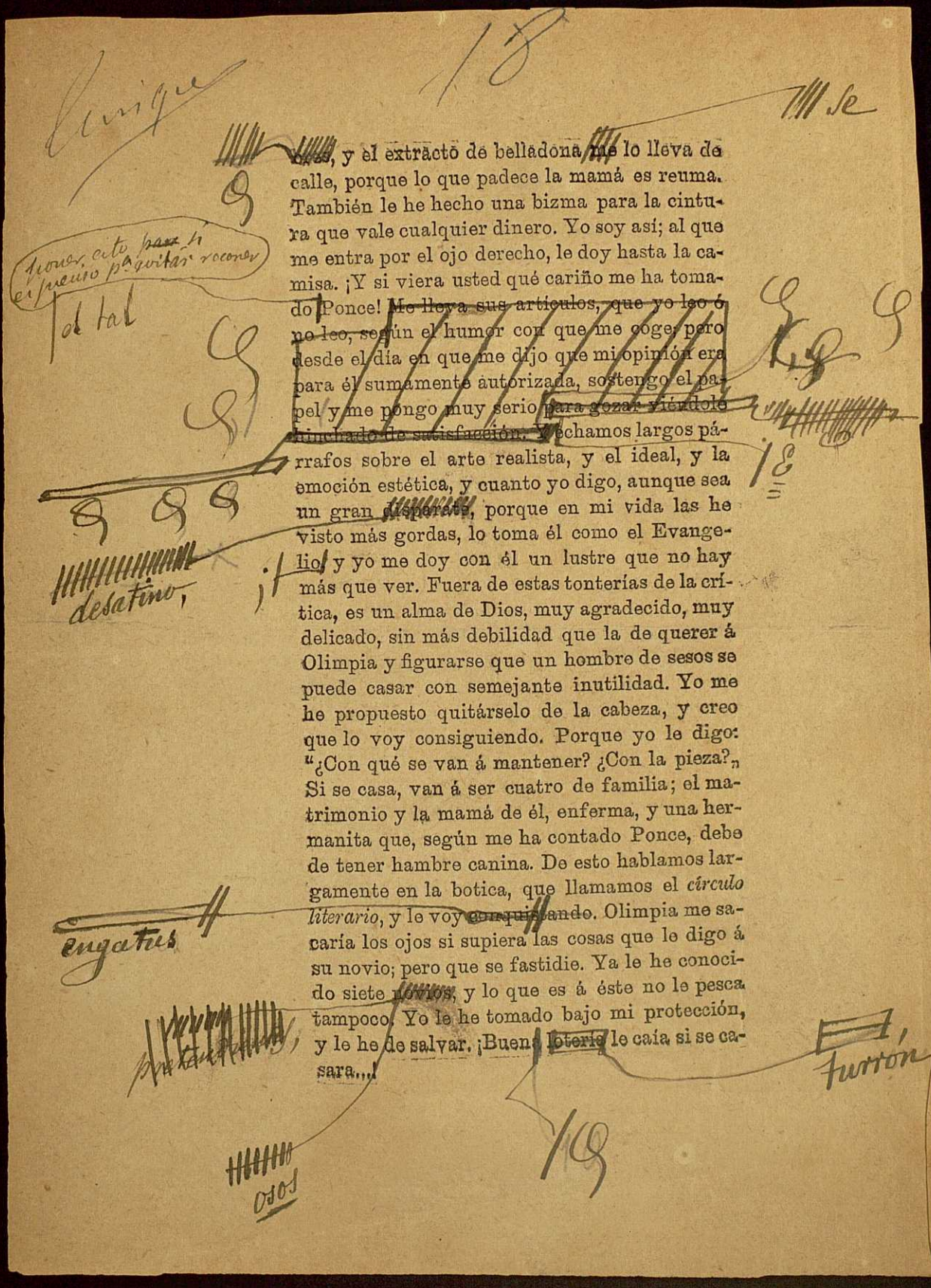
La conversación pasó de Maximiliano á *las Samaniegas*, mostrando Fortunata gran extrañeza de que Aurora no se acordase de ella. No sólo no había venido á verla, pero ni siquiera le había mandado un triste recado. "Es una mala crianza. Porque bien sabe ella dónde estoy, y desde su obrador aquí se viene en tres minutos. Y si no quería ella venir, ¿qué le costaba mandar una oficiala á preguntar si vivo ó si muero?... Y otra que vendiera más amistades no había. Me traía en palmitas y no sabía qué hacerme. Crea usted que esto me duele; porque yo á quien me quiere como dos, le quiero como ..., y cuando alguien á quien quiero me ofende, me entran ganas de llorar. Yo soy así."

Ballester contestó con un gran suspiro, al cual no dió su interlocutora la interpretación conveniente. De repente el farmacéutico mudó el tema: "¡Ah! me olvidaba de lo mejor. ¿Sabe usted que el crítico y yo nos hemos hecho amigos? ¡Quién lo creería! Tanto como yo le odiaba. Pues verá usted. Padillita le metió un día en la botica, y yo empecé á darle guasa con sus críticas, diciéndole que me gustaban mucho. Pues resulta que es muy modesto y que se asusta cuando le elogian lo que escribe. Poco á poco hemos ido intimando, y toda la inquina que le tenía se ha evaporado. Yo también tengo un corazón bueno, y cuando digo que aborrezco, hay que tomarlo como conversación. Ponce es un buen chico, y si doña Casta siguiera mi consejo, Olimpia sería mujer del crítico. Es tan honradito el pobre, que todo lo que escribe es de conciencia, y hasta cuando elogió la obra aquella que á mí me sacaba de quicio, lo hizo porque le salía de dentro. Y aunque le paguen mal ó no le paguen, él tan conforme en su sa-

cerdocio; lo toma en serio, y le parece que nadie ha de tener opinión sobre las obras si él no la da. Ha hecho oposición á una placita en el Tribunal de Cuentas y la ha ganado. ¿Pues qué cree usted? El infeliz tiene que mantener á su madre, que está enferma; y yo, desde que me contó su historia, le doy las medicinas de balde. Va todas las tardes á la botica, y ha quedado en hablar á doña Casta para que le deje subir. El pobrecito está rabiando por oir la pieza de cerca. Le digo bromas con Olimpia, diciéndole que es muy romántica y que no tenga miedo de casarse, porque su adorada no come. Ni necesitan cocinera, ni siquiera cocina, ni mandar á la plaza. Y el día que le dieron la plaza de cinco mil reales, el pobrecillo nos convidó á Padilla, á Federico Ruiz y á mí á tomar lo que quisiéramos en el café. Pero no quisimos tomar más que una chica de cerveza entre todos, para no arruinarle. Yo le digo que abandone la crítica y que deje á los autores y al público que se arreglen como quieran. Está conforme conmigo, y por fin me ha revelado un secreto; ha escrito un drama y lo tiene en el Español; y como se represente, ha de tener un exitazo. La noche que se estrene pienso ir con todos mis amigos para llamar al autor á la escena lo menos cuarenta veces; ya le he dicho que le haré yo la crítica en cualquier periódico, diciendo que la obra es de lo que no se ha visto hasta ahora. Me la quiere leer, y yo le he dicho que me la deje allí. Le echaré un vistazo, porque no me gusta leer dramas. Luego le diré que es magnífico, y yo tengo un amigo periodista que pondrá un sueltecito diciendo que *en los círculos literarios se habla mucho, etc...* Le digo á usted que me interesa mucho ese infeliz, y que haría yo algo por él si pudiera. En bálsamo tranquilo le tengo dado ya más de dos azum

M.C.D.2020





[illegible], y el extracto de belladona me lo lleva de calle, porque lo que padece la mamá es reuma. También le he hecho una bizma para la cintura que vale cualquier dinero. Yo soy así; al que me entra por el ojo derecho, le doy hasta la camisa. ¡Y si viera usted qué cariño me ha tomado Ponce! Me lleva sus artículos, que yo leo ó no leo, según el humor con que me coge; pero desde el día en que me dijo que mi opinión era para él sumamente autorizada, sostengo el papel y me pongo muy serio para gozar viéndole hinchado de satisfacción. Y echamos largos párrafos sobre el arte realista, y el ideal, y la emoción estética, y cuanto yo digo, aunque sea un gran disparate, porque en mi vida las he visto más gordas, lo toma él como el Evangelio, y yo me doy con él un lustre que no hay más que ver. Fuera de estas tonterías de la crítica, es un alma de Dios, muy agradecido, muy delicado, sin más debilidad que la de querer á Olimpia y figurarse que un hombre de sesos se puede casar con semejante inutilidad. Yo me he propuesto quitárselo de la cabeza, y creo que lo voy consiguiendo. Porque yo le digo: "¿Con qué se van á mantener? ¿Con la pieza?" Si se casa, van á ser cuatro de familia; el matrimonio y la mamá de él, enferma, y una hermanita que, según me ha contado Ponce, debe de tener hambre canina. De esto hablamos largamente en la botica, que llamamos el *círculo literario*, y le voy conquistando. Olimpia me sacaría los ojos si supiera las cosas que le digo á su novio; pero que se fastidie. Ya le he conocido siete novios, y lo que es á éste no le pesca tampoco. Yo le he tomado bajo mi protección, y le he de salvar. ¡Buena lotería le caía si se casara...!

M.C.D.2020

—¡Qué risa con usted!—dijo Fortunata.—¡Pobre Ponce! Ya le decía yo á usted que era un buen chico, y usted empeñado en darle la morcilla.

—¡Ah! de buena escapó. Guardo la yema para otro, sí, para otro, en quien ahora recaen todos mis odios. No me pregunte usted quién es, porque no se lo he de decir... Se lo diré á usted después que se la haya comido, porque se la tiene que comer, como este es día. Lo he jurado y cosa que yo juro, tiene que cumplirse.

En esto, el ruido de voces que se oía en la salita inmediata, aumentó considerablemente, y á los oidos de Ballester llegaban estas palabras: *envido á la chica, órdago á los pares.*

"Es mi tío José—dijo Fortunata,—que está jugando al mus con su amigo. Le mando que esté aquí para que me acompañe mientras estoy en la cama, porque tengo mucho miedo, y para que no se aburra mando que le traigan una botella de cerveza y le permito que venga su amigo á hacerle compañía.„

Ballester se asomó á la puerta entornada para ver á la pareja. No conocía á ninguno de los dos; pero la cara de Ido del Sagrario no era nueva para él, y creía haberla visto en alguna parte, aunque no recordaba dónde ni cuándo.

II

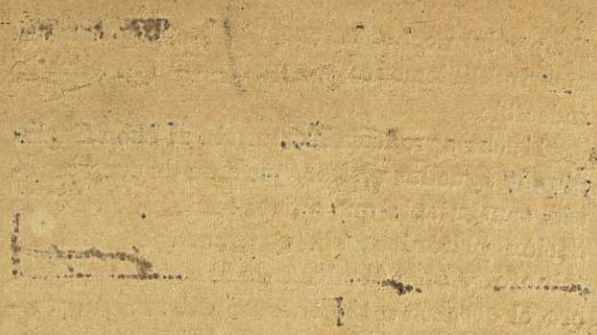
La primera vez que Ballester vió á Izquierdo y á su docto amigo, no les dijo más que algunas palabras dictadas por la buena crianza; pero á la segunda se cruzó entre ellos tal cantidad de cumplidos, ofrecimientos y franquezas, que no habia de tardar la amistad en unirlos á los tres con apretado lazo.

Desde su alcoba, donde continuaba encamada, Fortunata se reía de las ocurrencias de Segismundo buscándole la lengua á *Platón* y apelando para sus asertos de un orden científico al autorizado testimonio de Ido del Sagrario, á quien solía llamar *maestro*. Siempre que

iba por las noches les encontraba el farmacéutico infaliblemente y se divertía con ellos lo indecible.

Mucho agradecía Fortunata al buen Segismundo aquellas visitas, que eran de pura amistad, sentimiento que quizás tenía algo en él de afición platónica, sin esperanza de ulterior triunfo, y algo también de lástima. Ballester era el corazón más generoso del mundo, y tenía cierta vanidad en tomar sobre sí el cumplimiento de los deberes que correspondían á otros y que estos otros olvidaban. Y aunque no tuviera, con respecto á la señora de Rubín, pretensiones amorosas á plazo largo, no dejaban por eso de ser puros y desinteresados sus actos de caridad, y habrían sido lo mismo aun en el caso de que Fortunata espantara de fea y careciese de todo atractivo personal.

Fortunata iba adquiriendo confianza con él, y le revelaba sus pensamientos sobre diferentes cosas. No obstante, algo había que no se atrevía á manifestar, por no tener la seguridad de ser bien comprendida. Ni Segunda ni José Izquierdo lo comprenderían tampoco. Y como alguien tenía que manifestarlo, porque aquellas ideas no le cabían en la mente y se le rebosaban, tenía que decírselas á sí misma para no ahogarse. "Ahora sí que no temo las comparaciones. Entre ella y yo, ¡qué diferencia! Yo soy la verdadera señora de Santa Cruz. Esto podrán creerlo un disparate los curas, doña Lupe, Ido del Sagrario y demás gente ignorante; pero es mi idea, idea que tengo clavada aquí hace mucho tiempo, y no hay quien me la quite. Cuando yo la tengo, de Dios vendrá, porque todas las ideas vienen de Dios... Yo soy madre del único heredero de esa gran familia, madre soy, bien claro está, y no hay más nieto de don Baldomero que este rey del mundo que yo tengo aquí... ¿Habrá quién me niegue esto? Yo no tengo nada que ver con que la ley diga esto ó deje de decir lo otro. Si las leyes son unos disparates



M.C.D.2020

muy gordos, yo no tengo nada que ver con ellas. Para qué las han hecho así. La verdadera ley es la de la sangre, ó como dice Juan Pablo, la Naturaleza, y yo por la Naturaleza le he quitado á la *mona del Cielo* el puesto que ella me había quitado á mí... Ahora la quisiera yo tener delante para decirle cuatro cosas y enseñarle este hijo... ¡Ah! ¡qué cara había de poner! ¡cómo había de rabiar! De veras que me da lástima de ella, y le perdono lo que me dijo aquella mañana. ¡Pobrecilla! Daría ella todo su dinero por tener este tesoro que yo tengo... ¡Pues ya lo creo que lo daría! ¡Qué envidia me va á tener cuando lo sepa!... ¡Qué rabiosilla se va á poner!... Que se me venga entonces con leyes, y verá lo que le contesto... Pero no, no le guardo rencor; ahora que estoy yo encima y ella debajo, la perdono; yo soy así, no sé aborrecer más que un momento; después se me pasa... Pues él, ¡digo! cuando lo sepa, ¿qué dirá? ¿qué pensará? No [illegible] de pensar en esto, ¡Dios mío! Él será un pillo, convenido, y un ingrato; pero lo que es á su hijo le tiene que querer. Como que se volverá loco con él. Y cuando vea que es su retrato vivo ¡Cristo! ¡Pues digo, si doña Bárbara le viera...! Y le verá, toma, le verá... [illegible] que se vuelve loca. ¡Qué contenta estoy, Señor, qué contenta! Yo bien sé que nunca podré alternar con esa familia, porque soy muy ordinaria y ellos muy requetefinos; yo lo que quiero es que conste, que conste, sí, que soy la verdadera madre del heredero, y que sin mí no tendrían nieto. Esta es mi idea, la idea que vengo criando aquí empollándola hasta que ha salido, como sale el pajarito del cascarón... Bien sabe Dios que esto que pienso, no es porque yo sea interesada. Para nada quiero el dinero de esa gente, ni me hace falta. Dice Ballester que doña Lupe le ha hablado de que yo debo armarles un lío para que me den pensión... ¡Por cuánto haría yo eso!... ¡Qué papas se le ocurren á esa mujer avariciosa! Si tuviera que pedir limosna por las calles con mi hijo en brazos, la pediría, antes que darles un disgusto por cuestión de cuartos. Para nada quiero el dinero; lo que yo quiero es que conste... Sí, señora doña Bárbara, es usted mi suegra por encima de la cabeza de Cristo Nuestro Padre, y usted dirá de mí lo que quiera, que soy la madre de su nieto, de su único nieto.»

Quedábase satisfecha después de sentar estas atrevidas afirmaciones, y la satisfacción le producía tal contento, que se ponía á cantar en voz baja, arrullando á su hijo, y cuando éste se dormía, continuaba rezongando como la pájara en el nido. El gozo, algunas noches, no la dejaba dormir, y se pasaba largas horas oyendo las campanadas del reloj de la Panadería dándolas vueltas á su idea, saltándola como Feijóo saltaba el *bilboquet*.

Quevedo iba á verla todos los días, y aunque la encontraba muy bien, ordenaba que no se levantase hasta los tantos ó cuántos días. ¡Qué aburrimiento estar tanto tiempo prisionera de las sábanas! Gracias que con su chiquitín se entretenía. De noche le ayudaba Segunda á fajarlo y limpiarlo; por el día, que era muy lista y se volvía loca de gusto cuando su ama le dejaba tener el pequeñuelo en brazos durante algunos minutos. En sus ratos de alegría, Fortunata se acordaba mucho de Estupiñá. "Pero, tía, ¿no ha encontrado usted en la escalera á D. Plácido? Dígale que pase, que le tengo que hablar." Respondía Segunda que no una ni dos veces, sino más de veinte había encontrado al tal; pero que todas las chinitas que le echaba para que subiese, habían sido inútiles. "Me puso una cara, hija, cuando le dije lo que tenía que decirle, que parecía un juez de primera instancia. Y ayer me dijo: "¡Quite usted allá, so..., encubridora, á usted y á la otra las voy á poner en la calle!

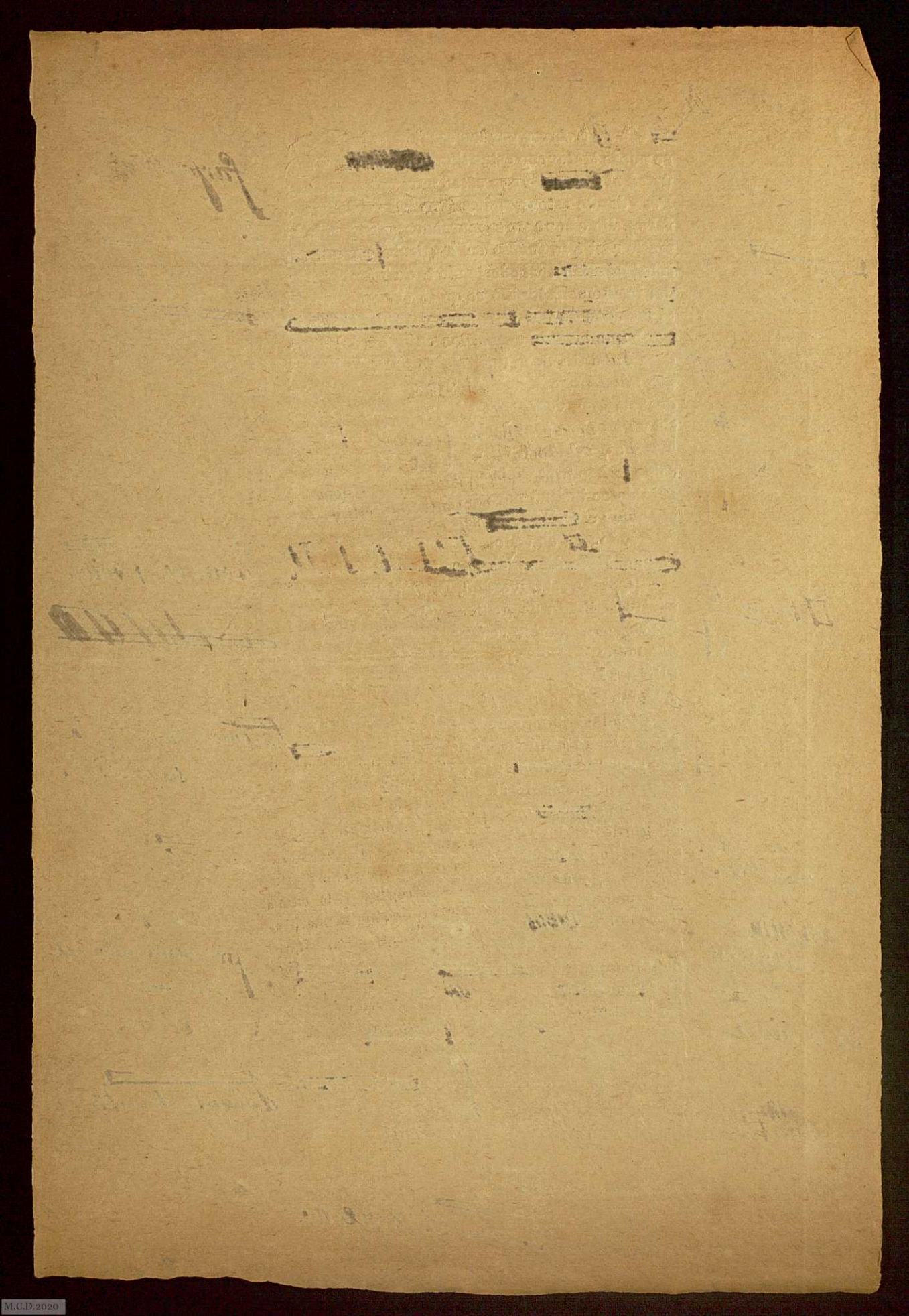
—Ya se amansará. ¿Qué apuesta usted á que se amansa?—decía Maximiliana sonriendo.—Yo quiero que entre y vea este pedazo que se ha caído del Cielo.

Tanto hizo Segunda y tales enredos armó, que Estupiñá entró una mañana, gruñendo y echándoselas de hombre que tiene que hacer grandes esfuerzos y contraer todos los músculos de su cara para contener la indignación. A cuanto le decían Segunda y su hermano, respondía con bufidos, y fué preciso que la señora de Izquierdo le sujetase por un brazo para que

no echase á correr por las escaleras abajo. "No se puede tratar con estas tías [illegible]... Vaya usted al [illegible]. Vaya usted muy enhoramala." Pero dando estos respiros á su ira verdadera ó falsa, ello es que no se marchaba, y Segunda le metió casi á la fuerza en la alcoba en que su sobrina estaba. Obedeciendo á un movimiento del instinto, Estupiñá se quitó el sombrero en el instante de dar el primer paso dentro de la alcoba, y cuando sentía los chillidos del heredero de Santa Cruz que estaba pidiendo la teta con mucha necesidad. Al ver que el hablador descubría su venerable cabeza, Fortunata sintió en su alma inundación de alegría, y le dijo: "Eso es, saluda á tu amito. El te protegerá como le han protegido sus abuelos y su padre." Plácido se inclinó para verle, y aunque se quería hacer el indignado, se le escapó esta frase: "Clavado, el clavado... Me acuerdo del otro cuando tenía diez días, es idéntico el mismo."

—¡Qué feo es!... ¿verdad, D. Plácido?—dijo la madre radiante de gozo. — ¿Qué, no le da un beso?... ¿Cree que le va á pegar algo? Descuide, que lo bonito no se pega... ¿Sabe una cosa don Plácido? Me parece que le va usted á querer... y él á usted también. ¿A que sí?

El hablador murmuraba algo que no se oía bien. Estuvo un momento como indeciso sobre qué expresión tomar. Después rompió á hablar con Segunda sobre si ésta ponía ó no ponía aquel año puesto en San Isidro, y se retiró al fin, despidiéndose de una manera que bien podía pasar por afectuosa. Fortunata estaba contentísima, y se decía: "De seguro que ahora mismo va con el cuento. Es lo que yo quiero, que lleve el chisme." Encadenando las ideas, se daba á pensar en el gusto que tendría de ver á doña Guillermina, y al propio tiempo presumía que ésta le había de dar mucha vergüenza. "Le pediré perdón por lo mal que me portó aquel día, y me perdonará de seguro. De fijo que me calienta las orejas; pero paso por todo con tal de ver la cara que pone cuando ve á su hijo. A ver qué tiene que decir á mi idea. ¿Qué se le ocurrirá? Alguna cosa que yo no entende-



24

ré ni la entenderá nadie... Diga lo que quiera y tómelo por donde lo tome, Dios no puede volverse atrás de lo que ha hecho; y aunque se hunda el mundo, este hijo es el ~~[illegible]~~ *natural* de ~~los de Santa Cruz, el único nieto de~~ D. Baldomero y ~~de~~ doña Bárbara... y la otra, con todo su ángel, no toca pito, no toca pito... eso es lo que yo digo. Que me presente uno como este... no lo presentará, ~~y~~ si doña Bárbara se chifló por el *Pituso* falso, ¡cómo no se dislocará por el ~~verdadero~~! De lo contenta que estoy, creo que me voy á poner mala... Y de fijo que Estupiñá lleva el cuento. La que yo quiero que lo sepa primero que todos es ~~doña Guillermina~~. ¿Apostamos á que viene á verme? Ya... no se le queda á ella en el cuerpo el sermón que me tiene preparado. ¡Vengan sermones! No me importa; mejor. Yo le diré que tiene razón; pero que ~~voy á criar á mi hijo como un rollo de manteca para que todas las madres me envidien, y las casadas que no lo son, más.~~

La idea de que ~~Guillermina~~ iría á ~~verla~~ no se le quitaba de la cabeza á ninguna hora, porque la santa era muy amiga de echar réspices y de enderezar á las que cometían pecados gordos. Tan segura estaba de verla, que siempre que sonaba la campanilla creía que era ella y se preparaba á recibirla, arreglando la cama y poniéndose con la mayor decencia posible, ~~temblando~~ de emoción y ~~sobresalto~~. ~~Pero Guillermina no parecía por allí, ni tampoco fué Estupiñá, ni hubo más visitas que las de Ballester, ni más compañía que la de José Izquierdo y su ilustrado amigo, el profesor de primeras letras en las escuelas católicas.~~

verídico nieto

esos señores,

no. Porque Dios me dijo á mí tu pitarás; y á ella no le ha dicho tal cosa. Y

de oro de ley?

mi amiga la obispa

yo tengo el hijo, y allá se van hijos con razones.

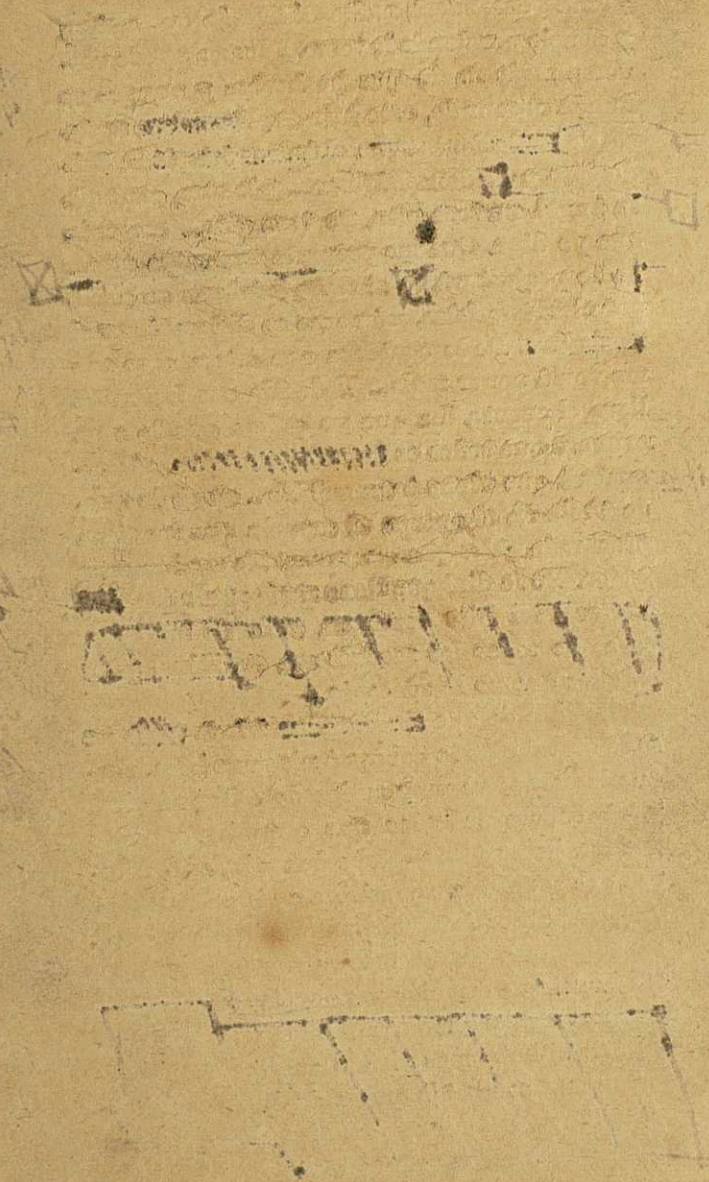
la santa

visitarla

trémula

esperanza.

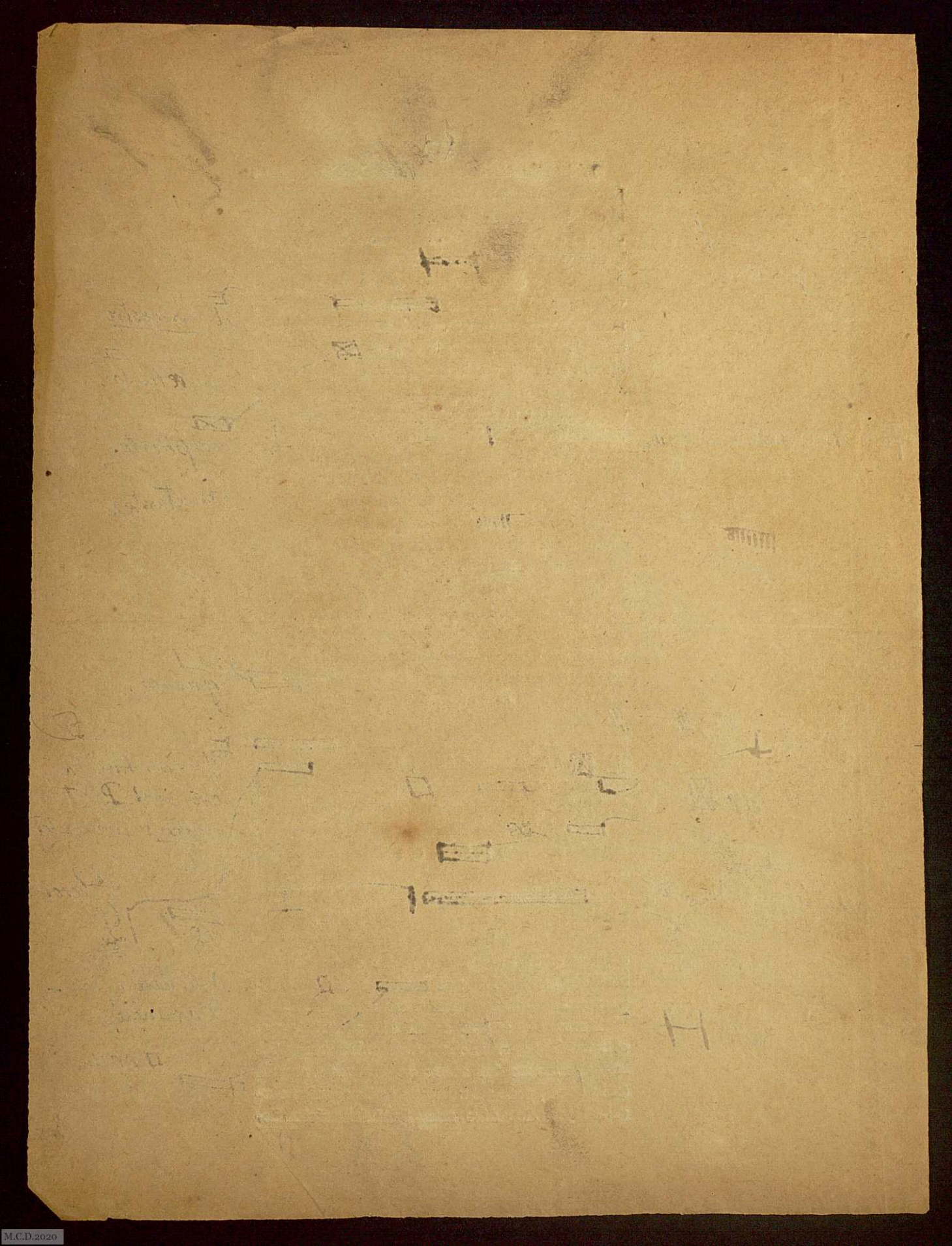
volvió



III

El bautizo se celebró con modestia suma en San Ginés, una mañana de Abril. Le pusieron al chico Juan Evaristo Segismundo. Ballester estuvo aquel día muy orgulloso del papel que hacía, y se corrió generosamente á convidar á Izquierdo y á Ido en el próximo café de Levante. Instó Ballester á D. José Ido á que tomara un *biftec*; pero D. José no quiso hacerlo, aunque buenas ganas tenía de ello. De solo oler la carne y ver la sangre de ella y la grasa en el plato de sus amigos, le parecía que se trastornaba. Su almuerzo fué un café con media tostada de abajo. Tras el café vinieron las copas, y también les hizo escrúpulos el profesor; no así *el modelo* que se llenó el cuerpo de ron hasta que ya no podía más, sin que por eso se perturbase su cabeza, que debía de ser un alambique. Mientras comían vieron pasar á Maximiliano Rubín, que del café salía; pero como él no aparentó verlos, no le dijeron nada. A eso de la una Ballester se fué á su botica y los dos Josés á la casa de la Cava. Era domingo y ninguno de los dos tenía ocupaciones. Izquierdo mandó á Encarnación por una botella de cerveza, y sacando de una caja muy sucia un juego de dominó, extendió y mezcló las fichas para empezar una partidita. No habían llegado á la mitad del segundo juego, cuando las fichas se habían quedado solas. Ido se había levantado y daba paseos por la sala; Izquierdo se había dejado caer sobre el sofá de Vitoria y dormía como un lirón, el sombrero sobre los ojos, la boca abierta y las cuatro patas estiradas. Encarnación bajó con la señá Segunda á la plazuela, porque la noche antes había habido fuego en dos ó tres puestos inmediatos al de ella, y estaba ayudando á sus compañeras á meter los trastos que se habían sacado y á reparar lo que de reparación era susceptible.

Fortunata estaba aquel día aburridísima, con muchas ganas de levantarse. Por respeto á las ordenanzas del señor de Quevedo, seguía en la cama, pero ya no aguantaría aquella cárcel enojosa dos días más. Juan Evaristo Se-



gismundo, después que le trajeron de San Gi-
nés, estaba tan guapote y satisfecho, como si
tuviera conciencia de su dichoso ingreso en la
familia cristiana, y para celebrarlo, en cuantito
llegó al lado de su madre, buscó la despensa y
se puso el cuerpo que no le cabía una gota más
de leche. ~~Acabó de concluir de llenarse se quedó~~
~~dormido tan bien dormido como su tío José~~
~~Izquierdo.~~ Los ronquidos de éste los oía Fortunata, y llegaba á hacerse la ilusión de que la
~~cola próxima era el cubil de un cerdo~~ sentía
también los paseos de Ido, y algún monosílabo
ininteligible, suspiros que parecían relinchos, y
cuando el profesor llegaba en su deambulación
~~inquieta~~ á la puerta de la alcoba, creía distin-
guir sus manos ó parte de un brazo que
~~daba gesticulando.~~ ~~Este hombre está gritando~~
~~se perdió la joven, y empezó á inquietarse de no~~
~~tener mejor compañía.~~ Luégo sonó la campa-
nilla y D. José fué á abrir. Fortunata creyó
que era Encarnación que volvía de la plazuela;
pero se equivocaba. No tardó en ~~sonar~~ cuchi-
cheos en la puerta. ¿Quién sería? Después sin-
tió pasos que la hicieron extremecer, y se quedó
muda de ~~espanto~~ al ver en la puerta ~~la figura~~
de Maximiliano. Era él, así lo afirmó, después
de dudarlo un momento. ~~El terror~~ que sentía
apenas le permitió dar un grito, y su primer
movimiento fué echarle los brazos á su hijo,
decidida á ~~defender~~ *bocados* á quien intentase
hacerle daño ó quitárselo. Rubín estuvo más
de un minuto sin dar un paso, clavado en la
puerta y destacándose dentro del marco de ella
como la figura de un cuadro. ¡Cosa rara! ~~Pare-~~
~~cía más bien cortado.~~ Ningún signo de hostili-
dad se veía en su cara y en su ademán. Miraba
á su mujer seria, pero sin fiereza, y cuando dió
los primeros pasos para acercarse á la cama y
á ella, su expresión era casi ~~benévola~~. Pero ella
no las tenía todas consigo, y le miró como quien

está decidido á una defensa enérgica. "Tío, tío—dijo alzando la voz.—Encarnación...„ Como ni Izquierdo ni la criada respondieran, quiso llamar al esperpento aquel que en el cuarto se paseaba. Pero al ir á pronunciar su nombre se le borró de la memoria. "¿Cómo diablos se llama este hombre?... Usted, venga acá... ¡Ah, ya me acuerdo. Señor Sagrario, haga el favor de despertar á mi tío.„ Pero ni el tío despertaba, ni D. José se hacía cargo de que le llamaban.

"Parece que me tienes miedo, y que pides socorro—le dijo Maxi con fría bondad.—No te voy á comer. Estás equivocada si piensas que vengo de malas. Vengo de buenas y muy de buenas.

Diciendo esto se sentó en la silla, y quitándose el sombrero lo puso sobre la cama. Fortunata le encontró más delgado; la calva le había aumentado; pero sus ojos tenían cierta dulcedad que la tranquilizó.

"Aunque nadie me ha dicho una palabra—prosiguió Rubín—sé todo lo que te ha pasado, lo he sabido por mi propia razón, y vengo á compadecerte, á darte más que á compadecerte. Porque yo perdí la razón, bien lo sabes; pero luégo la volví á adquirir. Dios me la dió y me la dió tan completa, que en este momento estoy más cuerdo que tú y que toda la familia. No te asombres, hija, que bien conocerás por lo que voy á decirte que mi cabeza está buena, tan buena como nunca lo estuvo. Qué, ¿no lo crees?

Fortunata no sabía si creerlo ó no. Su miedo no se había extinguido, y esperaba que tras aquellas palabras tranquilas, vinieran otras airadas y sin sentido como las de marras. No dijo nada y siguió protegiendo á su hijo y en actitud de defenderle al primer ataque. Maxi no parecía reparar en el pequeño. Con gran serenidad habló así:

"Tan estoy de la cabeza, que me hago cargo de tu situación y de la mía. Ya entre tú y yo no puede haber nada. Nos casamos por debilidad tuya y equivocación mía. Yo te adoraba; tú á mí no. Matrimonio imposible. Tenía que venir el divorcio, y el divorcio ha venido. Yo me volví loco, y tú te emancipaste. Los disparates que habíamos hecho los enmendó la Naturaleza. Contra la Naturaleza no se puede protestar. ¿Qué hay aquí, qué es esto?, señalaba el bulto que en la cama hacía Juan Evaristo; pero como su ademán no tenía nada de hostil, Fortunata se iba tranquilizando.

"¿Qué es esto? Pues un niño. Dios no ha querido que sea mío. Si lo fuera, me querrías algo. Pero no lo es, todo el mundo lo sabe, yo qué culpa tengo? Ninguna. Tú lo has querido así. Allá te arreglarás con el Ser Supremo. Pero en la tierra el divorcio está consumado. Más vale así. Yo no debí casarme contigo. Bien lo pagué perdiendo la razón. ¿Qué debo hacer ahora que la he recobrado? Pues ver las cosas de muy alto, y acatar los hechos. Si otra cosa hiciera, empeoraría tu situación y la mía. Yo te quise á ti; tú querías á otro hombre. Cuando las parejas no casan, tiene que venir la separación. La ley es corta y mezquina; la Naturaleza es ancha y grandiosa. Ella ha querido que dejaras de ser mi mujer, y en efecto, ya no lo eres.

—Pero este hombre—se decía Fortunata,—¿está cuerdo ó está más loco que antes? Buena jaqueca me está dando; pero como no pase de ahí, se le puede aguantar.

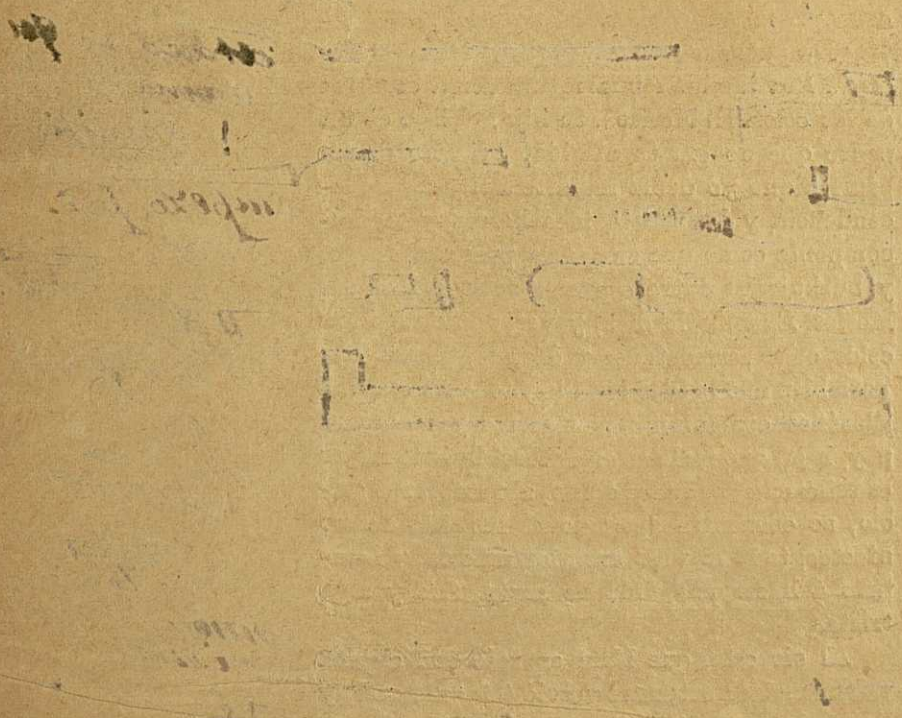
Algo quiso decir ella en alta voz; pero él no la dejaba meter baza, y como si trajera un discurso preparado y no quisiera dejar de pronunciar ninguna parte de él, pegó en seguida la hebra: "¿Te acuerdas de cuando yo estaba loco? Los ratos que te dí te los tenías bien merecido; porque en realidad te portabas muy mal conmigo. Tu infidelidad se me había metido á mí en la cabeza; no tenía ningún dato en qué fundarme; pero el convencimiento de ella no lo podía echar de mí. No sé decir bien si soñé que ibas á ser madre, ó si esta

idea los celos que tenía. Porque yo tenía unos celos, que no me dejaban vivir. "Mi mujer me falta, me decía, no tiene más remedio que faltarme; no puede ser de otra manera." Y como por lo mucho que te quería, yo no encontraba á tu pecado más solución que la muerte, ahí por qué me nació en la cabeza, lo mismo que nace el musgo en los troncos, aquella idea de la liberación, pretextos y sofismas de la mente para justificar el asesinato y el suicidio. Era aquello un reflejo de las ideas comunes, el pensar general modificado y adulterado por mi cerebro enfermo. ¡Ay, qué malo me puse! Cuando inventé aquel sistema filosófico tan ridículo, estaba en el período peorcito. No me quiero acordar. Los disparates que yo decía los recuerdo como ~~si fuera cosa que he leído cien veces en un libro~~; y ahora me río de ellos, y calculo cuánto se reirían los demás. ¿Te acuerdas tú?"

Fortunata respondió que sí con la cabeza. No le quitaba los ojos, siguiendo atentamente sus movimientos por ver si se descomponía y estar preparada á cualquier agresión.

"Después me ocurrió aquella idea del Mesías... Era también una modificación cerebral de los celos. El Mesías... tu hijo, el hijo de un padre que no era tu marido. Primero se me ocurrió que yo debía matarte á ti y á tu descendencia, y aquella idea hervía y se descomponía como una sustancia puesta al fuego, y burbujeaba entre espumas aquella idea del Mesías. Examínalo bien, y verás que todo era celos, celos fermentados y descompuestos. Pero para bien que la idea aquella y todo mi sistema filosófico concluían por matarte y matarme. ¡Ay, hija, qué malo es estar loco! Cuánto mejor es estar cuerdo, aunque uno, al recobrar el juicio, se encuentre apagado el hornillo de los afectos, toda la vida interior muerta, y limitado á hacer una vida de razón, fría y algo triste."

Al oir esto, que Maxi expresó con algún vehemencia, Fortunata volvió á inquietarse, y llamó de nuevo á su tío, que siguió dando los ronquidos por respuesta. El mismo resultado dieron las voces de "Señor Sagrario, señor Sa-



grario... haga el favor de venir. D. José asomó á la puerta, echó á la pareja una mirada de maestro de escuela, que inspecciona el aula en que están estudiando los alumnos, y volvió á pasearse sin hacer caso de nada. "También es adúltera, murmuraba, con gran temblor de párpados,—allá se entienda con la justicia vengadora."

Maxi acercó más la silla, y Fortunata tuvo más miedo: "Pero todo aquello de la liberación y del Mesías pasó. Los hechos reales sustituyeron á las figuraciones de mi cerebro... Dios me devolvió mi razón, y me la devolvió corregida y aumentada. Con ella ví los hechos; con ella descubrí lo que mi familia me ocultaba; con ella reconstruí mi sér, que había pasado por tantos cataclismos; con ella me penetré bien de nuestro divorcio; con ella pude llegar á considerarte mujer extraña, madre de hijos que yo no podía tener, y con ella me he revestido de serenidad y conformidad. ¿No te admiras de verme cámo me ves? Más te admirarías si pudieras leer en mi pensamiento, y comprender esta elevación con que yo miro todas las cosas, la serenidad con que te veo á tí, la indiferencia con que veo á tu hijo... Un sér más en el mundo. Cuando él ha venido sus razones tendrá. ¿Qué derecho tengo yo á estorbarle la vida? ¿Qué derecho tengo á discriminarte á tí porque lo hayas tenido? ¿He de dar más valor á una fórmula que los hombres inventaron para regularizar sus relaciones, que á un hecho simple de la Naturaleza?

—¡Dios mío!—exclamó para sí Fortunata.—Pero este hombre está cuerdo ó más loco que nunca. Eso que dice es razón ó los mayores disparates que en su vida le he oído...

—Yo pregunto—añadió Maxi acercándose más.—Todo lo que nace, ¿es sagrado por el hecho de nacer? ¿Quién me mete á mí á poner estorbo á ningún nacimiento? Estaría gracioso... ¿He faltado yo? No. Pues las faltas de los demás, en la conciencia de ellos están. ¿Tú tienes conciencia? Pues si la tienes no te digo más. La mía me dice que me he portado siempre bien, y que ahora me corresponde dar mayor ejemplo de cristiandad y de filosofía.

31

"Nada, para mí está peor que antes—pensaba la esposa,—y esto que dice podrá ser cuerdo, pero yo no entiendo una palabra.

—Parece que me tienes miedo—le dijo él siempre serio y tranquilo.—No sé por qué. Ya habrás visto que á razonable no me gana nadie.

—Sí, es verdad; pero...

—Pero qué...

—Tú dirás que gato escaldado del agua fría huye [redacted] sonriéndose ligeramente, por primera vez en aquella conferencia.—Otra cosa: enséñame á tu hijo.

Fortunata volvió á sentir terror, y al ver que Maxi alargaba las manos hacia donde estaba el pequeñuelo, las apartó con las suyas, diciendo:

"Otro día lo verás... Déjale... está dormido y me le vas á despertar.

—¡Pero qué [redacted] eres!... Yo creí que después de haberme oído hablar, te convencerías de que mi razón está como un reloj y de que además me ha entrado un gran talento. ¿Qué has visto en mí que te parezca sospechoso? Nada absolutamente. Mis sentimientos son de paz, para decírtelo todo en una palabra, Fortunata, soy un santo. No es esto jactancia, es la verdad... ¿Crees que voy á hacer daño á tu hijo? Hacer daño á una [redacted] criatura. Eso no cabe en lo humano. Déjamele ver, y te diré si se parece ó no.

Fortunata, al fin, sospechando que la contrariedad podía irritarle, prometióle ver al muchacho, sin acercarse mucho, y protegiéndole con sus manos, sin apartar los ojos de Maxi. Esto vió á Juan Evaristo Segismundo y no dijo nada mientras le miraba. Después volvió á su asiento y estuvo un rato con la mirada prendida en la colcha, ligeramente fruncido el ceño.

"Se parece á ese miserable. ¡Vaya si se pa-

Lo malo no perece nunca. La maldad engendra y los buenos se aniquilan en la esterilidad.

IV

"Tío, por Dios, tío, despierte usted—volvió á decir Fortunata gritando; y como asomase á la puerta la fláccida y carunculosa efigie de Ido del Sagrario, la joven le dijo: "¿Pero qué hace usted que no despierta á mi tío?... ¡Qué sola me tienen aquí! ¡Y esa chiquilla que no viene!

Ido refunfuñó algo que Fortunata no pudo entender. Mirando al profesor con lástima, Maxi dijo á su mujer: Este buen señor está trastornado. Me da mucha lástima, porque sé prácticamente lo que es estar mal de la cabeza. Si él quisiera seguir mi plan, yo me comprometía á ponerle como nuevo.

Y en alta voz, viendo al desgraciado Ido llegar otra vez hasta la puerta de la alcoba y mirar hacia dentro con ojos de estúpido: "Señor D. José, serénese, y aprenda á ver las cosas como son. Es tontería creer que las cosas son como nos las imaginamos y no como ellas quieren ser. Al amor no se le dictan leyes. Si la mujer falta, divorcio al canto, y poner sobre la idea del falso honor, la conciencia, la pura conciencia.

Y Fortunata se persignaba, llena de admiración, diciéndose: "¿Pero será verdad, Dios mío, que á mi marido le ha entrado un gran talento, ó estas cosas que dice son farsa para tapar una mala idea? ¿Qué haré yo para que se marche pronto? Porque á lo mejor me sale con una patochada y me da la gran desazón del siglo.

"¡Se parece á ese miserable—repitió Maxi, volviéndo á la idea que le había excitado ligeramente.—Es una desgracia para él. Y si en lo moral saca la casta, peor que peor. El niño inocente no es responsable de las culpas del padre;

pero hereda las malas mañas. ¡Pobre niño, tengo lástima de él! Si se te muere debes alegrarte, porque si ~~te, cuando sea hombre~~, te da muchos disgustos.

A Fortunata le indignó esta idea; pero no se atrevió á contradecirla. Que dijera todo lo que quisiese. Su plan era no contestarle nada, á ver si se aburría y se marchaba pronto.

"Tiene á quien salir—añadió Maxi lúgubremente.—Su padre es ~~un miserable. Demasiado lo sabes tú~~. No necesitas decirme que no te hace caso... Harto lo sé. Ni siquiera habrá venido á verte... También me lo figuro. No vendrá; ten por cierto que no vendrá.

—¡Quién sabe!...—se dejó decir Fortunata á quien se le apretó la garganta.

—Te repito que no vendrá... Tengo mis razones para asegurarlo.

—Claro... qué ha de venir... Ni falta.

—Dices bien; ni falta. Gracias que te oigo una expresión filosófica. Ese hombre tiene ahora otros entretenimientos.

Fortunata sintió toda la sangre subir á su rostro y se puso muy sofocada. Maxi estiró el codo sobre el lecho y se apoyó en él con actitud perezosa, semejante á la que tomaba en la botica cuando leía.

"Es preciso que lo sepas todo, ~~para que~~ salga la lección. Si lo ignoras, no aprendes. Es preciso que aprendas, para que la conciencia se fortifique.

Fortunata tenía mucho calor, y cogiendo un abanico que junto á la almohada tenía, empezó á abanicarse.

—Es preciso que lo sepas—volvió á decir Maxi con cierta frialdad implacable, propia del hombre acostumbrado al asesinato.—~~Ese hombre~~ no se acuerda ya de tí para nada, y ahora tiene amores con otra mujer.

—¡Con otra mujer!—dijo ella, repitiendo la

frase como una muletilla, á la cual no se sacá sentido. Sus miradas vagaban por los dibujos de la colcha.

—Sí, con otra mujer á quien tú conoces.

El asesino le iba soltando ~~las palabras~~ á la víctima en dosis pequeñas, y la miraba observando el efecto que le causaban. Fortunata quiso sobreponerse á aquel suplicio, y sacudiendo la despeinada cabeza, como para alejar y espantar una convicción que quería penetrar en ella, le dijo:

"¿Qué historias me vienes á contar ahí?... Déjame en paz.

—Esto que te cuento no es una ~~venganza~~, es ~~justicia, y no lo sería si no fuera verdad~~. Ese hombre está enamorado de otra mujer, y tú la conoces. ~~Te lo digo para que aprendas, y te conviene aprender, aunque la lección te cause la muerte.~~ Más vale morir aprendiendo, que vivir ignorando. Esta lección terrible puede llevarte hasta la santidad, que es el estado en que yo me encuentro. ¿Y quién me ha traído á mí á este bendito estado? Pues una lección, una simple lección. Mira, Fortunata, ~~mientras más amarga es la medicina, más eficaz resulta~~.

—Falta que sea verdad lo que cuentas—dijo la víctima defendiéndose.

M.C.D.2020

—Tú podrás creerlo ó no creerlo, como un enfermo puede tomar ó no la medicina que el médico le da. Porque esto es una medicina, la medicina de tu conciencia. ¿Quieres más señas? ¿Quieres el nombre de la que te ha robado lo que tú robaste? Pues te lo voy á decir.

Fortunata sintió como un desvanecimiento, y al incorporarse se le iba la cabeza, y la habitación daba vueltas en torno suyo. Llevándose la mano á los ojos, dijo á su marido:

"Me lo tienes que decir.

—Es una amiga tuya.

—¡Amiga mía!

—Sí, y su nombre empieza con A.

—¡Aurora, Aurora es!—exclamó Fortunata dando un salto en su lecho y mirando á su marido como miran las personas de honor que han recibido una bofetada.

—La misma.

—Hace tiempo que el corazón me decía algo de esto, pero muy bajito, y yo no lo quería creer.

—Estoy tan seguro de lo que afirmo, que no puede ser más.

—Tú me engañas, tú me engañas—clamó la joven en actitud de Dolorosa.—Tú me quieres matar, y en vez de pegarme un tiro, me vienes con esta historia.

—Si lo tomas como golpe de muerte, tómalo —manifestó Rubín con implacable frialdad.— Es verdad, te aseguro que es verdad, y yo no tengo la culpa de que las verdades maten; lo que me importa es que sanen.

—¡Aurora... Aurora!... ¡Dios mío! ¡qué horrible conv...! (agitándose extraordinariamente). Pero no puede ser. Este hombre está loco y no sabe lo que se dice.

—¿Que estoy loco?... Bueno (imperturbable). Defiéndete con eso. Pero tú caerás, tú te convencerás. No tienes escape. La verdad se impone. Ahí tienes un tiro que no yerra nunca. ¿Quieres más señas? Cuando Aurora sale de su obrador, él la espera en la calle de Santo Tomás y van juntos hacia el Ave-María. Los domingos, Aurora dice en su casa que va al obrador, y á donde va es á...

—Cállate, te digo que te calles—gritó Fortunata retorciéndose los brazos.—Eres un mentiroso, un calumniador.

—¿Pues qué querías tú...—dijo Rubín con sonrisa glacial.—Hija, es preciso estar á las agrias y á las maduras. ¿Qué querías? ¿Herir y que no te hirieran? Matar y que no te mataran. El mundo es así. Hoy tiras tú la estocada y mañana eres tú quien la recibe... ¿Dudas todavía?

Fortunata no dijo nada. No dudaba, no; el hecho denunciado por aquel hombre, que á veces parecía demente, á veces todo lo contrario, tenía todas las apariencias de un hecho cierto. Algo tenía la infelíz joven en su cabeza que se lo confirmaba, inundándola de luz. Recordó algunas cosas, ató cabos, y... Nada, que era verdad. Más estaría todo lo fomenta que se quisiera suponer; pero lo que decía, verdad era.

"¿Lo dudas todavía?—volvió á preguntar él.

—No sé, no sé... ¿Y si te has equivocado?... (con extremada inquietud y ráfagas de ira). No sé qué pensar... Maxi, Maxi, si me hubieras dado un tiro, me habrías matado menos. Te juro que si es verdad, esa mujer, esa hipócrita, esa sinvergüenza que me vendía amistad, no se ha de reir de mí. Te juro que le pateo el alma más pronto que lo digo (revolcándose en el lecho). Esto no puede quedar así. La mato, le saco los ojos, le arranco el corazón... Que me traigan mi ropa. Tío, Encarnación; quiero levantarme. ¡Pero qué abandonada me tienen!

—Comprendo que te dé tan fuerte. Así me dió á mí; pero luégo he comprendido que deben tomarse estas cosas con más calma. Aprende de mí. ¿No ves qué sereno estoy? He pasado por todas las crisis de la ira, de la rabia y de la locura...

—Porque tú no eres un hombre (interrumpiéndole).

—Porque las lecciones me han sido provechosas.

—Bueno; porque eres un santo... Yo no soy santa, ni quiero.

—¿Y por qué no habías de serlo tú también?

—Le dijo á tomándole las manos y tratando de sujetar con suavidad sus movimientos de ira.

¿Por qué no habías de aspirar al estado en que yo me encuentro? A él he llegado pasando por la rabia, por la locura... Ahora mismo, no hace mucho, cuando ví á ese hombre cometiendo una nueva infamia, sentí otra vez la debilidad de espíritu que creía vencida... me entraron ganas de hacer una barbaridad de pegarle un tiro, por librar á la humanidad de un semejante mónstruo... Pero después he sabido rehacerme y he dicho... Dejémonos de pegar tiros, y que esta lección le aproveche á ella como otras no aprovecharon á mí.

—¡Quiere decirse que le viste con ella y te quedaste tan fresco!—gritó la joven, furibunda, echando llamaradas de los ojos.

—No me quedé fresco... Me alboroté mucho; pero después vino la reflexión. Lo que importa —me dije,—no es que él muera, sino que ella aprenda. Y tú has aprendido.

—Pues si yo les llego á ver...

—Si les llegas á ver, acuérdate de mí. Hazte santa como yo... Les miras y pasas...

—Tú no eres hombre... Tú no eres nada—exclamó la joven con desprecio.—A ella, á esa bribona es á quien yo quisiere arreglar. Si la cojo, no lo cuenta. ¡Infame, arrastrada, indecente, engañarme así!

—Tú mira bien si tienes derecho á tratarla de ese modo.

—¡Pues no he tener! (ofuscándose por completo y sin reparar en lo que decía). Me ha quitado lo mío. Yo seré mala; pero ella lo es más, mucho más.

—Comprendo tu exaltación. Yo, que no tenía otro móvil que la justicia, cuando les ví, cuando me persuadí de que pecaban, creé que si tengo un revólver les suelto los seis tiros por la espalda.

—Bien, bien—gritó la joven con ferocidad.—¿Por qué no lo hiciste? Eres un tonto... Aunque después me hubieras matado á mí también. Tienes derecho á hacerlo.

—Les ví entrar en aquella casa...

Fortunata abría los ojos con espanto.

"Les esperé para verles salir. Calle tal, número tantos. Me escondí en un portal. ¡Oh! la suerte de ellos fué que no llevaba revólver...

—Yo te lo compraré... Hoy mismo, ahora mismo (agitándose en el lecho, cogiendo á su hijo, volviéndolo á dejar, descubriéndose el pecho, tapándoselo y sin saber qué hacer.) ~~Mira, Maximiliano, marido mío, ¿quieres que te quiera~~ de verdad, que sea tu mujer de verdad? Pues óyeme, haz lo que te mando, hazme este gusto... Mira; te vas, compras un revólver, yo te le compraré cueste lo que cueste, y les acechas... te vas callandito por la espalda, y á ella, fíjate bien, á ella, le pegas muchos, muchos tiros seguidos que le dejes el corazón como un cedazo.

Maxi se levantó del asiento desperezándose.

"Si no lo haces—añadió ella en el colmo del desorden, más parecida á fiera que á mujer, —no eres hombre, ni te volveré á mirar, ni te mirará ninguna mujer.

—¡Matar!... ¿Lección á ella? ¿Y la tuya?

—¿La mía, la mía? Ya la tengo, ¿Todavía quieres más lección?

—Irás á presidio si matas.

—Pues iré contenta.

—¿Y tu hijito?

Al oir esto, Fortunata tuvo un retroceso en su salvaje idea, y cogiendo al muchacho, que empezaba á rezongar, se lo llevó al seno.

La madre lloraba, el chico también, y el gran Ido apareció otra vez en la puerta sin decir nada, contemplando con miradas de ~~estupor~~ á marido y mujer. Gracias que la entrada de Segunda puso término á la situación, y lo mismo fué ver á Rubín que volarse, y soltando por aquella boca sapos y culebras y echando la culpa de todo á su hermano y al pasmarote inútil de D. José Ido, el cual viéndose insultado, á su parecer tan sin motivo, hacía contracciones casi inverosímiles con los músculos de la cara, juntando un ojo con la boca y encaramando el otro hasta la raíz del pelo, y decía:

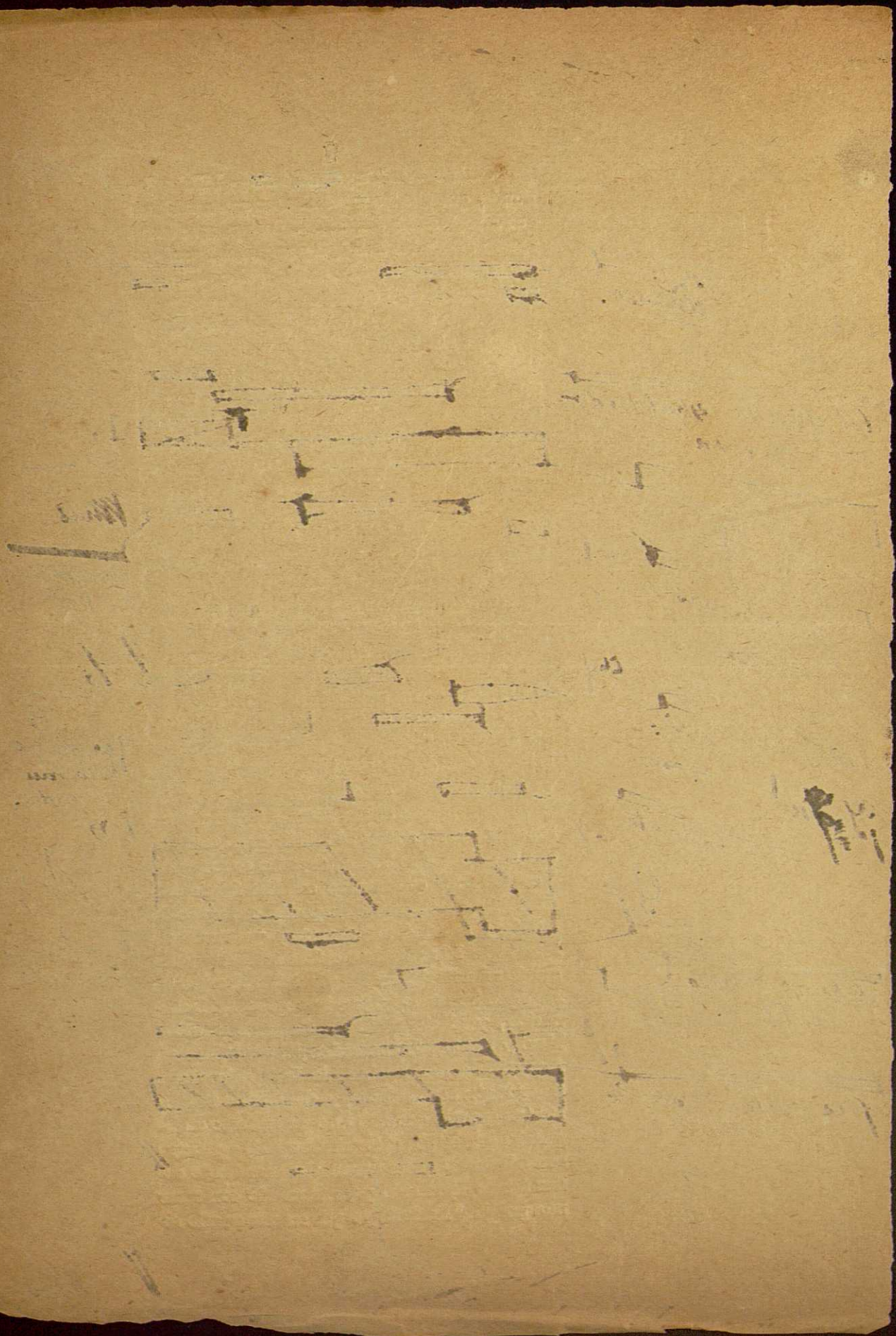
"Yo no sé lo que es, yo no sé lo que es; pero hoy no tengo la cabeza buena... Y conste que si entró fué porque quiso; que yo no le mandé entrar... y si la mata, sus razones tendrá, naturalmente... ¡Vaya con la señora ésta qué genio tiene! Y no me falta, que yo no he faltado á nadie.

V

"Cállese usted, so esperpento—chillaba Segunda, que por los movimientos amenazadores que hizo, parecía dispuesta á desbaratar con un par de bofetadas la frágil persona del profesor de primeras letras.—La culpa la tiene este animal que está aquí durmiéndola.

Obra de romanos fué el despertar á *Platón*; por fin, su hermana le tiró de una pata, mientras Encarnación tiraba de la otra, y cuando el corpachón, movido de estos estirones, se desplomó con estruendo sobre el piso, los ojos del gran modelo se abrieron y el sentido de la realidad penetró en su cerebro. Un rato estuvo estirándose, refregándose los ojos con las manazas, y soltando de la boca *hostias* y más hostias. "¿Onde está el judío ladrón que ha entrado sin mi premiso? ¡hostia! que le parto por la metá.„ El lenguaje de Segunda no desmerecía del de su hermano por la finura ni por lo escogido de las voces, lo que desagradaba extraordinariamente á Ido. Maxi salió á la salita, y José Izquierdo, al verle, se le cuadró delante diciéndole: ¡Ah! era usté. Ora mismo á la calle... brrr... ¡Bonito genio tengo! Pues si le llego á ver antes ¡hostia! me caso con la santísima... si le llego á ver antes, por el judío balcón, ¡hostia! va zumbando á la calle.

Sin demostrar temor alguno, Maximiliano sonreía, y como Segunda le hablara también con la misma descortesía, el joven se aventuró á contestarles con mucha serenidad que allí donde estaba su mujer no podía cerrársele la puerta; y se armó tal alboroto, que tuvo que intervenir Ido con frases de concordia, y Segunda manoteaba echando la culpa al calzonazos de su hermano, y éste increpaba á Encarnación, y la chiquilla se desahogaba sobre Maxi y hubo al fin brazadas y empujones que recayeron sobre el pobre Ido. Izquierdo quería tener razón contra todos, y el alboroto llegó á ser tan grande que hubo de presentarse en la puerta, que estaba abierta, Estupiñá, y penetró con ademanes gubernamentales mandando callar á todo el mundo y amenazando con traer una pareja. "Ya decía yo que en este cuarto no



habría paz, y como sigan así, pronto los planto á todos en la calle.„ Se fué refunfuñando, y al anochecer, cuando ya Ido y Maxi se habían marchado, volvió á subir, con el bastón de mando en la mano, y dijo á los hermanos Izquierdo: "Silencio ahora, y el primero que meta ruído, va á la cárcel.„

—Pues qué, D. Plácido, ¿va á venir el Viático?

—Poco menos—replicó el hablador entrando sin pedir permiso y dirigiéndose á la alcoba. —Que va á venir el ama, la señora casera. Mucha formalidad, señores, mucha formalidad.

Llegándose á Fortunata, le anunció la visita de doña Guillermina, y lo mismo fué oir Izquierdo que la señora de Pacheco venía, que el temor de verla, le intranquilizó. Los hermanos Izquierdo estaban comiendo, y Plácido no tuvo ya sosiego. A trangullones despachó la comida, y se apresuró á largarse á la calle. Tal era su miedo de que la señora le viera, que bajó la escalera á escape, temeroso de encontrarla en ella, y se le erizaba el cabello pensando en que si Guillermina subía cuando él bajaba, no tendría dónde meterse para evitar su encuentro.

Desde la entrevista con su marido, Fortunata se puso tan inquieta, que Segunda tuvo que enfadarse para impedir que se levantara, pues quería hacerlo á todo trance. El muchacho debía de encontrar novedad en las relaciones con su madre, tocante á provisiones de boca, porque estaba inquieto y mal humorado, como si quisiera también echarse á la calle, protestando de que no se le cumplía lo tratado. El aviso de la visita de la santa calmó bastante á la madre; pero no al hijo, que no entendía aún palabras de santidades. Harto sabría él sin decirle que la santa no le traería lo que necesitaba. Presentóse la dama á las nueve, acompañada de Estupiñá; y después de saludar á Segunda como si fuera ésta la señora más encopetada, pasó, y antes de decir nada á la que fué su amiga, examinó bien á Juan Evaristo Segismundo. Segunda acercaba una vela para que la señora pudiera ver bien las facciones del pequeñuelo, quien no parecía entusiasmado, ni mucho menos, con inspección tan impertinente ni con la viveza de la luz tan próxima á sus ojitos,

M.C.D.2020

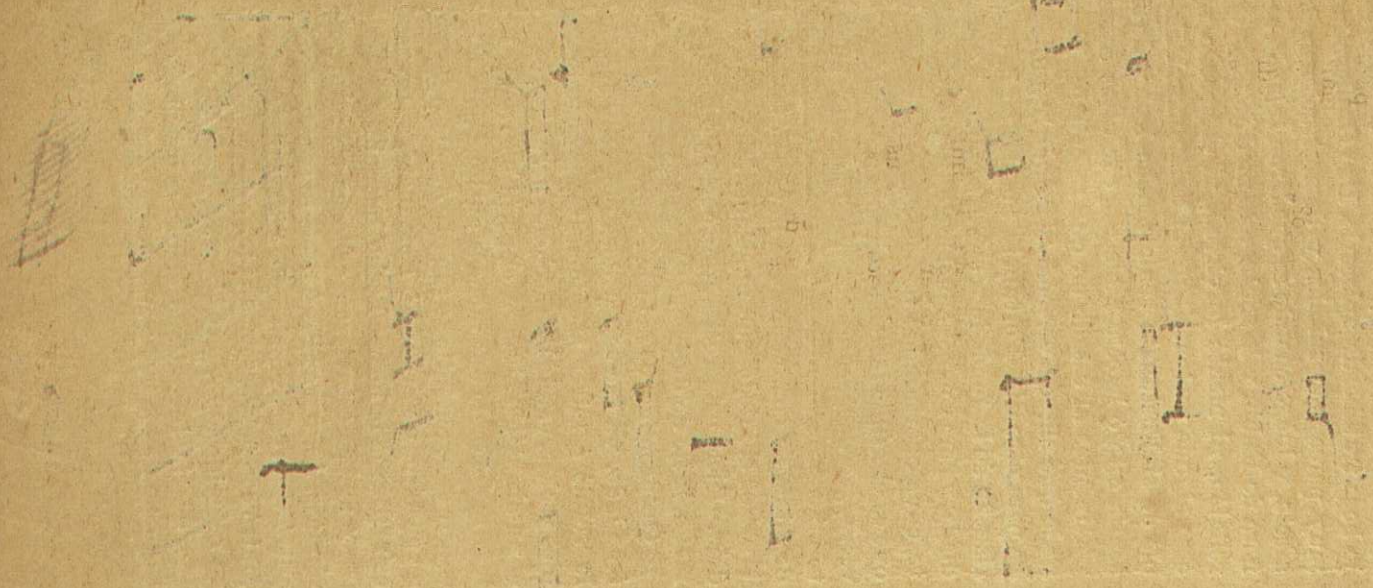
"¡Qué mal genio tiene—dijo la santa sentándose junto al lecho, mientras Fortunata agasajaba á su hijo y metiéndole el pecho en la boca trataba de aplacarle. Fué Guillermina muy parca en saludos y demostraciones de afecto, y luégo cuando se quedaron solas la señora de Rubín y la santa, ésta no dijo nada de religión, ni mentó la virtud, ni el pecado, ni cosa alguna perteneciente al orden moral. Habló de si Fortunata tenía mucha leche, de si sentía esta ó la otra molestia, con otras cosas pertinentes al estado en que se hallaba. Pero nada que oliese á sermón. Sin duda lo guardaba para otro día. Fortunata notaba en la cara risueña de la fundadora cierta severidad estudiada, y para romper aquel hielo, dijo lo siguiente, cuya oportunidad podría dudarse: "Este sí que es el *Pituso* legítimo, el de la propia tía Javiera, ¿verdad, señora? ¡Ah! ¿no sabe? En cuanto mi tío José oyó decir que usted venía, salió de estampía como alma que lleva el diablo.

—Por el miedo que me tiene. Buena nos la dió... Déjele usted estar, que como yo le coja á mano, le he de decir cuatro cosas.

Guillermina, cuando la madre puso al niño á su lado, ya saciado y dormido, Guillermina le volvió á mirar atentamente, guiñando los ojos y observando las facciones del chico, como el numismático observa el perfil borroso y las inscripciones de una moneda antigua para averiguar si es auténtica ó falsificada. Después dió un suspiro, y mirando á Fortunata, se expresó así: "¡Buena la hemos hecho, buena!...

Y ambas estuvieron calladas un rato, mirándose. Algo más iba á decir la santa, cuando entró Cayetano y pulsando á Fortunata la encontró con fiebre. "¿Ha habido alguna novedad, ha ocurrido algo?„ Como Fortunata le dijese que quería levantarse al día siguiente, don Francisco se opuso á ello con expresiones de

M.C.D.2020



tundente. Y Guillermina le apoyaba con frases de persuación y dulzura. "Lo primero es la salud. Tiene usted que mirar mucho por este ternero, que por lo que veo, necesita de una madre robusta... ¡Y qué guapo es! ¡Es una preciosidad! (dando otro suspiro más hondo). Dios sabrá para qué le ha mandado al mundo. ¿Lo habrá mandado como premio ó como castigo?„ Reparando que aun estaba allí Quevedo, se calló. El médico recomendó la quietud y recetó el antiespasmódico usado en los primeros días. "Si no lo hay, yo le diré á Ballester que lo mande en seguida. Vaya, tranquilidad... y mañana veremos. Duerma usted bien.

"Eso, duerma usted bien—repitió Guillermina cuando D. Francisco salió. —Hay que cuidar bien á este...

—Señora — dijo Fortunata de improviso, como quien quiere romper un secreto que abruma.—Yo tengo que pedirle á usted perdón...

—¡A mí! perdón.... de qué.

—De las burradas que hice, de las atrocidades que dije aquella mañana en su casa de usted. También á ella le pediría perdón si la viera... Me porté mal, lo conozco. Yo no guardo rencor á nadie... digo, no se lo guardo á ella, porque... ¡Ay, señora, usted no sabe lo que pasa, usted no sabe que á las dos nos está engañando... y sé quien es la que nos le entretiene, una víbora, una hipocritona, que me vendía amistad... Esto no quedará así, señora, no quedará así...

—No me traiga usted á mí cuentos, que no me importan—le dijo la santa.—Ahora lo que le conviene es tranquilidad; que tiempo hay de ajustar cuentas atrasadas...

Y volvió á mirar al chico, recreándose silenciosamente en su hermosura y lozanía. Fortunata le bebía á ella las miradas, y en su penetración creía adivinar el pensamiento de la tanta, el cual bien podía ser este: "¡Si Jacinta lo viera...!„ ¿Pero cómo le había de ver? Esto sí que era imposible. "Por mí—pensaba la pobrecita—no había inconveniente... Pero cuánto

sufrirá la pobrecilla, si le ve. Y puede que se le antoje... Sí, para ella estaba... Amiga mía, tenerlos, tenerlos... ~~Más vale que no le vea, no sea que tengamos otro disgusto.~~ Esta le irá contando cómo es, le dirá: "Tiene la boca así, los ojos asado, y en esto se parece á su padre y en lo otro á su madre. Criatura más perfecta no ha echado Dios al mundo."

"Cuando usted esté buena, hablaremos—~~dijo Guillermina~~ con ánimo ya de retirarse. Yo tengo una idea... No es usted sola quien tiene ideas; sólo que las mías no son malas, al menos no las tengo yo por tales. Y para concluir por hoy, ¿necesita usted algo? Si no puede usted criar, no se apure, le pondrémos un ama á éste caballerito, que me parece no habría de hacerle ascos. Es preciso criarle bien.

—Yo puedo, yo puedo... ¡vaya!—replicó la otra contrariada.—¿Qué cree usted? Soy muy fuerte.—Mi hijo no le cría nadie más que yo.

—Pues alimentarse bien—~~dijo Guillermina~~ recobrando su tono autoritario—Y cuidado con hacer disparates. Obedecer al médico... Cualquier arrebato de ira, le inutilizaría á usted para la lactancia.

Y sintiendo uno de aquellos arranques de inspiración que la embellecían y sublimaban, le dijo esto, ya en pié para marcharse:

"Porque ha de saber usted que Dios me ha hecho tutora de éste hijo... Sí, no se espante usted, ni me ponga esos ojazos. Su madre es usted, pero yo tengo sobre él una parte de autoridad. Dios me la ha dado. Si su madre le faltara, yo me encargo de darle otra, y también abuela. ~~Mientras usted quiera ser verdadera madre, no hay nada que hablar; pero estaré siempre á la mira, á ver si me le cría bien.~~ Hijo mío, has venido al mundo con bendición, porque suceda lo que suceda, no estarás nunca solo. Déjeme usted que le vea otra vez. No me harto de mirarle. Quiero llevarle metido dentro de mis ojos. ¡Virgen del Cármen! ¡qué lindísimo es...! Tiene á quien salir. Adios, adios."

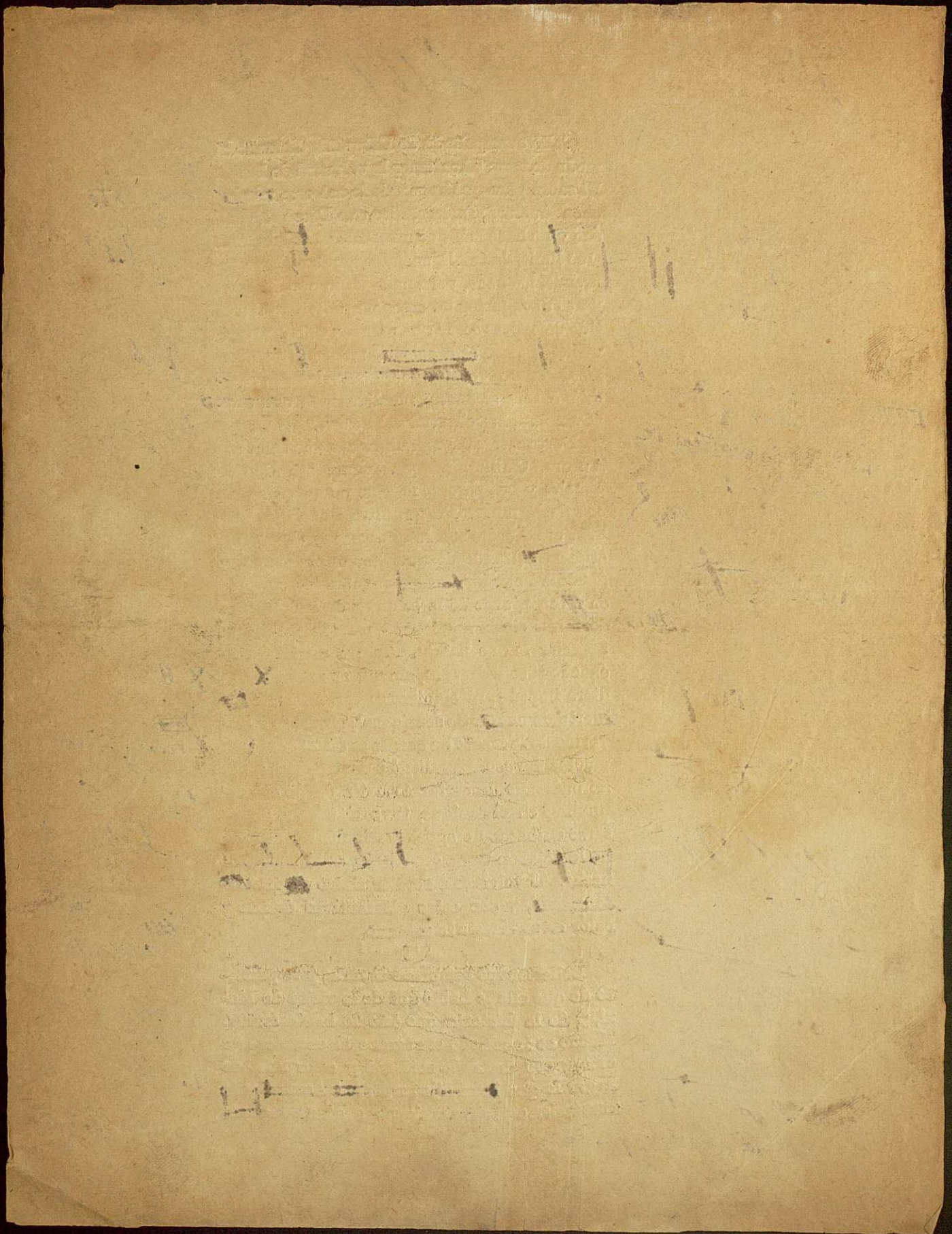
M.C.D.2020

Salió acompañada de Estupiñá, diciendo al modo de rezo: "Acatemos la voluntad de Dios... Él sabrá para qué ha mandado acá este [redacted]. Jacinta, furiosa, dice que Dios está chocho y no hace más que disparates... pobrecilla... Qué limitada inteligencia la nuestra. No comprendemos nada, pero nada de lo que Él hace, y nos devanamos los sesos por adivinar el sentido de ciertas cosas que pasan, y mientras más vueltas damos [redacted], menos lo entendemos. Por eso yo, [redacted] "Cúmplase la voluntad del Señor."

Fortunata soñó aquella noche que entraban Aurora, Guillermina y Jacinta, armadas de puñales y con caretas negras, y amenazándola con darle muerte, le quitaban á su hijo. Después era Aurora sola la que cometía el nefando crimen, entrando de puntillas en la alcoba, y dándole á oler un [redacted]do pañuelo empapado en [redacted] menjurge de la botica, y dejándola como dormida, sin movimiento, pero con aptitud de apreciar lo que pasaba. Aurora cogía al muchacho y se lo llevaba, sin que su madre [redacted] pudiera impedir, ni siquiera gritar. Despertó [redacted]. Se sentía mal, propensa á desvaríos de la mente en cuanto se aletargaba, con muchísima sed. Esta llegó á ser tan fuerte, que no pudiendo despertar á su tía dando con los nudillos en el tabique, tuvo al fin que levantarse en busca de agua. [redacted]. Al volverse á acostar sintió [redacted] frío [redacted], y con estas alternativas de frío y calor estuvo hasta la mañana.

VI

Ballester fué temprano á verla, y lo primero de que ella le habló fué de la visita de Maxi, y de la historia que éste le había [redacted]. Mucho se incomodó el regente al enterarse de esto, y con desusada seriedad y calor hubo de negar lo que [redacted]



Lista

45

sien clara, convenció más á Fortunata de que lo dicho por su marido era la pura verdad. "Mire usted, amigo Ballester, mientras más se enfurruña usted para negarlo, más creo yo en ello. Usted no habla nunca así; y cuando se pone serio, no dice más que mentiras. Lo que quiere es que yo me tranquilice. Se lo agradezco; pero no puede ser. Y lo que es esa bona no se ríe de mí.

Agotó el buen amigo toda su lógica para quitarle aquello de la cabeza, sin adelantar nada. "Y por fin—dijo tomando el tono zumbón y maleante que empleaba con Maxi en otra ocasión,—no habíamos convenido en que usted haría lo que le mandáramos el señor de Quevedo y yo. ¡Haga qué hace caso de lo que diga ese desventurado!... ¡Ay que románticas y que polvoristas... *semos*! Mi amigo Rubín, con esas apariencias que ahora tiene de hombre de seso, está más *quillao* que nunca. Todo lo dice al revés y el otro día me sostenía que *doña Desdémona* es una mujer hermosa. Me parece que si por ese camino, tendré que traerme acá la vara que empleaba yo como argumento para convencer al señor de Rubín.

No afectaban á Fortunata estas bromas. Observábala él con atención seria, y notaba que una idea muy siniestra y tenaz la dominaba, y que no era fácil quitársela de la cabeza. Temió que aquel estado de ánimo influyese desfavorablemente en su salud, y para prevenirlo le metió miedo. "Me ha dicho Quevedo que en estos días hay que tener mucho cuidado con usted. Cualquier disparate que usted hiciera podría sernos fatal. Conque, hija mía (tomándole las manos), mucho cuidado. No le digo que lo haga usted por mí. ¿Qué caso hace usted de mí? Ninguno, y con razón, porque yo para usted no soy nadie... hágalo por mi amigo Juan Evaristo, á quien quiero yo como si fuera mío, sí, sépalo usted, y me constituyo en su

dijo ella,

francesilla asquerosa

serene.

idea,

mos

amontone

arranc

a

¿para

tocati

súpitas

seguimos

ole

y que no le permitirá levantarse hasta la semana q. viene.

este pobre boticarin?

a

hijo

tutor; hágalo por él y *tutti contenti*.„ Parecía convencida, y Ballester se fué con la impresión de haber obtenido un triunfo. Tranquila estuvo toda la mañana; pero á eso del mediodía, al despertar de un sueño breve, se sintió tan vivamente acometida de ganas de salir á la calle, que no pudo sobreponerse á este impulso ciego. Levantóse con gran sorpresa de Encarnación, única persona que en la casa estaba, se peinó á la ligera y se puso su pañuelo de crespón negro, otro de color á la cabeza, falda de merino oscuro, mitones colorados, sus botas de caña clara, y... Pero antes de salir dedicó un gran rato á su hijo, que habiendo despertado cuando la mamá se vestía, parecía protestar con chillidos de aquella extemporánea salida. Le convenció dándole todo lo que quiso ó lo que pudo y el angelito se quedó dormido en su cuna de mimbre. "Mira, dijo á Encarnación su ama.— Yo voy á salir. No estaré fuera sino poco tiempo, porque tomaré un coche, y haré la diligencia en media hora. Tú no te separas de aquí, y si despierta el niño, lo arrullas y lo meces, diciéndole que yo vendré en seguidita... Cuidado cómo te separas de aquí. Oye, mientras yo esté fuera, no abras á nadie... Mejor será otra cosa, yo cierro dando las dos vueltas y me llevo la llave. Si viene Segunda, que espere en la escalera.„ Dió muchos besos á su hijo, de quien por primera vez en aquella ocasión se separaba, y salió, cerrando la puerta y llevándose la llave. "No sea cosa que alguien venga y... No, no me lo quitarán, pero se han dado casos. Este ángel mío, veo que tiene muchos golosos. Y sobre todo esa mosona de Jacinta es la que más miedo me da. De la que tiene le van á salir más canas, y se va á poner como un alambre de flaca. Pero qué remedio tiene que conformarse... Bastante he penado yo... Que pene ahora ella. ¡Ah! siento pasos fran-

camente, no quisiera que me viera nadie, porque empezarán á decir si salgo ó no salgo, y no me gustan cotilleos. Me parece que es D. Plácido el que sube. Me aguardaré un poquito hasta que entre en su casa... Ya llega, abre su puerta. Ahora [illegible], y Dios me acompañe. Debiera llevar algo [illegible]. ¡Ah! la llave. Es peor que [illegible]. Con esto y las uñas... yo le juro que [illegible].

Tomó un coche, y apenas entró en él se sintió tan mareada, á causa del movimiento y de su propia debilidad, que hubo de cerrar los ojos é inclinar la cabeza para no ver las casas [illegible] en torno suyo. "Debí haber tomado un caldito antes de salir,.. Pero á buena hora me acuerdo. En fin, esto pasará.„ Pasó ciertamente, y lo primero que hizo al reponerse fué variar la orden que había dado al [illegible]. Habíale dicho *Ave María, 18*; pero tuvo una idea, y dijo: *Cabeza, 10*, sacando la suya por la ventanilla, alargando el brazo y tocando con la llave que en la mano llevaba, al modo de un arma, el brazo del cochero. En la casa últimamente designada estuvo como una media hora, y cuando bajó á tomar de nuevo el [illegible], su palidez era tal que la cara parecía la muerte, los labios no tenían color... "¿A dónde vamos, señora?—le preguntó el cochero, viendo que pasaba tiempo sin que diera ninguna orden. "Subida á Santa Cruz, esquina á la calle del Vicario Viejo.„ Y dicho esto, y [illegible] coche, ella daba vueltas á este pensamiento: "Claro; lo que yo dije. La Visitación á mí no me lo había de ocultar. Y luégo dice el tonto de Ballester que mi marido está loco. Más razón tiene que todos los cuerdos juntos... No se ha equivocado ni en tanto así. Veinte duros le he dado á la Visitación por [illegible]... Claro; á mí no me lo había de [illegible]...„ Y partiendo de esta idea, volvía á la misma cien y cien veces, describiendo el mismo círculo.

Metióse en la subida á Santa Cruz, y subió al obrador de Samaniego por el portal de la casa, que estaba en la calle del Vicario Viejo. Iba tan decidida, que no tuvo ni la más ligera vacilación. La puerta del obrador tenía mampara de hule, que al abrirse hacía sonar un timbre. Fortunata había estado allí en los días que precedieron á la inauguración de la tienda, y recordaba perfectamente todo. No había que llamar, sino que se empujaba la mampara, sonaba un *plín* muy fuerte, y ya estaba uno dentro. Así lo hizo aquel día, y apenas recorrió el pequeño pasillo que separaba la puerta de la estancia principal, encaróse con Aurora que en aquel momento iba desde el centro, donde estaba la mesa, hacia la ventana, llevando telas en la mano. Alrededor de la mesa vió Fortunata como unas seis ó siete oficialas, no podía apreciar bien el número que eran, y en un sofá junto á la ventana, apaisado, que daba á la calle, estaban dos señoras, á quienes Aurora mostraba unos encajes.

"Buenos días—dijo Fortunata, deteniéndose un instante y recorriendo con mirada fugáz todas las caras que delante tenía. Aurora, al verla, se quedó tan inmutada, que no supo ni qué decir ni qué cara poner. "¡Ah!... tú, Fortunata... ¡Cuánto tiempo!..." Inmediatamente tomó un tono de sequedad. "Dispensa... Estoy ocupada. Si quisieras volver á otra hora...„ Pero al instante cambió de registro. "¡Mucho tiempo! ¿Has estado mala?

—Y tú, ¿cómo estás?—le dijo Fortunata acercándose y poniendo una cara fingidamente amable; pero en la cual no era difícil ver la cruel suavidad con que algunas fieras lamen á la víctima antes de devorarla. "No hay quien te vea, mujer.

—Y tú, ¿dónde te metes?—dijo Aurora temblando, muy cortada, sin saber para dónde volverse.

Por fin se volvió hacia las señoras que allí estaban; pero no supo qué decirles. Fortunata se le puso delante cuando volvía hacia la mesa central. "Tenía que hablar contigo... Como no se

M.C.D.2020

te ve... ¡Ay, qué amigas estas, se muere una sin que le digan nada!„

Algo se tranquilizó Aurora con este lenguaje, y sonriendo le dijo: "Hija, con tantas ocupaciones, no puede una desenvolverse. Pensé ir á verte... Pero, siéntate.

—Estoy bien así... Pronto despacho.

Aurora se acercó otra vez á las señoras, y al volverse, Fortunata le tocó un brazo. "Tenía que hablarte dos palabras, una cosa que te tenía que decir. Me estaba muriendo por verte. ¡Ingrata! Sabiendo la confianza que tengo contigo...

—Tienes razón—dijo la otra volviendo á inquietarse, porque en la cara de su amiga advirtió algo que la puso en cuidado.—Todos los días pensaba ir...

—Sabiendo que te quiero tanto...

—Y yo á tí... ¿Pero por qué no te sientas?

—No... Me voy en seguida. No he venido más que á traerte una cosa...

—Una cosa, á traerme [illegible]

—Sí, verás.

Y diciendo *verás*, hizo con la mano derecha un enérgico movimiento de honda, y le descargó tan de lleno la [illegible] la mano sobre la cara, que la otra no pudo resistir el impulso, y dando un grito, se cayó al suelo. Fortunata dijo: ¡Toma, perra, púa, ladrona!„

Bofetada más sonora y tremenda no se ha dado nunca. Todas las oficialas, naturalmente, corrieron al auxilio de su jefe; pero por pronto que acudieron, no fué posible impedir que Fortunata, cogiendo su llave con la mano derecha, le descargase á [illegible] un martillazo en la frente; y después, con indecible rapidez y coraje, le echó ambas manos al moño y tiró con toda su fuerza. Los chillidos de Aurora se oían desde la calle. Las dos señoras aquellas salieron á la escalera pidiendo socorro. Gracias que las oficialas sujetaron á la [illegible] en el momento en que clavaba sus garras en el pelo de la víctima, que si no, allí da cuenta de ella. Sujetada por tantas manos, Fortunata hizo esfuerzos por desasirse y seguir la gresca; pero al fin [illegible]

vencida por el número. A una de las modistillas la tiró patas arriba de una manotada; á otra le puso un ojo como un tomate; pero al fin ellas, como eran seis, pudieron más. Dando resoplidos, pálida como la cera, los ojos despidiendo llamas, Fortunata continuaba con la lengua la [illegible] que las manos no podían realizar. "Eso para que vuelvas, so tunanta, á quitarnos lo nuestro... Embustera, hipócrita, que eres capáz de engañar al Verbo Divino. Tramposa, chalana... Te pateo el alma más pronto que lo digo, si no fuera porque me sujetan estas amigas tuyas... Buenas serán también.

Y tal esfuerzo hizo por desasirse, que á punto estuvo de lograrlo. Dos de ellas habían acudido á levantar á Aurora, que continuaba dando gritos de dolor. Si no se presenta Pepe Samaniego y un dependiente, sabe Dios lo que habría pasado allí.

"¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién es usted? ¿Qué busca usted?

—¡Quién soy!...—gritó Fortunata con desesperación.—Una persona decente.

—Sí, ya se conoce... Aurora, ¡por Dios!... ¿Qué es esto?

—Una persona decente, que he venido á ajustarle la cuenta á esta bribona que tiene usted en su casa.

—Cállese usted y váyase muy enhoramala... ¿Pero qué es esto, Aurora?... Tiene sangre en la cabeza. Una herida... Oiga usted, so tunanta, ahora mismo va usted á la cárcel... ¡Eh! llamar á una pareja.

Aurora estaba como desmayada, y sus alumnas le desabrochaban el vestido para soltarle el corsé.

"Cuidado, que esto es de lo que no se ve... decía Pepe, no sabiendo si acudir á auxiliar á Aurora ó á castigar á la miserable que tal escándalo había hecho en la casa.

—Quien va á ir á la cárcel es ella—replicó Fortunata furiosa, convertida otra vez bruscamente á las condiciones de su origen, mujer del pueblo, con toda la pasión y la grosería que el trato social había disimulado en ella.—Yo no he faltado... A mí sí que me han faltado... Esa bribona me ha engañado, nos ha engañado á las dos, porque somos dos las agraviadas, dos, y usted debe saberlo... La otra es un ángel, yo otro ángel, digo, yo no... Pero hemos tenido un hijo; tenemos un hijo, y esta es una entrometida sin vergüenza que me la tiene que pagar, me la tiene que pagar. Yo la cogeré á gusto, y ó ella me mata á mí, ó yo á ella... Bribona, [illegible]...

M.C.D.2020

—¡Si no se calla usted...!—dijo Samaniego, llegándose á ella con ademán amenazador.—Vamos que por ser usted mujer, no le sacudo el polvo ahora mismo.

—¿Usted á mí?... falta que pueda. Más le valdrá á usted no ser tapadera de las indecencias que hace esta...

—Le digo á usted que si no se calla... No me puedo contener... ¡Llamar á una pareja.

La escena tomó aún peor carácter con la aparición inesperada de doña Casta, que habiendo llegado á la tienda en mala ocasión y enterada de que había arriba una zaragata entre su hija y otra mujer, subió rengueando, y entró en el teatro del dramático suceso dando "¡Hija de mi alma!... ¡Pero qué!... ¡la han matado!... ¡Sangre!... ¡Ay, Dios mío! Aurora... Aurora... ¿Pero quién ha sido?... ¡Ah! esa mujer...

—Sí, yo, yo he sido—le dijo Fortunata desde el rincón donde la tenían acorralada.—Mejor cuenta le tendría á usted, so bruja, no ser tapadera de las tunanterías de su niña... ¡Tapadera, encubridora!

Doña Casta, acudiendo á su hija, no se hacía cargo de las flores que la otra le echaba. Aurora volvió en sí dando otra vez chillidos. "No es nada, señora—dijo Samaniego.—No se asuste usted, señora... Una leve contusión, y el susto correspondiente... ¿Pero se calla esa salvaje?... A la prevención, á la prevención...

—Dejarla que se vaya...—murmuró Aurora con los ojos cerrados.

—A la cárcel—gritaba ronca doña Casta.

—No, á la cárcel, no—dijo la víctima, haciendo gala de generosidad...—dejarla, dejarla... Pepe, no le hagas nada.

—No; si yo no le hago nada... Allá se entenderá con el juez.

—No, juez no, juez no—decía la de Fenelón muy apurada.—La perdono. Dejarla, que se vaya, que se vaya pronto.

Fortunata, implacable, no se quería callar, y entre los que rodeaban á la víctima se dividían los pareceres respecto á lo que se debía hacer con la agresora. Subió más gente, y el obrador, con tanto gritar, y las pisadas de los que entraban y salían, parecía un infierno.

VII

La primera que llegó á la casa de la Cava,

durante la ausencia de Fortunata, fué Guillermina. Después de llamar dos veces, la voz de Encarnación se oyó al través de los agujeros de la chapa: "La señorita ha salido. Me ha dejado encerrada.

—¡Ha salido!... ¡Dios nos asista!... ¿Pero es eso verdad, ó es que no quiere recibirme?

—No, señorita, no está. Dijo que volvería pronto. Echó la llave con dos vueltas.

—¿Y el niño?

—Sigue tan dormidito.

—Esperaré un rato—dijo la santa dando un suspiro; y cansada de estar en pié, se sentó en el último peldaño del tramo. Parecía una pobre que espera abran la puerta para pedir limosna.—¿Pero dónde habrá ido esa loca?... Lo que yo digo: á ésta no la sujeta nadie. No va á poder criar á su hijo. A esta mujer le falta algo en la cabeza. Tiene á lo mejor algunos arranques buenos; pero cuando menos se piensa la lía... El mejor día abandona á su hijo ó lo mete en la Inclusa... No, eso que no lo hará. Si el pobrecito tiene una madre descastada, no le faltará quien mire por él.

Cuando esto pensaba, sintió subir á otra persona. Era Ballester, quien al verla, se quedó algo cortado. "¿Viene usted á esta casa?—le dijo la santa.—Pues tómelo con paciencia, que el pájaro voló. La señora esa se ha ido á la calle. Dentro están el chico y la criada; pero como se llevó la llave, no podemos entrar. Aguante usted el plantón, como yo, si no tiene prisa, que ya no puede tardar.

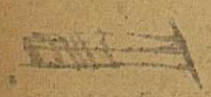
—¡Pero si le habíamos prohibido que saliera!—dijo Ballester asustadísimo y disgustado.—Anoche, según me dijo el Sr. de Quevedo, tenía fiebre bastante alta. Por eso yo venía á ver. ¡Qué disparates hace!

—¡Ya lo creo que es disparate! Sabá Dios dónde habrá ido. Puede que usted lo sepa.

—Yo no sé nada. En fin, esperarémos.

Sentóse el regente dos escalones más abajo, y la santa le guiñó los ojos. Ella no se paraba en barras cuando creía necesario interrogar á alguna persona. De buenas á primeras acometió á Ballester en esta forma: "Dígame usted, caballero, y dispense la confianza. ¿Es usted la persona que ahora tiene más ascendiente con esta mujer?

—Yo, señora... ascendiente no creo tenerlo...



La conozco hace poco tiempo. Soy su amigo; me intereso algo por ella.

—No trato yo de que usted me diga qué clase de amistad tiene con ella...

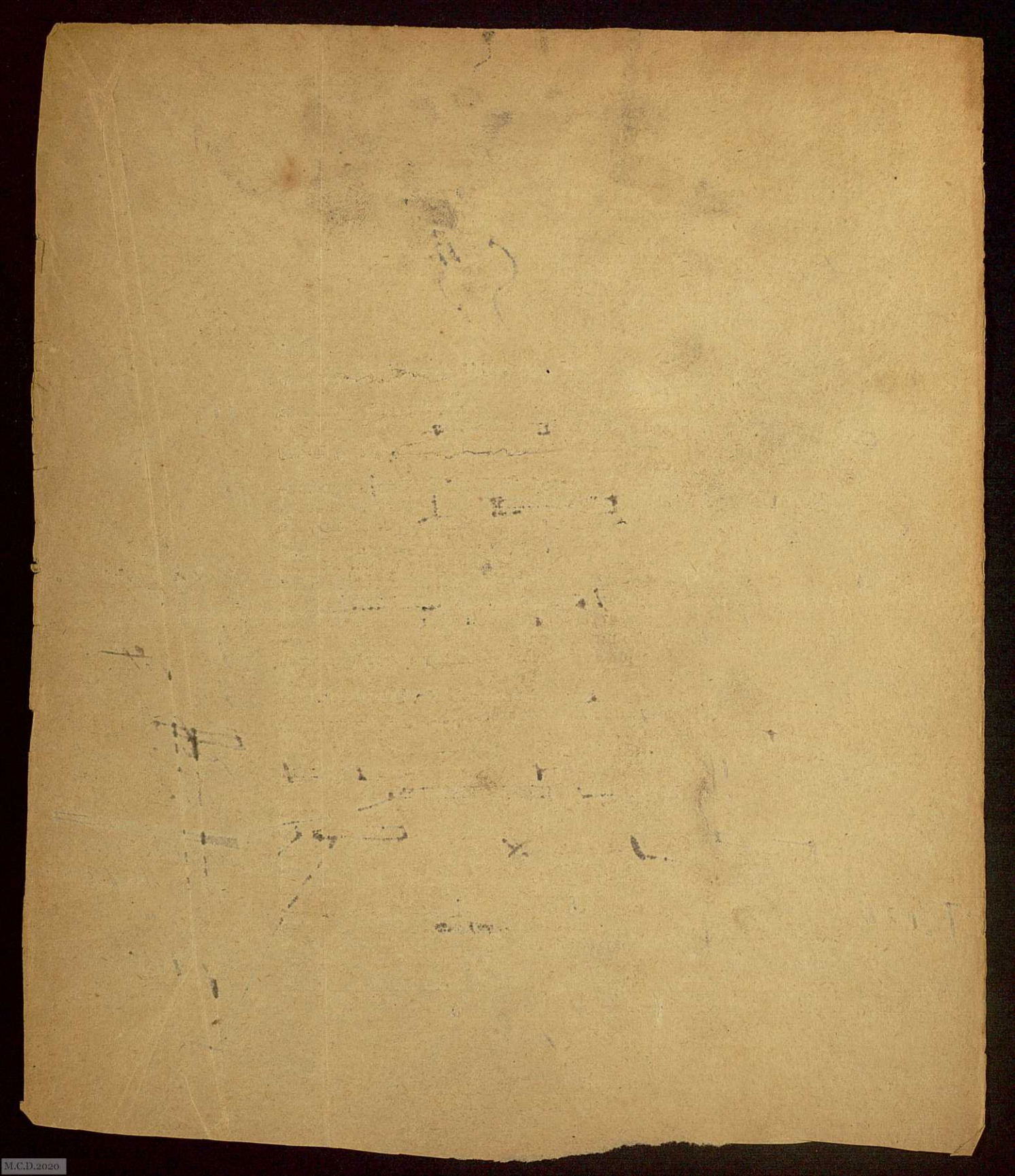
—Las relaciones más puras... ¿Qué, no lo cree usted?

—Si, yo creo todo. Precisamente tengo mucha fé—dijo la santa riendo—pero no se trata ahora de esto. ¿A mí qué me importa? Lo que quiero decir es que si usted tiene algún influjo sobre ella, debe aconsejarle que... Porque el día mejor pensado, esta mujer vuelve á las andadas, se irá con cualquier hombre, se cansará de criar á esa pobre niña. Lo mejor sería que le pusiera un ama, entregándoselo á personas que le habrían de cuidar mejor que ella. Aconséjele usted esto.

—Yo, señora... francamente, Me parece que ella no le abandonará. Está muy entusiasmada con él.

—Si. Buen entusiasmo nos dé Dios. Mire usted que ésta... Marcharse á la calle! A lo mejor se pone el pobrecito á pedir la mamar...

No había acabado de decirlo, cuando oyeron los chillidos del pobre niño. (Guillermina) no pudo contenerse, se levantó y fué hacia la chapa agujereada, y por allí echó estas vehementes expresiones: "¡Hijo mío, esa loca que no viene!... ¡tienes razón, bribona!... Aguárdate un poquitín, ..." Llamó para que viniese á la puerta la chiquilla, y le dijo: "Oye, niña, á ver cómo le entretienes un momentito, que tu ama no puede tardar. Mécele en su cunita, cántale algo, sosora."



Y volviendo al asiento del peldaño, dijo su compañero de plantón: "¡Qué calma tiene esa mujer...! ¿Pero dónde habrá ido?... ¡Ay! tengo el genio tan vivo, que rompería las puertas, cogería al niño y le llevaría á que le dieran de mamar. En mi asilo tengo tres amas, una de ellas muy buena, con una leche... ¿Es usted médico?

—No, señora; soy farmacéutico.

—¡Ah! está usted en casa de la de Samaniego. Pues volviendo á lo que decía usted antes, aconséjele usted que...

Se calló porque habían sentido pasos, ya muy cerca, como de una persona que subía con cautela. La santa y el boticario miraban á la meseta inmediata, esperando á que el que subía diese la vuelta. La aparición de aquella persona les dejó á ambos muy sorprendidos. Era Maximiliano, quien al ver á doña Guillermina y á Segismundo sentados en la escalera, hizo el siguiente razonamiento: "Dos personas que esperan y que se sientan cansadas. Luego hace tiempo que esperan. Luego ha salido hace tiempo y la casa está cerrada."

Un rato estuvo parado sin saber si seguir subiendo ó volverse para abajo. Ballester se reía y Guillermina le miraba con

"Nada—le dijo ésta,—que tiene usted que esperar también. Aquí estoy yo hace más de media hora. ¿Tiene usted llave?

—¿Llave yo?

—La del campo—dijo Ballester con mal humor, discurriendo que maldita la falta que hacía Maxi en aquella casa.—Más vale que se vaya usted y vuelva, porque esto va largo.

—Esperaré yo también—dijo sentándose debajo de Ballester.

Y volvieron á oirse los ronquidos de Pituso, y Guillermina no disimulaba la impaciencia y zozobra que esto le causaban. "Ya se ve, el pobre debe tener hambre. Cuidado que marcharse así y estarse tanto tiempo en la calle. Le digo á usted que le pegaría... Y bien le merece... ¿En qué está pensando esa mujer?

Maximiliano callaba, no quitándole los ojos á la santa, á quien nunca había visto tan de cerca.

—Pues estamos lucidos—dijo ella.—Ya somos tres. Y esto va picando en historia. Siento pasos. ¿Si será al fin esa loca?

Los pasos no parecían de mujer. ¿Quién sería? Miraban los tres, y apareció José Izquierdo, quien al ver á doña Guillermina hizo un movimiento de sobresalto y miró para abajo como si se quisiera tirar de cabeza. Pronunció no sé qué estropajoso, habría él dado cualquier cosa por tener dónde meterse. La santa se reía en sus barbas, y por fin le dijo: "No me tenga usted miedo, señor de *Platón*... ¿Por qué está usted tan asustado? No me como la gente. Si somos amigos usted y yo...

—Señora—dijo Izquierdo con un gruñido. —Cuando un hombre tiene necesidad, no puede ser caballero y hace cualquier cosa.

—Sí, hombre, ya lo sé; y aquel gran timo que usted nos dió está olvidado. Oiga usted una cosa. Si viera usted que guapo está el Pituso.

—¿De veras? ¡Ay! ¡pobre piojín de mis entrañas!

—Sí; se cría perfectamente. Y es tan listo y tan travieso que tiene alborotado todo el asilo.

—¡Ay! como se le conoce la santísima sangre de su madre, que revolvía medio mundo. Si tenía aquel chico un talento... macho... vamos que..

—Ahora está usted como quiere, Sr. *Platón*, según he oído; ganando unos grandes dinerales con la pintura.

—Defendemos el garbanzo, señora...

—Y ya sé que los pintores, cuando les falta usted les falta todo y no saben dar pinceladas. Yo me alegro por diferentes motivos, pues estando usted tan en grande no se le ocurrirá darnos otro timo.

Izquierdo se rascaba la oreja, y habría dado cualquier cosa porque la santa mudara de conversación.

—Si la señora quiere, no miremos pa trás.

—Sí, esto no es mirar *pa trás*... Es un decir. Vamos, que ahora si usted estuviera mal de fondos, bien podría intentar otro negocio como aquel... y no con moneda falsa, sino con legítima.

Ballester se reía y Maximiliano estaba muy serio, lo que reparó la fundadora, apresurándose á decir: "Si no fuera por estas bromas, ¿cómo me pasaría esta horrible plantón? Yo me consumo cuando tengo que esperar, y cuando espero estúpidamente por la tontería de una persona, pierdo la paciencia en absoluto..

M.C.D.2020

532 = 18

M.C.D.2020

Volvieron á oirse los lastimeros chillidos de Juan Evaristo, y Guillermina tiró de la campanilla para decir á la criada: "Mujer, entretenle; dile cositas. Pareces tonta... ¡Hijo mío, ya viene, ya viene!... Verás qué soba le doy cuando entre, por tenerte así tan solito, muertecito de hambre... Señores (volviendo al escalón), ustedes me han de dispensar, y si alguno se cansa, no esté aquí por hacerme compañía. Está ya pasando ya de castaño oscuro, y algo debe de haberle pasado á esa mujer, cuando tarda tanto. Propongo que se nombre una comisión, que vaya á la calle á hacer un reconocimiento y averiguar dónde puede estar.„ Al decir esto, miraba á Maxi, dando á entender que fuera él de la citada comisión. El joven no hizo ademán alguno que indicara intención de moverse, y en la misma actitud indolente en que estaba, miró á la santa, después á Ballester, y dijo esto: "Hace como unos cinco cuartos de hora iba en un coche por la calle de Atocha... Entró por la calle de Cañizares... Hace como unos tres cuartos de hora, ví el mismo coche atravesar la plaza de Santa Cruz hacia la calle de Esparteros...„

Ballester y Guillermina se miraron inquietos.

"Pues propongo—repitió—que vaya una comisión á la calle de Esparteros... ¿Y no vió usted si el coche se detuvo en alguna parte?

—No, señora... Yo creí que el coche venía hacia acá, porque aunque el camino más directo desde la calle de Atocha es Plaza Mayor, Ciudad Rodrigo, Cava, como en la entrada de la Plaza por Atocha están adoquinando y no se puede pasar, dije yo: Es que el cochero va á tomar la calle Mayor. Pero por lo visto no ha venido aquí. Luego ha ido á otra parte. Quizás haya ido á visitar á alguna amiga, Aurora, por ejemplo. Anoche dijo: mañana ajustaré yo con ella mis cuentas.

Ballester y la santa volvieron á mirarse con inquietud.

"Lo que este chico dice—indicó el farmacéutico, comunicando á la dama sus temores,—

me parece tan lógico, que casi casi me inclino á tenerlo por cierto.

—Pues enviemos una diputación á la tienda de Samaniego. A ver quién quiere ir.

—Yo—dijo Izquierdo; pero Maximiliano no decía nada.

Oyéronse pasos que subían pero eran muy pesados y los acompañaba un carraspeo y resoplido de persona madura, por lo que nadie creyó fuera Fortunata la que llegaba. "Es Segunda,„ dijo Izquierdo antes de verla, y no se equivocó. La placera se puso en jarras al ver la escalonada tertulia que allí había, y cuando apreció quién estaba sentada en el lugar más alto, abrió medio palmo de boca, expresando su admiración de esta manera: "¡Bendito Dios! El ama de la casa sentadita en la escalera, como una pobre que está esperando la limosna.

—Hija, de menos nos hizo Dios.

Pero qué, ¿no está esa loca? ¡Se ha escapado á la calle! Me lo temía. ¡Qué cabeza! Es está dando con los nudillos en el pasamanos. Si estaba ella anoche muy encalabrinada. Pero señora, ¿por qué no pasa á casa de D. Plácido? Allí habrá sillas, al menos, y podrán la señora y los señores sentarse como es debido... ¿Y dónde estará esa veleta? Es para matarla.

—Hágame el favor de llamar en el tercero y ver si está Plácido. Tengo la seguridad de que él la encuentra.

Segunda llamó, y Plácido no estaba.

"¿Quiere la señora que vaya á ver...

Segunda.

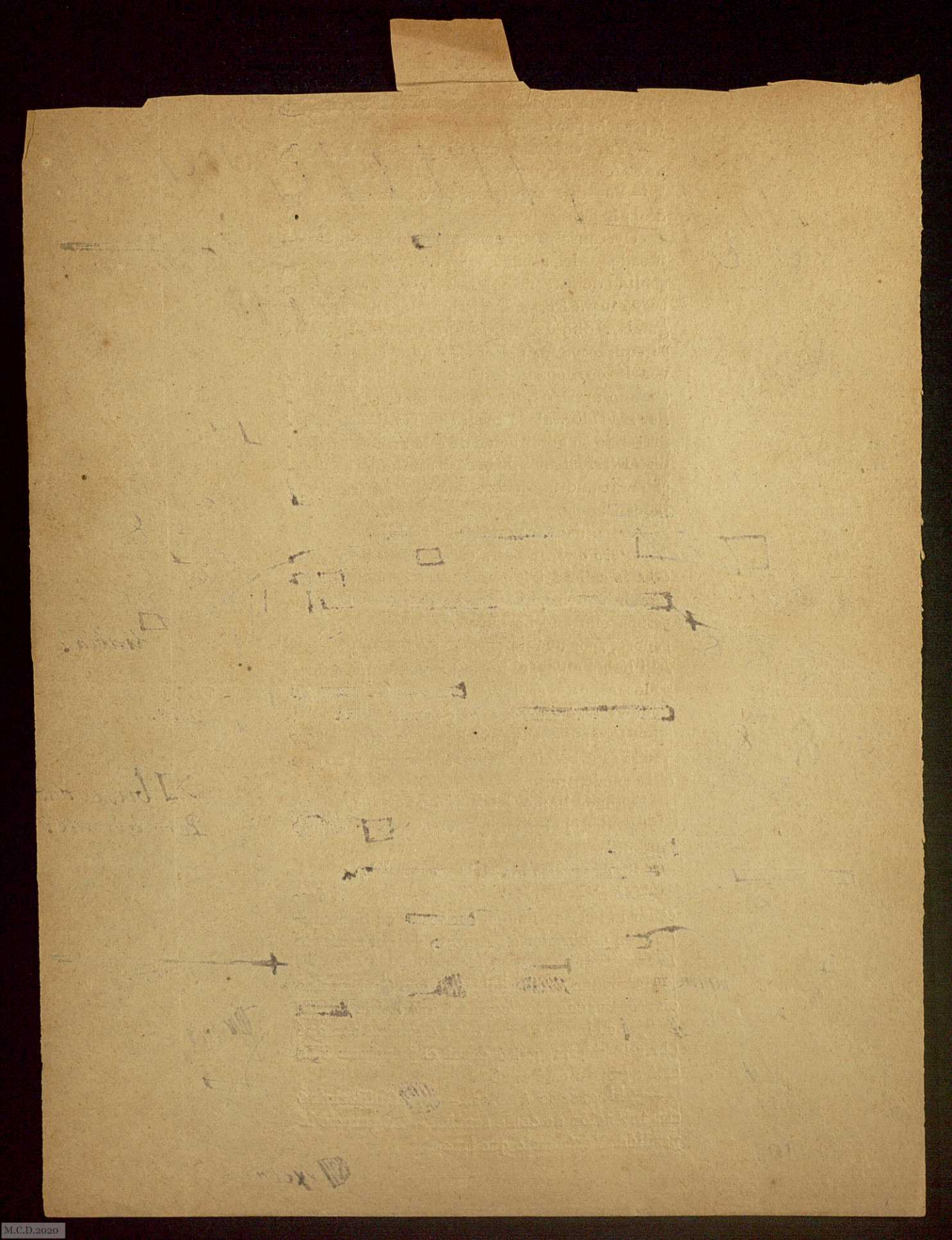
—Sí, es preciso buscarla... es preciso.

—Yo iré—dijo Ballester, que no podía desechar la idea de que en la tienda de Samaniego ó en el obrador de Aurora, darían razón de la fugitiva.

Pero aún hablaba con Guillermina en secreto, cuando Segunda, que había ido á bajar en busca de una llave ó ganzúa con qué abrir la puerta, gritó desde el principal: "Ya está aquí, ya está aquí.

—¡Ah! gracias á Dios...—Guillermina sin intención de doble sentido.—Ya pareció la perdida. Verémos lo que trae.

M.C.D.2020



—Una de dos—dijo Ballester con inquietud—ó trae la cara arañada, ó trae sangre y quizás piel humana en las uñas.

—Es mucha mujer ésta...

Todos se levantaron menos Maximiliano, que continuó echado apáticamente hasta que vió á su mujer. Ésta subía jadeante, sofocadísima, limpiándose á cada instante con un pañuelo la cara sudorosa, y levantándose las faldas para no tropezar. En la mano traía la llave de la casa.

"¿Qué he tardado?... Si no he tardado nada. Despaché en seguida... ¡Ah! doña Guillermina también aquí. Hija, yo creí desocuparme más pronto... El pobrecito tiene hambre... ya le oigo llorar... Voy, voy, hijo de mis entrañas... ¡Ay! creí que no me dejaban venir. Si me llevan á la cárcel, no sé... pobrecito mío.

—Abra usted, abra pronto...—le dijo Guillermina empujándola.—Es usted una loca. Está visto. No sirve usted para madre... ¡Pobrecito mío! Hace dos horas que está rabiando, y con razón. Si usted no se enmienda, tendrémos que ponerle un ama.

VIII

Abrió y entraron todos atropelladamente; Fortunata delante, Guillermina agarrada á ella, y detrás Ballester, Maxi, Izquierdo y Segunda. La madre corrió derecha á la alcoba, donde estaba el pequeño en la cuna, dando unos gritos que enternecían el caballo de bronce de Felipe III. "Aquí estoy, rico mío, aquí está tu madre... Ven, ven, cielo de mi vida; toma la tetita, toma... ¡Ay qué hambre tan grande!... ¡Cuánto ha llorado mi ángel!... Yo estaba por venir. ¡Qué contento se pone mi niño!... Ya no llora más, ¿verdad? Ya no más...„

Sin quitarse el mantón, había cogido al niño, disponiéndose á aplacar su gran necesidad. Se sentó en la cama, para dejar á Guillermina la única silla que en la alcoba había. La santa no atendía más que al pequeño, observando atentamente la ansiedad con que mamaba y á esta ansiedad iba acompañada de satisfacción, dijo: "Me temo que con esos arrebatos se quede usted sin leche.„

M.C.D.2020

59

—¡Quiá! no señora... Vea usted, la tengo de sobra. Al contrario, creo que si no me desahogo, me quedo seca. Estaba yo anoche, que no cabía en mí. Me era tan preciso vengarme como el respirar y el comer.. Pues verá usted... después de darle una bofetada tremenda que resonó en la Puerta del Sol, le pegué un achuchón con la llave, y la descalabré... después [redacted] mano á las greñas. ¡Ay! en mi vida he tenido un gusto mayor que cuando sentí el pelo de esa bribona, aquí, entre mis uñas...

—Cállese usted por Dios, que me da horror de oirla.

—Me querían llevar á la cárcel, y [redacted] tuvieron más de una hora si me llevan ó no me llevan. Fueron los policías, y yo dije que estaba criando. Total, que por fin me soltaron, y aquí me vine corriendo. Si no hay como ser así para que la respeten á una. Si no están allí aquellas condenadas modistas, la pateo á mi gusto, y no le dejo hueso sano. Porque mire usted que es mala; engañar á dos, á dos, señora, á mí y á la otra, que es un ángel, según dice todo el mundo. Dígale usted que su cuenta con *la Samaniega* está ajustada. [redacted]

—Si, parece que está usted trastornada... Cállese, cállese y atienda á su hijo...

—Ya atiendo, señora, ya atiendo. ¿Pues no me ve?... Hijo, gloria de tu madre, emperador del mundo... ¡Ay! crea usted que si aquellos condenados policías no me dejan venir á dar de mamar á mi hijo, me los como á bocados... El mismo Samaniego fué quien me soltó, diciendo: "Que se vaya noramala.„ Pues sí, señora, estoy contenta, porque me he vengado. También su amiga debe de estar contenta. Las dos tenemos razón, ella por ser tan ángel, yo porque tengo el hijo, el hijo de la casa... Crea usted que no me alegro por interés... ¿Para qué quiero yo el dinero? Para nada. Me alegro por

tener *el hijo de la casa*, y esto no me lo quita nadie. Ni con latines ni sin latines, me lo quita nadie. ¿Verdad, señora? Usted está ahora de mi parte, ¿verdad? Y Lucía también está ahora de mi parte, ¿verdad?

—Cuando digo que usted no tiene la cabeza buena (un poco alarmada). Cállese y tranquilícese porque si no, se le retirará la leche. Tengamos formalidad (dándole palmadas en el hombro), porque si no se cría bien, le pondrémos una ama; y en último caso, hasta le recogeremos para tenerlo con nosotras.

—¡Quiá!... no señora... Yo no lo suelto (con gran excitación y desbordamientos de alegría). Estoy tan contenta con mi hijo, que es el *hijo de la casa*, el único, que no me separaré de él, aunque me maten. Usted me va á querer, señora ¿verdad? ¿Me querrá usted? Porque yo necesito que alguien me quiera. Verá usted qué bien me voy á portar ahora. ¿Hombres? ni mirarlos. No quiero cuentas con ninguno. Mi hijo y nada más.

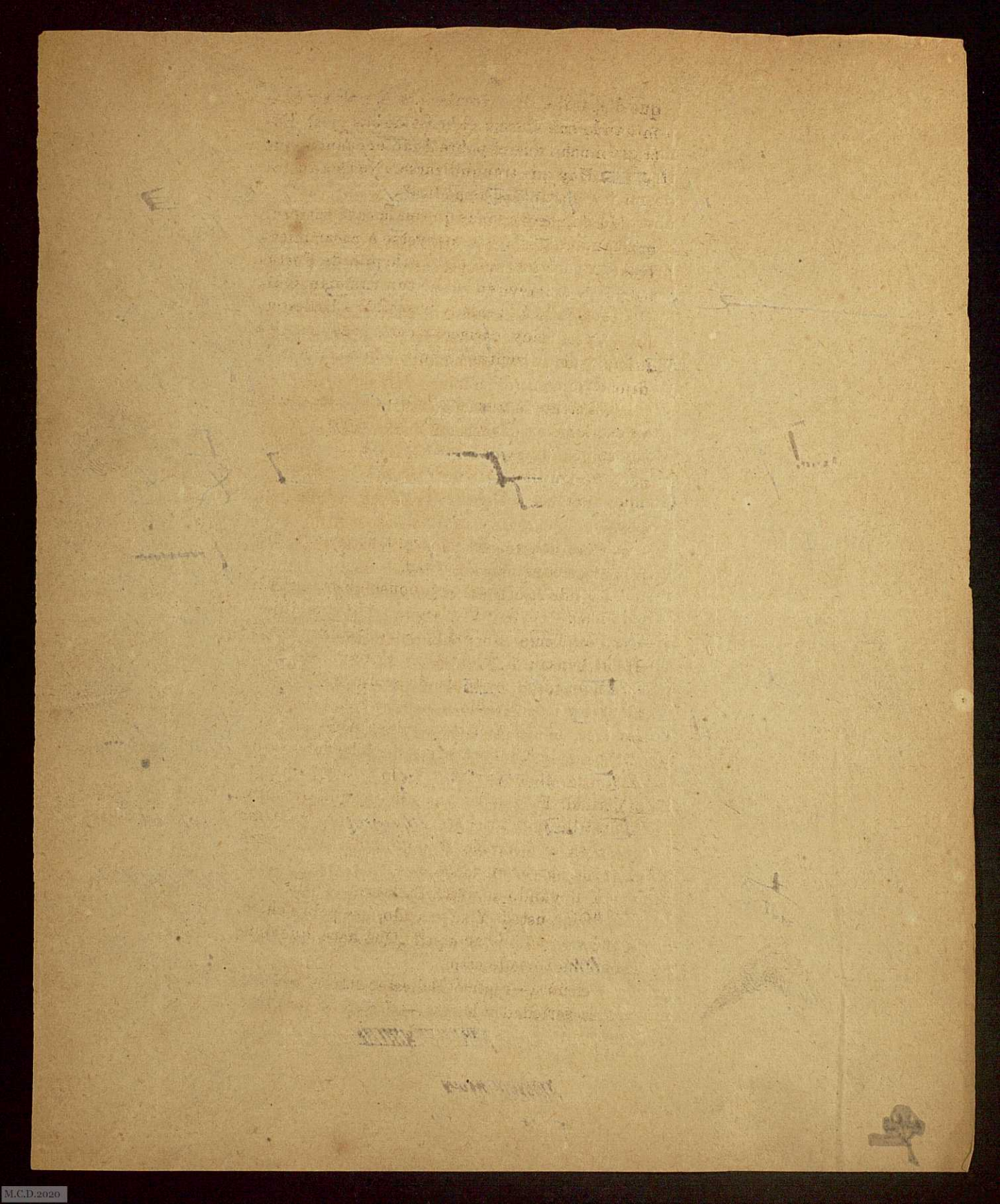
—Sí... quien no te conozca que te compre.

—¡Ah! usted no me conoce, señora... ¿Cree que...? Equivocada está. Mi hijo y nada más. Verá usted, nos haremos cargo de que es hijo de las tres, y tendrá tres madres en vez de una...

A Guillermina le hizo sonreir aquella extraña idea.

"Porque yo, después que al *hijo de la casa*, no le guardo rencor á la otra... Porque yo soy tanto como ella por lo menos... Como no sea más. Pero pongamos que soy lo mismo. No le guardo rencor, y, como me apuren mucho, hasta le tomaré cariño... Tres mamás va á tener este rico, esta gloria, yo, que soy la mamá primera; ella, la mamá segunda, y usted la mamá tercera.

"Pero, hija, que usted, y



que disparates dice (tomándole el pulso y examinando con alarma el brillo de sus ojos). Extraño mucho que el pobre Juan encuentre qué sacar... Hay que tranquilizarse. ¿No tiene usted aquí bebida antiespasmódica?

Las demás personas que en la casa entraron estaban en la sala, sin atreverse á pasar mientras durase aquel animado de Fortunata y la santa, cuyo lejano run run oían. Guillermina salió á la sala, y buscando á Ballester, que estaba muy cariacontecido pegado á los cristales de la ventana y mirando á la plaza, le dijo:

"Está esa mujer excitadísima, y me temo que se seque... ¿Hay aquí antiespasmódica?

—Sí, sí, la preparé yo con muchísimo esmero; pero traeré más esta noche añadiendo bromuro potásico. Dice usted que está excitadísima.

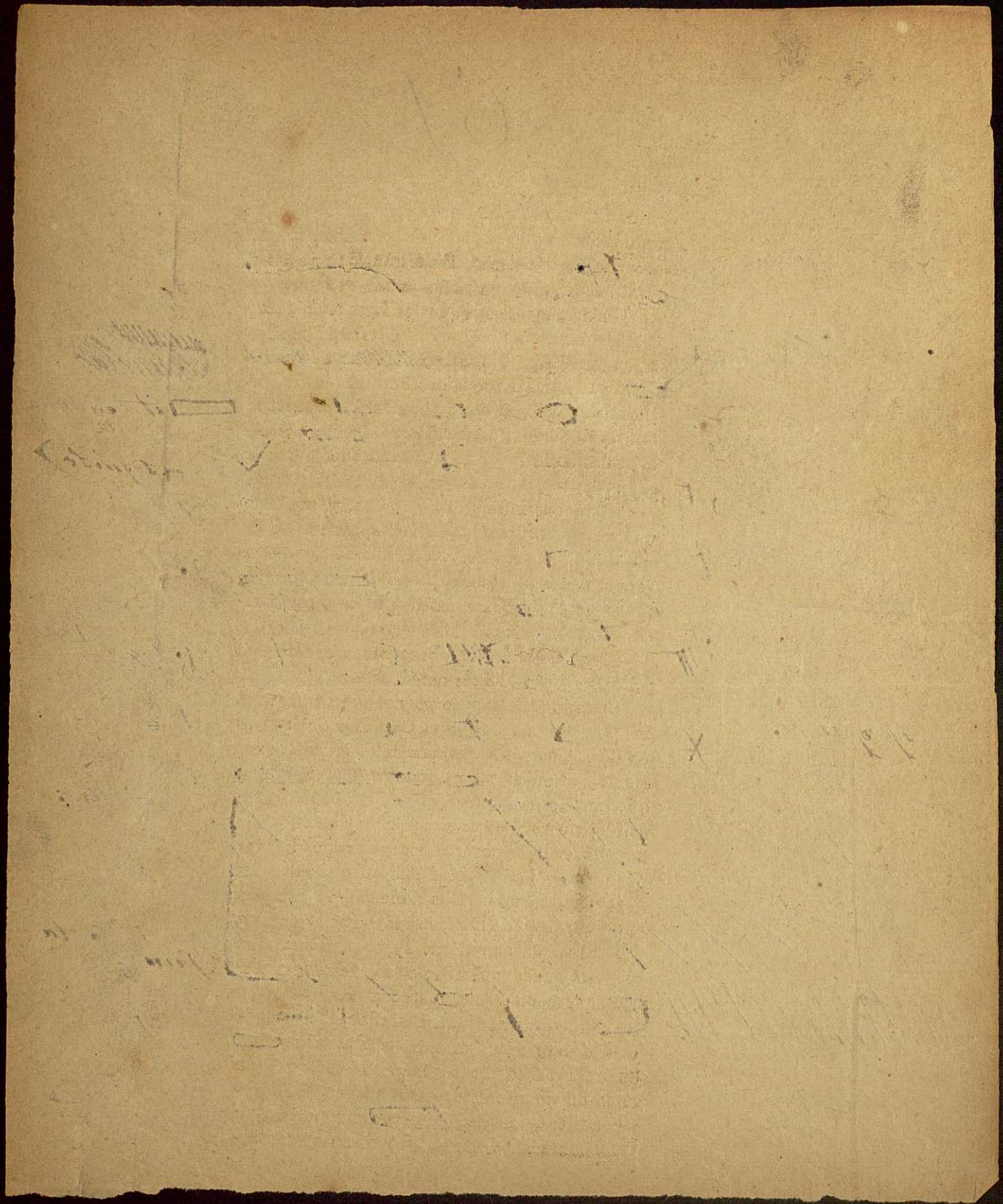
—Pero atroz... Cabeza trastornada dice mil disparates... Entre usted.

Cuando Ballester le propuso que tomara la medicina replicó Fortunata. "Lo que quiero es agua. Tengo una sed horrible... la boca seca.„ Bebió con ansia, y al traerle el agua, Segunda que buenas ganas tenía de reprenderla por su salida, no se atrevió á decir nada delante de aquella señora tan respetable. Algo dijo, no obstante, y Guillermina salió á la defensa de la joven, diciendo: "Ella no lo volverá á hacer. ¿Verdad? Esto de hoy ha sido porque tenía un asuntillo que arreglar... Pero ahora va á ser juiciosa y razonable. Si no, aquí estoy yo para hacerla entrar en razón.

Y llevando aparte á Ballester, le dijo:

"Oiga usted. Y su marido, ese pobre chico, ¿qué viene á buscar aquí? ¿Qué hace, qué dice, cómo ha tomado esto?

—Señora—replicó Ballester fluctuando entre la seriedad y la risa.—¿Usted no lo entien-



Su natural es tímido. Por eso, cuando veo que rompe á hablar con ~~las~~ personas que no son de confianza, me ~~ecamo~~ mucho.....

62

~~Siempre~~ ~~Su natural~~

de?... pues yo tampoco. De algún tiempo acá todo cuanto ese chico habla es tan ~~razonable~~ atinado, que podrían tener por suyo los siete sabios de Grecia.

—¿Pero no está...?—preguntó la dama llevándose á la sien su dedo índice.

—A saber... El fué quien le trajo el cuento de lo del tal con la cual, quiero decir, con ~~Aurora Samaniego~~ la Fenelona... Yo no me fío de la cordura de este caballerito, y siempre que le coja á mano le registro, á ver si trae algún arma. No me gusta nada verle aquí.

~~Mi~~ é Izquierdo estaban sentados en el sofá de la sala, ambos ~~callados como en misa. Segunda, por indicación de la santa, se llevó á su hermano. Guillermina dijo á Ballester: "Doctor, pase usted á ver á la enferma,,, y ella~~ se fué á sentar junto á Maximiliano, insinuándose con él por medio de una sonrisa ~~y un guiño de ojos.~~ Quiso la dama hablarle, y no pudo decir una palabra, pues con todo su talento y práctica del mundo no acertaba con la clave de las ideas que ante aquel hombre, dada ~~su~~ situación, debía desarrollar. ¿Qué le diría? ¡Este sí que era problema! ¿Qué tono tomaría? ¿Era cuerdo el tal, ó ~~loco~~? Porque si había dificultades considerándole demente, ~~considerándole~~ sano las dificultades eran tales que rayaban en lo imposible. ¿Le hablaría del niño?... Jesús que disparate. Le diría que su mujer era una joya? ¡Qué barbaridad! ¿Acometería el estado real de las cosas? Ni pensarlo. ¿Lo tomaría por el lado religioso y de la resignación? Tampoco. ¿Por el lado mundano? Quiá... Nunca se había visto ~~Guillermina~~ enfrente de un ~~tan temeroso~~ problema de ~~trato~~ social. Aquel enigma superaba á cuantos enigmas había visto ella en su vida infatigable.

Rubín

silenciosos. Fortunata llamó á Ballester y á Platón para contarles lo que había hecho, y en tanto Guillermina

no

la Fenelona.

de benignidad.

la

de él

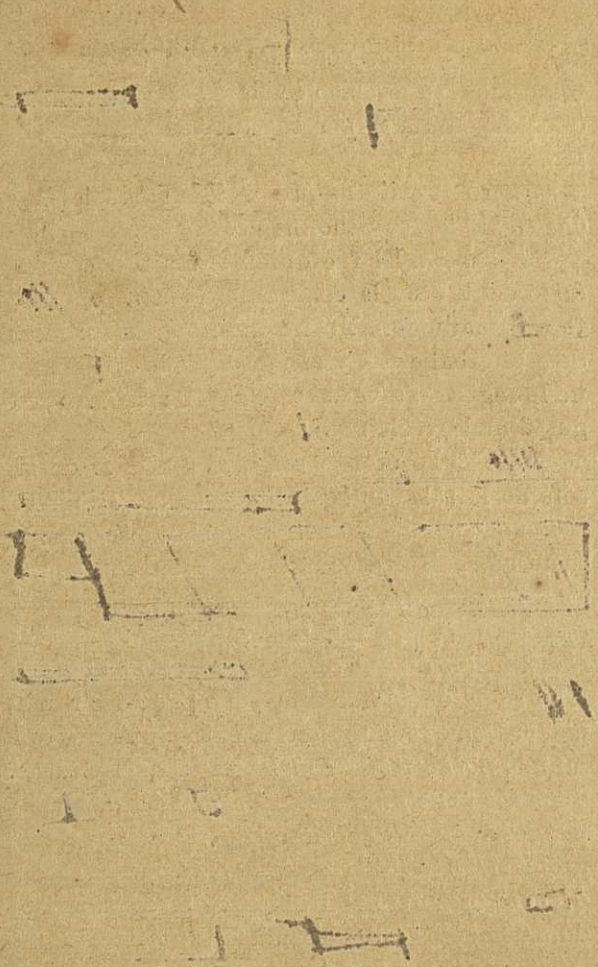
trat

como

la señora aquella

ciencia

tan enrevesado y temeroso.



M.C.D.2020

"Vamos — pensó la fundadora, — á que tirando por la calle de en medio salgo bien. Es lo mejor, y este sistema siempre me ha dado resultados. Oiga usted, caballerito...

—Señora...

Y aquí se atascó el diálogo, porque la santa no se atrevía á pasar adelante. Pero quiso Dios que la misma esfinge abriese camino á la turbada fundadora, pues de repente le dijo: "Yo conocía á usted de vista y de fama; pero nunca había tenido el gusto de hablarle... Es usted una santa, y cuando usted se muera, la canonizarán y la pondrán en los altares.

—Gracias; es favor—replicó Guillermina tomándolo á broma.—Pues á mí me parece que el santo es usted.

—¡Yo...!—dijo Max sin maravillarse mucho de la lisonja.—Pero de mí á usted hay una gran diferencia. Cierto que yo he ganado algunas batallitas contra mis pasiones; pero no he llegado, ni con mucho, al grado de perfección. Disto mucho todavía. Si con padecer se llegara, ya estaría yo en el pináculo, porque yo he padecido mucho, señora. En esto creo que le gano á usted; he padecido física y moralmente de una manera horrible. Usted se pasmará de la serenidad que ve en mí. Todos se pasman, y no es para menos. Porque yo, señora, he estado loco, loco perdido...

—Lo sé, lo sé... ¡Ay, qué dolor!

—Y he ido pasando por todos los grados de locura. Primero tuve el delirio persecutorio, después el delirio de grandezas... Inventé religiones; fuí jefe de una secta que había de transformar el mundo. Tuve también un poco de furor de homicidio, y por poco maté á mi tía y á Papitos. También tuve depresiones horribles, ganas de morirme, manía religiosa y ansias de anacoreta, y el delirio de la abnegación y el desprendimiento... Pero Dios quiso curarme, y poco á poco aquellos estados fueron pasando, y la razón, que estaba muerta, empezó á nacer, primero chiquitilla, y después creció, creció, y llegó á dominar en mí en tales términos, que se me hizo un cerebro nuevo, y por fin otro

M.C.D.2020

M.C.D.2020

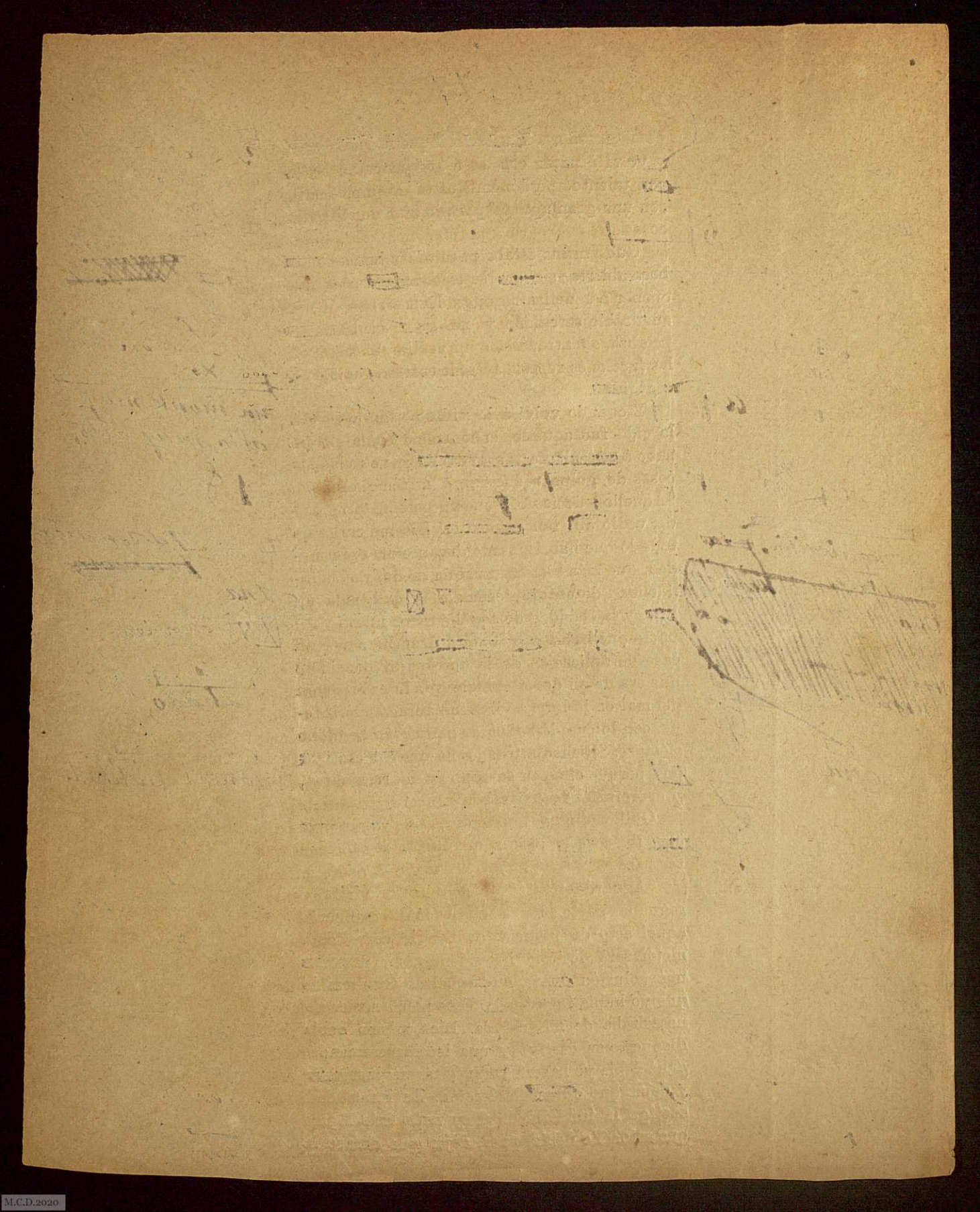
hombre, señora. Puedo decir que volví á hacer, y volví á nacer con algo que antes no tenía, con talento, perdóneme usted la inmodestia, con una gran aptitud para juzgar de todas las cosas...

Guillermina estaba pasmada y la oía con la boca abierta, sin que se le ocurriera nada que oponer á aquellas razones. Expresábase él con admirable serenidad y con gran facilidad de palabra, sin atropellarse ni vacilar un instante, las facciones reposadas, todo cortesía, aplomo y seguridad.

"Y cuando volví á la vida, porque volver á la vida fué aquello, encontréme como el que sube á una altura muy grande y ve todas las cosas de golpe reducidas á mínimo tamaño. "Aquello—decía yo,—que me pareció tan grande, vedlo allí tan pequeñito. Híceme cargo de todo lo que había pasado durante mi enfermedad, que más bien me parecía sueño, y ví la infidelidad de esa que está ahí, que tenía un hijo, y la claridad de aquella razón nueva y robusta que había nacido en mí, me hizo ver un caso de aplicación de la justicia, y consideré que era de mi deber contribuir á la extirpación del mal en la humanidad, matando á esa infeliz, con lo cual la redimía, porque yo he dicho siempre: "Bienaventurados los que son castigados, porque ellos en su suplicio se arrepienten, y arrepintiéndose se salvan.„

Guillermina se asustó de estos conceptos, y algo iba á decir; pero el otro no la dejaba meter baza.

"Aguárdese usted un poquito, que falta la segunda parte. Pensaba yo cómo realizaría aquel acto de justicia, cuando la casualidad, mejor será decir la Providencia, me presentó una solución nueva que echaba por tierra la que yo había imaginado. Esta pobre mujer no necesitaba de mi justicia. Dios mismo había dispuesto su castigo y una lección tremenda. ¿Qué debía yo hacer? Tirar el arma justiciera y dejar que obrara la lección. La infidelidad castiga la infidelidad. ¿Hay nada más lógico que esto? Yo debía, pues, dejar que obrase la

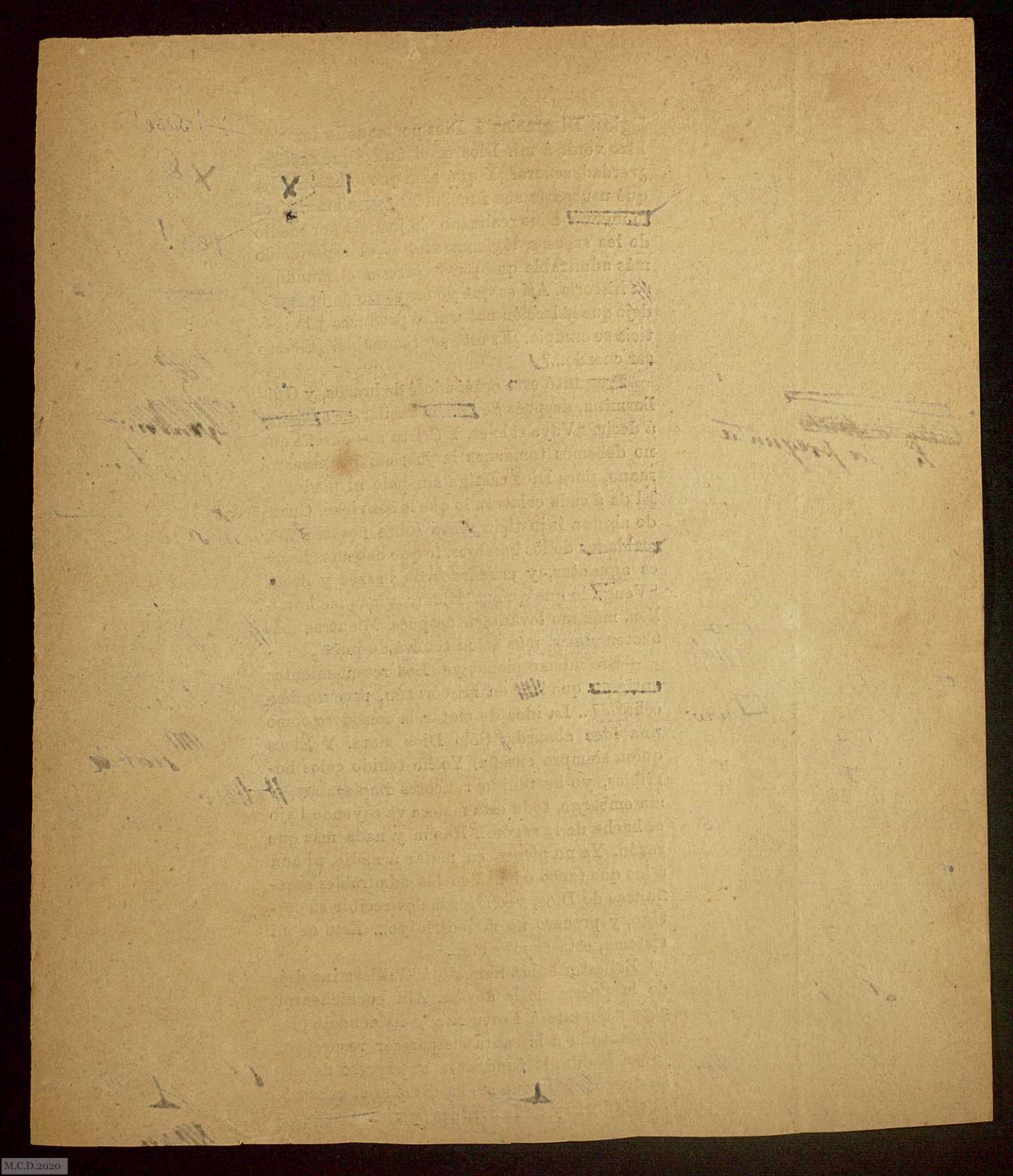


lógica. Dí grácias á Dios por aquella luz que hizo venir á mí. Dios es el único que castiga, ¿verdad, señora? ¡Y qué bien que lo hace! ¿A qué usurparle sus funciones? ¿No piensa usted lo mismo? Dios realizando la justicia por medio de los sucesos, lógicamente, es el espectáculo más admirable que puede ofrecer el mundo y la historia. Así es que yo me cruzo de brazos y dejo que la lección natural se produzca y la justicia se cumpla. ¿Es esto ser razonable? ¿Es esto ser cuerdo...?

Preguntó esto cruzándose de brazos, y Guillermina, después de mucho vacilar, se atrevió á decir "Vaya si lo es. Y Cristo nos enseña que no debemos tomarnos la justicia por nuestra mano, pues Dios castiga sin palo ni piedra, y Él da á cada criatura lo que le conviene. Cuando alguna injusticia recae sobre nosotros por maldades de los hombres, lo que debemos hacer es aguantar, y cruzarnos de brazos y decir: "Venga lo que quiera. Mientras más me humillen, más me levantaré después. Mientras más azoten ahora, más salud tendré después."

—Eso mismo pienso yo. Los resentimientos antiguos que hay en mi corazón, procuro desecharlos... La idea de matar la considero como una idea absurda. Sólo Dios mata. Y Él es quien siempre enseña. Yo he tenido celos horribles, yo he tenido rencores implacables; sin embargo, toda esta maleza va cayendo bajo el hacha de la razón... Razón y nada más que razón. Ya no pienso en matar á nadie, ni aun á los que tanto odié. Veo las admirables enseñanzas de Dios, veo á los malos recibir su castigo, y procuro no merecerlo yo... Este es mi sistema, esta es mi vida...

Ballester había llamado á Guillermina desde la puerta de la alcoba. Allí cuchichearon algo referente á Fortunata, y habiéndole prepreguntado á la santa su parecer respecto al joven Rubín, la fundadora se expresó de este modo: "Todo lo que me ha dicho es el colmo de la sabiduría y de la cordura; pero...



—Pero á pesar de ser tan sabio lo que dice, está rematado... pero rematado.

IX

Izquierdo entró con una botella de cerveza y detrás el mozo con un grande de limón, ponchera y copas. "La señora—dijo él queriendo ser amable,—va á tomar un vasito de cerveza con limón.

—¡Quite usted allá!—replicó la dama.—Yo no bebo esas porquerías. Se lo agradezco...

A Fortunata la invitaron también; pero ella no quiso tampoco tomarlo, y pidió leche. Ballester, atento á serle agradable, mandó á Encarnación por la leche, y Guillermina se despidió para retirarse en el momento en que entraba Plácido, que, ~~habiendo sabido en el portal que estaba allí la señora casera~~, subió presuroso y lleno de oficiosidad á ponerse á sus órdenes.

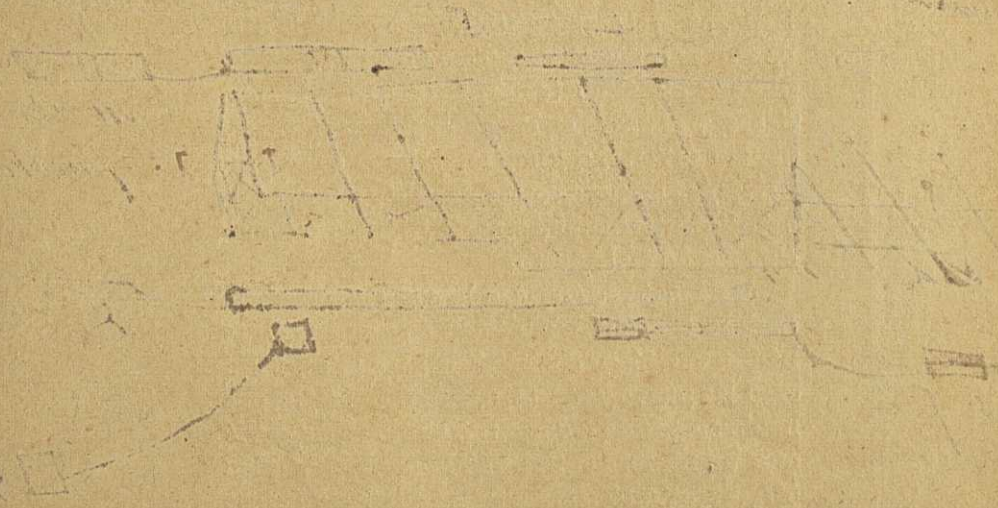
Segismundo observaba á su amiga, y á la verdad, no le parecía su estado muy católico. La falsa alegría que la hacía reir á cada instante no era buena señal, y hubiera él deseado que hablase menos. Pero todo se volvía contar el lance con Aurora, dándole proporciones trágicas, y una vez ~~terminado~~, lo empezaba otra vez, revelando contra la que fué su amiga una saña implacable. Ballester la contradecía suavemente, recomendándole la prudencia, la tolerancia y el perdón de las injurias. No sabiendo ya qué decirle, llegó hasta sacarle el ejemplo de Maximiliano, que llevaba con tan cristiana mansedumbre ~~los agravios que había recibido~~. Fortunata, al oir esto, se reía más, diciendo que su marido era un santo, un verdadero santo, y que si le canonizaban y le ponían en los altares, ella le escupiría. Esto no lo oyó Rubín, que á la sazón estaba jugando á las damas con Izquierdo.

Trajeron la leche, y cuando Encarnación se la servía á su ama, ésta vió que habían caido dos moscas y le entró mucho asco y puso á la chiquilla de hoja de peregil, llamándola puerca descuidada y ladrona. Ballester mandó traer

más leche, y dijo que la de las moscas se la bebería él, pues no tenía asco de nada. Sacó las moscas con el dedo meñique, y Fortunata le criticó sobremanera, llamándole sucio y tratándole con cierta dureza. Trajeron la leche bien tapada para que no cayeran moscas, y mientras Fortunata se la bebía, Ballester se bebió la otra, diciendo bromas y chuscadas con las cuales no lograba disipar la negra tristeza que de la joven se había apoderado tras la ruidosa alegría. Mandóla acostar, y mientras se hacía, salió el farmacéutico á la sala, haciendo que atendía al juego de las damas. No podía tener tranquilidad mientras Maxi estuviera allí, ni se fiaba de sus apariencias resignadas y calmosas, pues de aquella filosofía y favor de razón que, á su parecer, eran tan insanos como la misantropía que meses antes combatió con el cáñamo indiano, podía salir alguna crisis violenta. Con disimulo, y fingiendo que le hacía cosquillas, por jugar, le tocó los bolsillos, temeroso de que llevara consigo algún arma. Pero nada encontró en su cuidadoso reconocimiento. A pesar de todo, no quería Ballester irse sin llevarle por delante, y tanto bregó con él, que hubo de conseguirlo. Salió, pues, el farmacéutico, haciendo propósito de volver con Cuevedo, pues Fortunata le inspiraba inquietud; tenía otra vez un poco de fiebre, y el pequeño, cuando mamaba, no parecía tan satisfecho como los primeros días; sus cartazgos eran ya cortos, inquietos y con frecuencia interrumpidos por floriqueos é impaciencias de mal agüero.

Fortunata se quedó sola con Encarnación, pues su tío salió también al anochecer. A las nueve volvió y encendió luz en la sala. No eran las nueve y cuarto, cuando Fortunata, que había empezado á dormitar, sintió pasos, y vió que un hombre entraba en la alcoba. "¿Quién es?„—preguntó alarmada, echando los brazos á su hijo. ¡Ah! eres tú, Maxi; no te había conocido. Está esto tan oscuro...

La tos perruna de su tío la tranquilizó, pues no estaba sola. Mandó la joven á Encarnación



M.C.D.2020

que trajese luz, pues se le había despabilado el sueño, y su tío, atento á custodiarla, se asomaba á cada instante á la alcoba. Maximiliano se sentó junto á la cama como el día anterior, y bondadosamente le dijo: "Esta tarde había aquí mucha gente y no pude hablarte. Por eso he vuelto. Ya sé que tú y Aurora os pegásteis. Doña Casta está muy alborotada, y mi tía no puedes figurarte lo alborotada que está contra ti. Sobre este suceso de hoy se me ocurre á mí una cosa que te quiero comunicar.

—Dímelo, dímelo prontito—indicó ella, que sin saber por qué esperaba de aquel hombre á quien despreciaba ideas extrañas y quizás consoladoras.

—Pues lo que has hecho esta tarde, favorece á tu enemiga—dijo Max con severidad fingida aguardando el efecto seguro que tales palabras habían de hacer en ella.—Sí, favorece á tu enemiga. Tú eres tonta y no conoces la naturaleza humana. Yo desde que entré en esta gran crisis de la razón, todo lo veo claro, y la naturaleza humana no tiene secretos para mí.

Fortunata no comprendía.

"Me explicaré mejor. Quiero decir que al maltratar á tu rival le has dado la victoria sobre ti. El hombre á quien quereis las dos, podía haber vacilado antes en elegir la que definitivamente había de merecer su amor. Ahora no puede vacilar. Entre una que se descompone y hace las brutalidades que tú hiciste y otra que padece y es maltratada, el amor tiene que preferir á la víctima. Toda víctima es por sí interesante. Todo verdugo es por sí odioso. En un pleito de amor, la víctima gana siempre. Esta es una verdad que está escrita en el corazón humano como en un libro, y yo leo en él tan claro como leemos una noticia en *El Imparcial*. Yo lo sé todo; nada se me oculta. Demasiado lo sabes, harto pruebas tienes de ello. Créeme, pues lo que te digo. Al maltratar á tu enemiga, le has dado la victoria, y ella va ganando, tú perdiendo.

A Fortunata le hizo esto tan mal efecto, que sintió ganas de coger la palmatoria y tirársela á la cabeza. Respondió con despecho diciendo: "Pues si gana ella, mejor. A mí no me importa nada que él la quiera ni que la deje de querer...

—Y ahora la va á querer tanto—agregó Maxi impasible y frío,—la va á querer tanto, que los amantes de Teruel van á ser paja al lado de ellos. La querrá porque ha sido atropellada, y las víctimas siempre inspiran amor. Créetelo porque te lo digo yo, que todo lo sé. La querrá con locura más que á tí, más que á su mujer; y hará con ella lo que no hizo con ninguna. Abandonará á su mujer y á sus padres por irse á vivir con ella... Y serán felices y tendrán muchos hijos.

Lo que Fortunata dijo no fué más que un mujido. Hizo el ademán de coger la palmatoria. Después se tapó la cara con la mano.

"Yo te digo estas cosas porque son la verdad, y te pego con la verdad para que la lección sea eficaz. Así, así es como aprendes. Vaya una enseñanza que te doy. Cierto que duele y hace sangre; ¡pero qué enseñanza! Por tu bien es. Tu conciencia se purificará, y ojalá te murieras con esta pena, porque te irías derecha al Cielo."

La joven lloraba con angustia, y él no parecía tenerle compasión.

"Veo que me crees y haces bien. Lo que te he dicho siempre ha sido la verdad. Yo lo sé todo, y mi razón me presenta la vida con una claridad asombrosa. Es un don que me ha dado Dios. Cuando estaba loco, adivinaba por inspiración; bien lo sabes, y recordarás que te anuncié todo lo que iba á pasar... La verdad venía entonces á mí envuelta en una especie de simbolismo, como las verdades reveladas á los pueblos de Oriente. Pero luégo vino la crisis de la razón, y la verdad se me expresa clara y desnuda, y desnuda y clara te la digo. ¿Acerté á encontrarte cuando todos me decían que te habías muerto? ¿Acerté á descubrir lo de Aurora con los detalles de casa, hora á que se reunían, etcétera? Pues ya ves. Nada se me esconde, y

lo que acabo de decirte es el Evangelio. Has dado la victoria á tu enemiga... aguanta y vuelve por otra. Tu ~~enemiga~~ y tu ~~amiga~~ serán felices y tendrán muchos hijos.

—Cállate, cállate ó verás...—dijo Fortunata amenazándole con el puño, y tratando de vencer el terror sugestivo y supersticioso que su marido le inspiraba.—Yo también sé verdades y te voy á decir una.

—Pues dímela pronto.

—Digo que eres un hombre sin honor...

Maximiliano se extremeció ligeramente, pero nada más. Seguía oyendo. "¿Y qué más?—dijo.

—¿Te parece poco?—prosiguió la joven, que de rabiosa que estaba, tenía espuma de saliva en los labios.—Pues Ballester y doña Guillermina lo decían hace poco: "Es un santo; pero no tiene el sentimiento del honor.„ Conque ya sabes. Déjame en paz. No quiero verte más. Unos dicen que estás cuerdo, y otros que estás loco. Yo creo que estás cuerdo, pero que no eres hombre; has perdido la condición de hombre, y no tienes... vamos al decir, amor propio ni dignidad... Conque ahí tienes tu lección. Aguanta y vuelve por otra. ¿Qué creías, que yo iba á sufrirte tus lecciones, y no te iba yo á dar las mías?

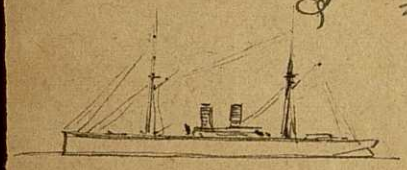
—Lo que dices es propio de una criatura llena de debilidades ~~con glacial estoicismo~~ y de impurezas, en quien la razón se halla en estado embrionario, y que habla y obra siempre al impulso de las pasiones y del vicio.

—*¡Tiologías!*—gritó Fortunata exaltándose y moviendo los brazos como una actríz en pasaje de empeño.—Si tú hubieras tenido tanto así de dignidad, me habrías pegado un tiro... No lo has hecho. Mejor para mí. Y otra cosa te digo. Si hubieras tenido un adarme de sangre de hombre, cuando viste á ese y á esa, les habrías pegado seis tiros, dejándoles secos á los dos. Pero tú no tienes sangre. Esa santidad y esa cristiandad, y esa pastelera razón son la horchata indecente que tienes en las venas...

Izquierdo, que oía desde la puerta, se alarmó, creyendo oportuno evitar aquel coloquio que tan mal giro tomaba: "Ea—dijo entrando,

—bastante hemos hablado. Y usted, señor de Maxi, hágame el favor de tomar soleta...„

Le cogía por un brazo, sin que él hiciese resistencia. Rubín estaba algo aturdido, como si analizara y descompusiera en su mente las consideraciones de su mujer antes de darles la réplica que merecían. De repente, Fortunata, como movida de un impulso epiléptico, se incorporó en el lecho, echó los brazos hacia adelante, clavó los dedos de una mano en el hombro de su marido con tanta fuerza que le [illegible] como con tenazas, y comiéndosele con los ojos, le gritó de este modo: "Marido mío, ¿quieres que te quiera yo? ¿quieres que te quiera con el alma y la vida?... Dí si quieres... Yo me he portado mal contigo; pero ahora, si haces lo que te pido, me portaré bien. Seré una santa como tú... Dí si quieres...„



Maxi la interrogaba con su mirada luminosa.

"Dí si quieres. Verás cómo lo cumplo. Seré una mujer modelo, y tendrémos hijos tú y yo... Pero has de hacer lo que te digo. Yo te juro que no me volveré atrás, y te querré. Tú no sabes lo que es una mujer que quiere á un hombre. ¡Pobrecito, esa miel no la has catado nunca!... ¿No darías tú algo porque yo te quisiera como tú me querías á mí?... ¿Te acuerdas de cuando me querías tanto, te acuerdas?... Pues figúrate que yo te quiero á tí lo mismo y que te llevo estampado en mi corazón, como tú me llevabas á mí...„

Maximiliano empezó á inmutarse... La máscara fría y estóica parecía deshacerse como la cera al calor, y sus ojos revelaban una emoción que por instantes crecía, como una ola que avanza engrosando.

"Dí si quieres...—repetía Fortunata con exaltación delirante.—Déjate de santidades, y reconciliémonos y querámonos... Tú no lo has catado nunca. No sabes lo que es ser querido... Verás... Pero ha de ser con una condición... Que hagas lo que debiste hacer, matar á esa perra, matarla... porque lo merece... Ahora yo te compro el revólver... ahora mismo...„

Sus manos revolvieron temblorosas bajo las almohadas y sacó el portamonedas. De él sacó

un billete de Banco. "Toma, ¿quieres más? Compras un revólver... bien seguro... pero bien seguro... la acechas, y plím... la dejas seca... Oye otra cosa. Para para que se te quite ~~todo pretexto de~~ celos, les matas á los dos, á ella y á él, que también lo merece. Hazlo por mí, y por su pobrecita mujer, que es un ángel... las dos somos ángeles, cada una á su manera... ~~Conque~~ lo harás... ¡Y luégo te querré tanto...! No viviré más que para tí... ¡Qué felices vamos á ser!... tendrémos [redacted]... hijos tuyos, ¿qué te crees?..."

Maxi, lelo y mudo, la miraba, y al fin sus ojos se humedecieron... Se deshelaba ~~sin duda~~. Quiso hablar y no pudo... Su voz le hacía gargarismos ~~en la garganta~~ y no la podía emitir...

"Sí... quererte á tí. ¡Ah! no me conoces... no sabes de lo que soy capáz... déjate de *tiologías*... ¡El amor! Yo te enseñaré lo que es... No lo sabes, tontín... ¡la cosa más rica...!

—¡Vamos, qué ~~andróminas~~ son estas —clamó Izquierdo, tirando á Rubín de un brazo.— Basta de ~~música~~... A la calle, que esta chica está mu mala.

—Tío, déjele usted, déjele usted... Es mi marido, y querémos estar juntos... Vaya.

Maxi se dejaba levantar del asiento como un saco. Se había quedado inerte. De pronto algo hubo en su espíritu que podría compararse á un vuelco súbito, ó movimiento de cosas que, girando sobre un pivote, estaban abajo y le habían puesto arriba. Las manos le temblaban, [redacted] ojos echaban chispas, y cuando dijo *matarlos, matarlos*, su voz sonó en falsete como en la noche aquella funesta, después del atropello de que fué víctima en Cuatro Caminos.

"~~Matarlos~~, sí...—añadió [redacted] ~~dos bestias, que tienen trastornado el mundo, y que son tan malas. Es justicia, justicia.~~"

~~Y~~ cayó desplomada sobre las almohadas, chocando la cabeza contra los hierros de la cama.

Maxi alargó la mano y cogió el billete que estaba aún sobre la colcha. Y á punto que Izquierdo le sacaba, resonó la voz de Juan Evaristo con agudísimo timbre, y entraba Segismundo, asombrándose mucho de ver ~~á Maxi~~ otra vez allí.

M.C.D.2020

X

"Demonio de hombre—dijo á Izquierdo cuando volvía de acompañar hasta la puerta al señor de Rubín.—Hay que tener mucho cuidado con él y no perderle de vista cuando entra aquí. ¿Y ella, cómo está?... ¿qué tal se siente usted?„

La joven no respondía. Estaba como aletargada. Pero el chico siguió chillando, y al reclamo de él, la madre abrió los ojos, y tomándole en brazos, le acercó á su seno. Ballester mandó á la criada que quitara la luz que acaloraba mucho la alcoba, y se sentó donde antes había estado Maxi. Luégo sacó una cajita de medicinas y una botellita con poción. "Aquí traigo otra antiespasmódica. La he hecho yo mismo, y traigo también el percloruro de hierro por si sobreviniera alguna hemorragia... Mucho cuidado, hija mía, mucho reposo; que las emociones y los disparates de hoy nos han traído un retroceso. Apuesto á que Maxi le ha excitado á usted otra vez, contándole alguna tontería. Es preciso prohibirle la entrada aquí.„

Fortunata no respondía, y había vuelto á cerrar los ojos. El chiquillo callaba y se oían sus lengüetazos.

"Buenas tragaderas tiene el amigo—dijo Ballester; y para sí, contemplando á la que dormía ó fingía dormir:—¡Qué hermosa está!... Le daría yo un par de besos... con la intención más pura del mundo... Es un ángel esta infeliz, y por ella haría yo cualquier disparate, si me quisiera. Hé aquí una mujer que hoy no vale nada, y que valdría mucho, si no muriera ese maldito Santa Cruz, que la tiene *sugestionada*... si valdría mucho. Lástima de corazón echado á los perros...„

El chico empezó á llorar otra vez, y la madre parecía tan inquieta como él.

"Amigo Ballester... ¿sabe usted que me parece que me quedo sin leche?... Mi hijo chupa, chupa y no saca...

M.C.D.2020

—Tranquilícese usted. Es accidental. Procure usted dormir... A ver: ¿Maxi le ha dicho á usted alguna tontería?

—Tontería, no... verdades...

—¡Verdades!... (rompiendo á reir). ¿Y por qué sabe usted que son verdaces?

—Porque las grandes verdades las dicen los niños y los locos.

—Es un refrán sin sentido común, los locos no dicen más que disparates.

—Es que Maxi no está loco... Tiene ahora mucho talento. Tal creo yo.

Ballester volvió á callar, pegándose al pezón con gran ahinco.

"Tome usted un poco de esta bebida. La he preparado como para usted... Está riquísima. Es preciso calmar los nervios."

La chiquilla trajo un vaso con cucharilla, y Fortunata tomó la antiespasmódica.

"Qué bueno es usted, Segismundo. Qué agradecida estoy á lo que ha hecho por mí.

—Todo y mucho más se lo merece usted—replicó el farmacéutico con efusión de cariño.—Hemos de ser muy amigos.

—Amigos sí, porque lo que es querer... no vuelvo yo á querer á ningún hombre, como no sea á mi marido, siempre y cuando haga lo que le mando.

—¡A su marido!—exclamó Ballester, tomándolo á broma.—No me parece mal. Y ahora que está hecho un santo...

—Santo, no... ¡qué tonterías dice usted!

—Santo así como suena. De modo que será usted también santa... Y yo detrás. Nos irémos los tres á un desierto á hacer penitencia y comer yerba.

—Cállese usted.

—Usted es la que se va á callar... á ver si se duerme y se le calman los nervios. La salida de hoy no tendrá consecuencias. ¿Sabe usted lo que venía pensando? que si no encontraba mal me quedaría aquí esta noche á cuidarla.

—No es preciso, no haga usted ese disparate.

Y al salir de casa, le dije á mi madre que quizás no volvería esta noche. Nada, que estoy decidido á consagrarme á usted, y á cuidarla, como si fuera mi mujer.

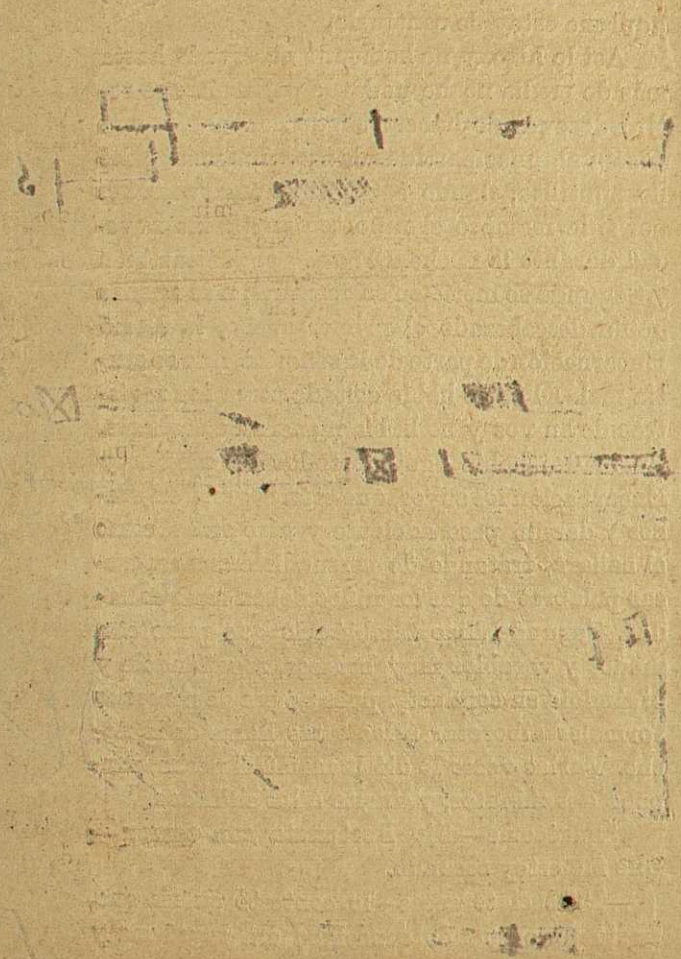
—No; si no es preciso que usted se moleste. Crea que me siento regular esta noche, casi bien. Anoche ¿sabe? estaba peor.

Pues me estaré hasta las doce ó la una. Me pondré á leer *La Correspondencia* ó á jugar al tute con el amigo Izquierdo. Y si la veo á usted tranquila y dormida, me retiraré. Si no, aquí me estoy de centinela.

Así lo hizo, y no habiendo observado hasta más de media noche nada de particular, se retiró después de haber echado con el señor de *Platón* algunas partidas de tute y damas, salió de puntillas, dando á [illegible] instrucciones por si la mamá ó el niño tenían alguna novedad durante la noche. El *modelo* se fué también y Segunda se metió en su cuchitril; más apenas había descabezado el primer sueño, la llamó Encarnación de parte de la señorita, que se sentía mal. El [illegible] había soltado todos los registros de su voz y no había manera de acallarle. La madre había agotado todos los medios y Encarnación los suyos, que eran cogerle en brazos y dar un paso adelante y otro atrás, como si bailara, tratando de persuadirle con amorosas palabras de que los niños deben estar callados. Segunda hizo también lo que pudo con modos y vocablos muy bruscos, regañándole y afeándole su conducta, pues no era de personas formales alborotar á las altas horas de la noche. Varias veces le dió la mamá el pecho; chupaba dos minutos, y vuelta á los chillidos.

"Paréceme—dijo Fortunata con terror—que me estoy secando.

—Pues si te secas—le contestó su tía que, hasta [illegible] consolarla era regañona y



desapacible;—pues si te secas, ¡demonche! ~~dame á sentir...~~ ¿Pero qué? ponemos un ama, y listo.

—Diga usted, tía, ¿ha venido mi marido?

Segunda la miró asombrada. "Tu marido... ¿sabes la hora que es? ¿Y para qué quieres que venga ~~ahora tu marido~~?

—Tenía que hablarle...

—¡Santo Cristo de Burgos, cortinas verdes!... A ~~ésta hora te ha~~ entrado la fineza... El demonio que te entienda, chica. ¡Ahora clamas por tu marido! Para lo que ha de servirte, más vale que no parezca por aquí en mil años.

—Es que le tenía que hablar. No ha estado aquí desde anoche.

—Segunda la volvió á mirar, echándose á reir con descarada grosería. "Pero, chica, si ha estado aquí esta noche, y se fué á las diez...

—¡Ah! ¿esta noche ha sido? Es que ~~confundo~~ yo las noches... Creí que había habido un día por en medio. Cuando una está en la cama, ~~pierde~~ la idea del tiempo... ~~Como que hace un rato, cuando estaba ahí Ballester despidiéndose~~ de usted, creía yo que estaba en mi casa del Ave María, que Ballester era el Sr. de Torquemada y usted doña Lupe.

—¡Yo doña Lupe! No fuera malo. Mejor me cantaría el grillo de lo que me canta...

El ~~pequeño no callaba~~, y su madre se quejaba de un desasosiego que no podía explicar. ¡Cuánto siento que se haya ido Segismundo! El me recetaría alguna cosa, ó al menos me diría que esto no es nada, y yo me lo creería.

Segunda propuso ir á llamarle; pero Fortunata no consintió en ello, porque una noche, dijo, se pasaba de cualquier manera. Así fué, y la verdad es que la pasaron todos muy mal, incluso Encarnación, que se dormía en pié.

A la mañana siguiente, subió Estupiñá á preguntar por toda la familia con un interés

del cual Segunda sabía sacar partido. "¿Cómo ha pasado la noche la mamá? ¿Y el niño, qué tal? Ya me he enterado del artículo de amas, y tengo noticias de tres muy buenas, la una pasiega, otra de Santa María de Nieva, y la tercera de la parte de Asturias, con cada ubre como el de una vaca. ¡Género excelente!

"Pues no está demás que usted haya dado estos pasos, D. Plácido, porque no parece que se nos seca—dijo la placera gozosa de meter su cucharada en aquel asunto;—y si la señora (aludiendo á Guillermina), quiere que se le ponga ama, yo soy de la misma conformidad.

Ya se figuraba ella estar en consejo de familia con doña Guillermina y *la otra*, deliberando sobre los medios de asegurarle la mamada al *hijo de la tusa*.

Plácido, después de cotorrear un poco con Segunda en la puerta de la casa de ésta, bajó á la suya. En la salita, tapizada de carteles de novenas y otras funciones eclesiásticas, estaba Guillermina, en pié, el rosario y el libro de rezos en la mano. La casera y el administrador cotorrearon otro poco. El resultado de esta nueva conferencia fué que Rossini volvió á subir presuroso y á tener otra hocicada con Segunda en la puerta. "Dígame usted, ¿está durmiendo ahora? ¿Y el niño, mama ó no mama?„—"Pues ahora están los dos callados... *Paice* que duermen.„—"Pues silencio, cuide usted que no haya ruido en la casa. Yo, verá usted, como salgan los chicos del latonero á alborotar en la escalera, les deslomo.„

Y vuelta á bajar y á subir nuevamente con un mensaje. "Señá Segunda, oiga. Que no deje usted de mandar recado hoy á ese señor de Quevedo, para que la vea y nos diga si la trae el ama ó no la trae el ama.„—"Bien, está bien.„—Yo estaré á la mira para traerlas á las tres y las reconocerémos en mi casa. Buenas muje-

M.C.D.2020

res, y no tenía pretensiones de que se les pa-
gue un sentido. Como leche, señá Segunda,
como leche, creo que la asturiana nos ha de dar
mejor resultado que ninguna. Tengo yo un
ojo... En fin, mucho cuidado.

Y volvió á bajar con toda su oficiosidad y
diligencia, dispuesto á subir cien veces si fuese
menester. Guillermina estuvo aún un ratito en
casa de su amiga, que no sabía qué hacerse,
viendo su pobre morada honrada con persona
tan excelsa. Habría traído de San Ginés, si
pudiera, el trono de la Virgen del Rosario, para
que se sentara. Pues, digo, cuando llamaron á
la puerta y fué á abrir y vió ante sí la simpá-
tica figura de Jacinta, creyó el pobre hombre
que toda la corte celestial entraba en su casa.
No dijo nada la señorita; no hizo más que son-
reir de un modo que [illegible]: "¡Qué raro
verme aquí!„ Guillermina alzó la voz desde la
sala diciendo: "Pasa, aquí estoy...„ Estupiñá se
apartó discretamente para dejarlas hablar á
solas. Parecía que la santa reprendía paternal-
mente á la otra, diciendo: "Si ya te he dicho
que lo dejes de mi cuenta. Yo me entiendo de
[illegible] aquí y no te metas en nada. Si te empe-
ñas en meter la cucharada, creo que lo vas á
echar á perder. No, no subas... ¿te parece fácil
entrar á verle sin que se entere su madre? [illegible]
no puede ser. ¿Que le bajen aquí? [illegible]
Tiempo tienes de verle. Si empezamos á hacer
disparates y á portarnos como dos intrigantas
que se meten donde no las llaman, merecemos
que nos tome por tipos de sus novelas el señor
Ido del Sagrario. Vámonos ahora á San Ginés.
Luego sabremos la opinión del Sr. de Quevedo.
Pero tú no tienes [illegible] que poner los pies más aquí.
Descuida, que [illegible] no se [illegible] de morir de ham-
bre. Corre de mi cuenta.

M.C.D.2020

Salieron, y Plácido se fué con ellas á la iglesia, pues aunque ya había estado en ella, érale muy grato acompañar á las señoras á misa.

"¿No le parece á usted—dijo la Delfina á su amiga, cuando bajaban por la calle de Bordadores,—que esa doña Lupe gusta mucho de mangonear y meterse en lo que no le importa? ¡Y qué abrigo de terciopelo se ha echado! Quedó en volver hoy, ¿se acuerda usted? ¿No sería mejor decirle que no está en casa?

—¿Mentiritas? No, hija; no quieras tú meterme á mí en embustes. Lo mejor es la verdad. Le dirémos con buen modo: "Señora, nosotras sabemos lo que tenemos que hacer. No se mortifique usted tanto por lo que no es de su incumbencia."

—Así, bien dicho... y la despedimos á cajas destempladas.

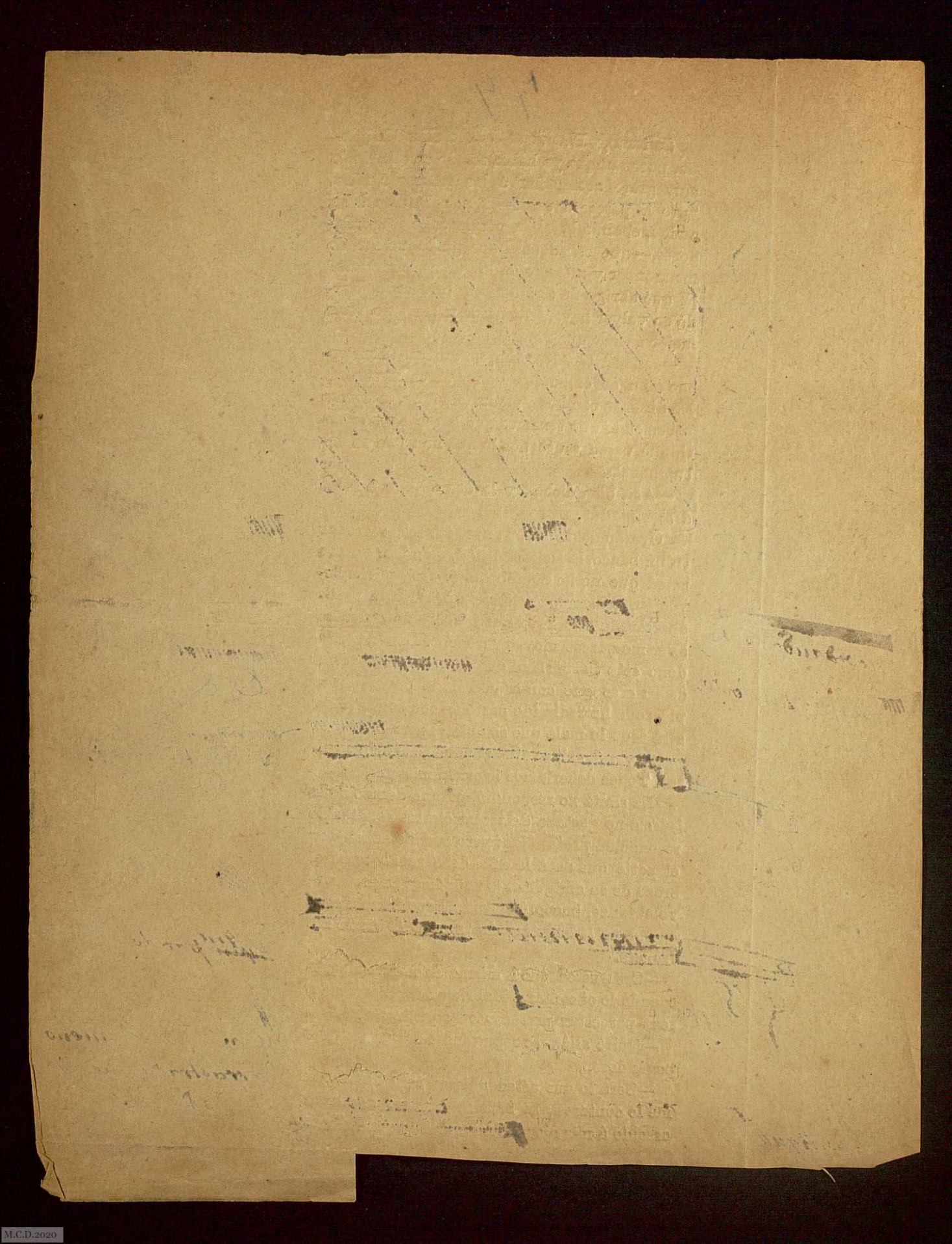
Oyeron dos misas, y antes de salir, sentadas en un banco, la Delfina dijo á su amiga: "¿Sabe usted que no he podido oir las misas con devoción, pensando en esa mujer? No la puedo apartar de mí. Y lo peor es que lo que hizo ayer me parece muy bien hecho. Dios me perdone esta barbaridad que voy á decir: creo que con la justiciada de ayer, esa picarona ha redimido parte de sus culpas. Ella será todo lo mala que se quiera; pero peor y así, así, se ajustan esta clase de cuentas. Todas deberíamos hacer lo mismo."

La santa no respondió, porque dentro de la iglesia no gustaba de tratar ciertos asuntos de reconocida profanidad; pero cuando salían por el patio que da á la calle del Arenal, tomó el brazo de su amiguita, diciéndole: "Bueno estuvo el lance, bueno. Me contó Pepe Samaniego que si no la sujetan, destroza á la viuda del francés.

—Crea usted que á mí me daba una alegría cuando lo oí contar. Habría yo dado cualquier cosa por estar presente en aquella tragedia...

—Quita allá... es repugnante... Dos mujeres pegándose...

—Será lo que usted quiera; pero desde que me lo contaron, la bribona primero ungo se ha crecido á mis ojos. Crea usted que la bribona



número dos es más criminal, porque ha recibido otra educación y porque no puede alegar nada en favor suyo. Me ha dicho Candelaria que después del famoso escándalo de ayer, y sabiendo el motivo, no puede seguir en la casa... Verá usted... hace tiempo que tenía yo algún indicio de que la francesota esa andaba en malos pasos con él... Candelaria me había dicho algunas cosillas que me pusieron en guardia...

—Este mundo, hija mía, está lleno de maldades. A donde quiera que se vuelve una no ve más que pecados y pecados cada vez más gordos, porque la humanidad parece que se vuelve de día en día más descarada... Quién había de decir que esa muchacha, esa Aurora, quien parecía tan buena, tan corta... No, como lista, ya lo es; aunque la otra lo ha sido más... ¿Y qué dice Bárbara? Bárbara estaba encantada con ella, y todos los días iba al obrador á verla trabajar... Pero cállate, que aquí viene tu señora suegra...

Barbarita y la pareja se encontraron.

"Ya no alcanzas la del señor cura... ¡Qué horas de ir á misa!

—Pero si no me han dejado salir en toda la mañana. Mira, Jacinta, allí tienes á tu marido llama que te llama... Entré y... "Que dónde estabas tú. Qué tenías tú que hacer en la calle tan temprano." Conque bien puedes ir pronto.

—Que espere... Pues no faltaba más...—replicó Jacinta con tedio.—Que tenga paciencia, que también la tienen los demás.

—Y vosotras, ¿de dónde venís?

—¿Nosotras? De ver amas de cría—dijo la santa riendo.

—¡Amas de cría!...

—Sí, creo... amas, amas, amas.

—¡Qué graciosa estás hoy!...

—Pues qué, ¿no te lo ha dicho ésta? ¿Sabes que hemos encontrado otro *Pituso*?

Barbarita se echó á reir con gana: "Pero qué, ¿os han dado otro timo?

—Quiá, ahora no. Éste es auténtico... éste es de ley, *no tiene hoja*, como el otro.

—¡Bah! no quiero oirte...—dijo Barbarita con humor festivo, y se separó de ellas para ir á la iglesia.

M.C.D.2020

—Oye... mirá—dijo Guillermina llamándola...—Cuando salgas, date una vuelta por la tienda. Allí tienes á tu corredor, Estupiñá el Grande. [illegible], oye, te compras una buena cuna..

La dama se reía; todas se reían.

XI

Don Francisco de Quevedo encontró á su enferma bastante mal, y comunicada esta noticia á Estupiñá, fué á ponerlo en conocimiento de su ama y casera. Pero por pronto que anduvo, ya la señora había recibido la noticia por conducto de doña Lupe, que oficiosamente corrió á comunicársela, pues si no metía su hocico en aquel asunto le parecía que le mermaban su personalidad gubernativa y conciliadora. El dictamen de Quevedo no era alarmante respecto á la madre; pero el chico se quedaba sin provisiones, y era preciso acudir á esta necesidad. Por la tarde, Plácido comunicó á la señora que la mujer aquella se resistía á poner á su hijo en [illegible] de nodriza, aunque ésta fuese bajada del Cielo; insistía en que tenía leche; el chico berreaba dando á entender que su mamá no decía verdad... "En fin, señora—agregaba Estupiñá con saña en su oficiosidad—que á esa mujer hay que matarla. Es más mala que arrancada, y lo que ella quiere es que la criatura perezca...„

Fué allá la fundadora, y se alegró de [illegible] Ballester en la sala. "A ver si la convence usted de que no puede criar. La pobre, como tiene la cabeza un tanto débil y trastornada, se figura que le van á quitar á su hijo... Y no es eso, no es eso... Hay interés en que le críe bien.

—Ya se lo he dicho... Casi he empleado las mismas palabras, señora... Pero si viera usted... Hállase hoy en un estado de apatía y desprecio que no me gusta nada. No hay medio de sacarle una respuesta á nada de lo que se le dice. Tiene el chico en brazos. Y cuando le hablan de amas ó de que ella no puede criar, le aprieta, le aprieta tanto contra sí, que me temo que en una de éstas le ahogue. El pobrecito está ahora callado, lo cual prueba que está [illegible]. Le he dado otra vez la antiespasmódica [illegible]

—Todo sea por Dios... Voy á entrar á ver á la fiera, y trataré de amansarla.

Sin abandonar aquella actitud de desconfianza y miedo, Fortunata pareció alegrarse de ver á Guillermina, que la saludó con extremada amabilidad, demostrando un gran interés por ella y por su pequeño.

"¡Qué gusto verla á usted!—exclamó sin moverse.—Tenía yo ganas de que viniera para decirle una cosa...

—Pues ya me la está usted diciendo, porque me voy á escape.

La infeliz joven puso el nene á su lado, mostrando menos desconfianza, pero le rodeó con su brazo en ademán de protección.

"Pero no me lo quitará. Diga si me lo quería quitar... Fuera bromas. Lo que usted me diga lo creeré.

—Muchas gracias, amiga mía... Me toma por ladrona de chiquillos. No sabía yo que soy bruja...

—No; es que... verá. Yo pensaba que me lo iban á quitar, por lo mala que he sido. Pero eso no tiene que ver, ¿verdad? Pues ahora soy mucho más mala. ¡Ay! señora, he cometido un pecado tan grande, tan grande, que no creo que lo perdone Dios.

—Aunque fuera más grande que de aquí á la Habana, se lo perdonaría á usted, si se arrepiente y lo llora... Vamos á ver.

—Mire que es atroz... ¿Se lo digo? Va á saltar hasta el techo cuando lo oiga...

—¿Apostamos á que es cualquier tontería? (inclinándose hacia ella y acariciándole la barba).

—¡Ay, señora, lo diga que es tontería!... Voy á decírselo... Pero no me riña mucho... Pues anoche estuvo aquí mi marido, hablamos, y le dí veinte duros para que comprara un revólver. El revólver es para matar á *ese* y á *esa*... sobre todo á la francesa, indecente, traicionera...

Guillermina recibió impresión muy fuerte con estas palabras; pero hizo un esfuerzo por aparentar que no perdía su tranquilidad.

"Fuertecillo, sí, señora... Pero su marido de usted no hará nada. He hablado con él y me ha parecido muy razonable.

—Las razones, su tema... pero sí... Lo que es los tiros, crea usted que no se le escapan. Yo le calenté bien la cabeza... toda aquella sabiduría que ahora tiene se la quité con las cosas que le dije... Se volvió loco otra vez, señora, le prometí quererle como él me quiso á mí, y crea usted que hice la promesa con ganas de cumplirla.

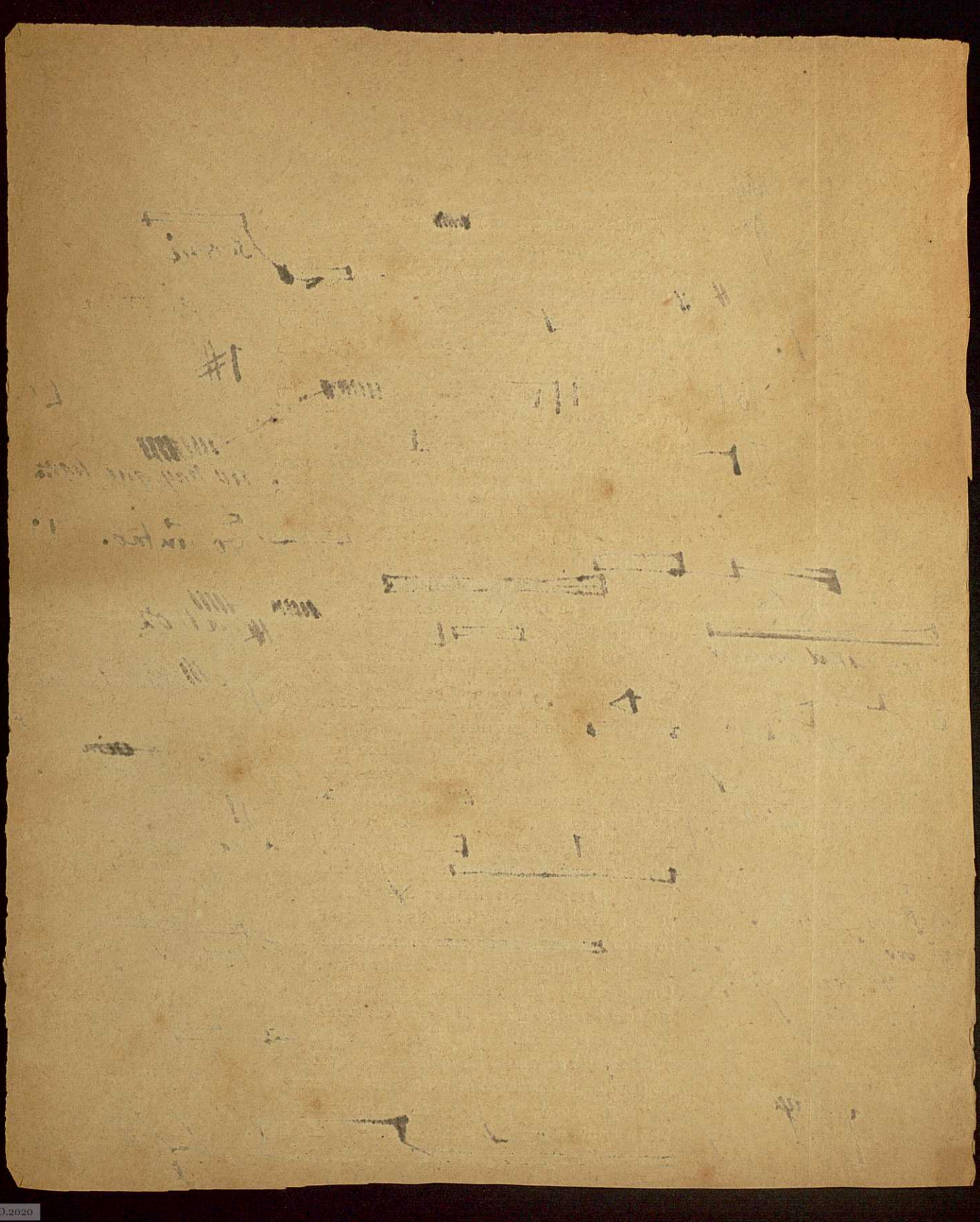
—Me está usted metiendo miedo (alarmándose). Vamos; el pecado ese es de lo más atroz que puede haber. Más que él, si los mata, peca usted, por haberle mandado que lo hiciera, excitándole con promesas.

—Lo mismo me parece á mí, y por eso he estado temblando toda la noche.

—Si usted reconoce que ha hecho mal, y le pide perdón á Dios de su mala intención y procura limpiarse de ella, todo se arreglará.

—Es que... verá usted... estoy arrepentida por mitad. Matarle á él me parece una barbaridad; eso no lo consiento... Pero lo que es á esa bribona, tramposa, embustera... Dígame usted, ¿qué se pierde con que se vaya para el otro mundo esa mujer que ha hecho tanto daño?

Esto lo decía con tanta naturalidad, que Guillermina, por un instante, no supo si indignarse ó tomarlo á risa. "Vaya, que las ideas de usted me gustan... Se me figura que usted y su marido allá se van... en sabiduría. Si usted no se desdice al momento de todos esos disparates, me voy y no vuelve á verme en su vida más. No se puede aguantar esto... Cuando la oigo decir esos disparates, me da mucha más lástima



que es [illegible] niño. Buenas ideas le va usted á enseñar, si señor, buenas...

—¿De modo que á ese [illegible] no se le da un castigo?... Eso sí que está bueno. Y seguirá riéndose de nosotras... No lo entiendo.

—Dios es el que castiga nosotros aprendemos.

Ambas callaron, mirándose.

"Tengo que traerle á usted un confesor. Usted no está buena ni del cuerpo ni del alma. Pues digo, si lo que Dios no quiera, sobreviene la muerte á la hora menos pensada, y la coge así, [illegible] como hay Dios...

—Si me muero, me llevo á mi hijo conmigo —dijo la prójima, volviéndolo á coger y estrechándolo contra sí.

—Otra barbaridad. Hoy estamos de vena.

—¿Pues no es mio? ¿no le he dado yo la vida? (con febril impaciencia y ardor).

—Usted... ¡darle vida usted! Hija, no tiene usted pocas pretensiones. También quiere ponerse en competencia con el Creador del mundo y de todas las cosas... Vamos, lo mejor es que me eche á reir... En fin, hija, estamos aquí como dos tontas, y hay que poner las cosas en su lugar. Tiene usted que llamar á su marido y decirle que para quererle como [illegible], es preciso que no mate á nadie, absolutamente á nadie. Lo hará usted.

—Si usted me lo manda, sí... ¡Ay! yo creí que matar al que nos engaña, al que nos vende, no es pecado... vamos, que no era pecado muy grande, muy grande. Anoche me trastorné, lo conozco, [illegible] la cabeza. Le tengo tanta rabia á esa... Digo yo que se puede tener rabia á otra persona, desear que la maten, y sin embargo no ser una mala.

Incorporóse para expresar con mímica más persuasiva un argumento que se le había ocurrido y que creía de gran fuerza: "Vamos á ver, señora. ¿A que la dejo callada ahora? ¿á qué sabiendo usted tanto como sabe, no me devuelve esta?

—¿Cuál?

—Esta razón. Vamos á ver. La señor[illegible] cinta es [illegible] un ángel... Todos l[illegible] así... [illegible] para arriba y para abajo... criatura celestial... Bueno; pues con todo su mérito y su *santificación* ¿no se alegraría ella de que me [illegible] á mí?

Se volvió á reclinar en las almohadas, satisfecha, esperando la respuesta, y teniendo la seguridad de que la santa no tenía más remedio que mentir para no darle la razón.

"¡Qué está usted diciendo!—replicó Guillermina indignada.—¡Jacinta desear que maten á nadie!... ¡Ó usted es tonta ó ha perdido el juicio!

—Vamos... Pues bueno, diré otra cosa (retirándose á la segunda paralela después de rechazada en la primera). ¿No se alegrará Jacinta de que yo me muera?...

—¿Alegrarse... de que usted se muera... de que se la lleve Dios...? (titubeando). Tampoco... tampoco... Jacinta no desea el mal del prójimo, y sabe que debemos amar á nuestros enemigos y hacer bien á los que nos aborrecen.

Con una especie de mugido expresaba Fortunata su incredulidad.

"¡Ay! ¿no lo cree?...

—¡Que me desea bien á mí!

—Si no le guarda á usted rencor ninguno...

Si no se acuerda de usted para nada...

—Pero de eso á que me mire con buenos ojos...

—Pues no faltaba más sino que la quisiera á usted como me quiere á mí... Por cierto que ha hecho merecimientos para ello. Con que la perdone debe darse por satisfecha...

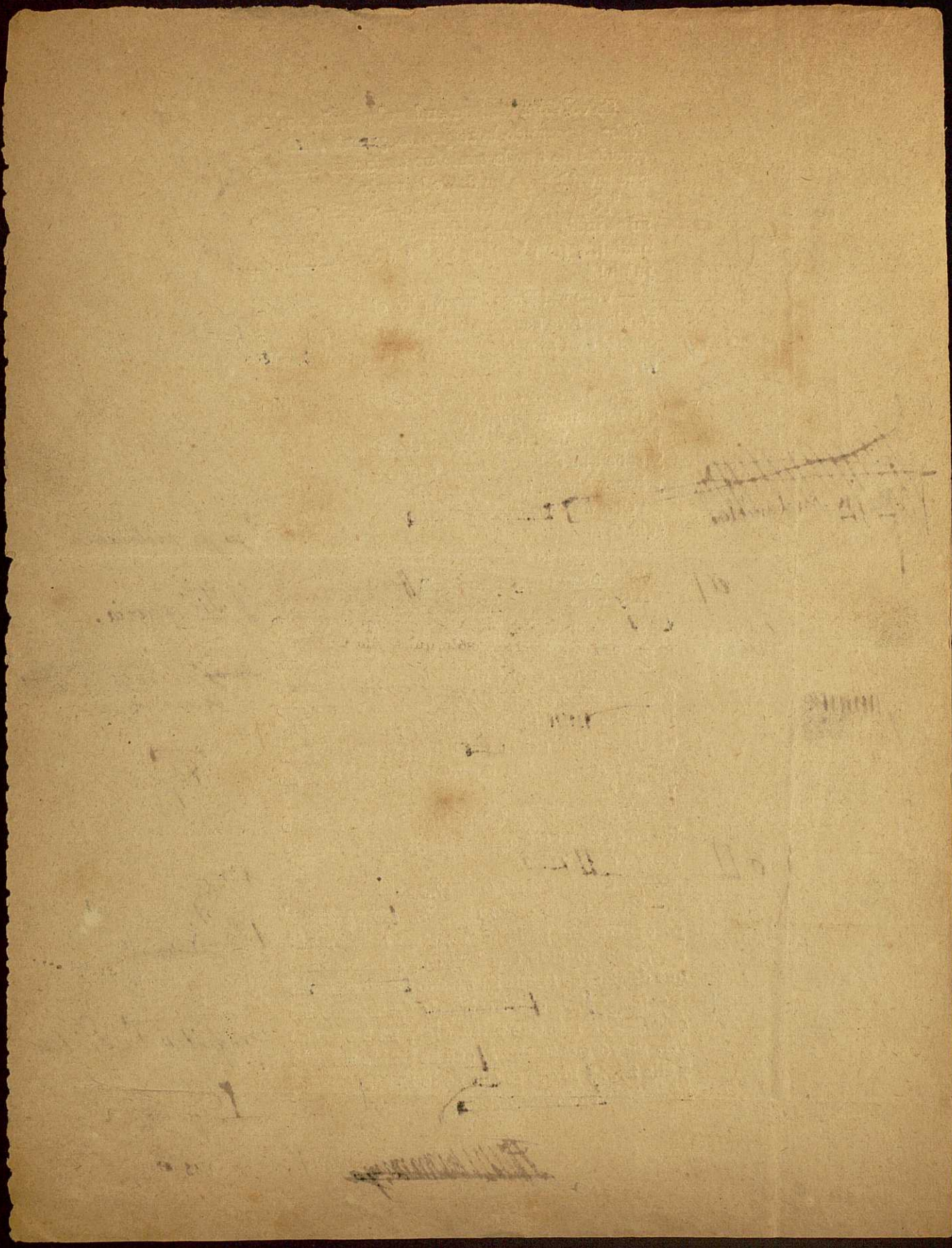
—¿Y me perdona de verdad?... ¿pero es de verdad?

—¿Pues qué duda tiene? Usted como no sabe lo que es fé, ni temor de Dios ni nada, no comprende esto.

—¿Y podría ser mi amiga?...

—Hija, tanto como amiga... eso ya es un poco fuerte (no pudiendo contener la risa). Vamos, que no pide usted poco... Ahora quiere que después de lo que ha pasado sea su amiga...

—¡Amiga!...—dijo Fortunata frunciendo las cejas.—Por más que usted diga, no me puede ver, mayormente ahora que he tenido un hijo y ella no... y lo que es ella no lo tiene... Que no se empeñe en lo imposible.



Cómo Ballester se acercara á la puerta de la alcoba cuando oía reir á la santa, ésta le dijo: "Entre usted, señor de Ballester, si quiere reir, de un rato, pues esto es una comedia. Esta mujer está por conquistar. ¡Qué ideas tiene! Por cierto que yo le voy á traer al Padre Nones. ¿No le parece á usted? Tenemos que darle una limpia buena. En fin, me retiro, que con estas tonterías se me va la mañana."

Se levantó, y Fortunata le tiró del vestido para hacerla sentar otra vez. "Una duda me queda, señora. Sáqueme de ella.

—Veamos esa duda... otro disparate. ¡Ay, qué cabeza!

—Siéntese usted un momento, que le voy á hacer otra pregunta. Dígame (bajando la voz), ¿Jacinta faltó ó no faltó con aquel caballero?

—¡Ave María Purísima!... ¿con qué caballero?

—Con aquel que se murió de repente...

—Cállese, cállese ó le pego...

—No, si yo no lo creo ya. Lo creía; pero como fué la indecente de Aurora me lo dijo, ya dejé de creerlo... sólo que tenía un poquito de duda.

—Esa... (sin poder contener su ira). Y se atrevía á decir...

—Si es lo más mala. Usted no puede figurarse lo que es (con la mayor buena fé). Aquí donde usted me ve, yo, al lado de ella, soy un ángel.

—Lo creo (sonriendo). No nos ocupemos de esas miserias... ¡Jacinta faltar! Estas pecadoras empedernidas creen que todas son como ellas... Creerías que yo tomo estas cosas con calma... que si me fuera á incomodar.

—No, si yo no lo creo, señora, si no lo creo (muy apurada). Ella la que lo dijo y lo creía... ¿Sabe una cosa? (Atrayéndola á sí y hablándole en secreto). Créame esto que le voy á decir... Uno de los motivos porque le pegué fué el haber dicho eso, el haberme engañado diciendo que Jacinta era como nosotras... Y dígame,

¿no merecía el morrazo que le dí con la llave por haber dicho aquellas cosas de nuestra amiguita?... ¿No lo merecía? Claro que sí...

Guillermina estaba confusa; no sabía si aprobar ó desaprobar...

"Quedamos en una cosa—dijo levantándose—mañana traigo el Padre Nones para usted, y para este ternerito un ama asturiana que, según dice Estupiñá...

—Ama, no... para qué. Si puedo... ¿No ha visto lo satisfecho que está el rey de la casa? ¿No es verdad, rico, que para nada te hacen falta amas? Su mamá, su mamá le da al niño todo lo que quiere.

—El Sr. de Quevedo sabe más que usted... Aquí no se hace más que lo que yo mando—dijo Guillermina con aquel ademán y tono autoritarios á los cuales nadie se podía oponer.—Si de aquí á mañana el Sr. de Quevedo no varía de opinión, vendrá Usted se calla y obedece... Yó la pagará Conque á cuidarse, y ya hablarémos... El Sr. de Ballester queda encargado de la ejecución del presente decreto.

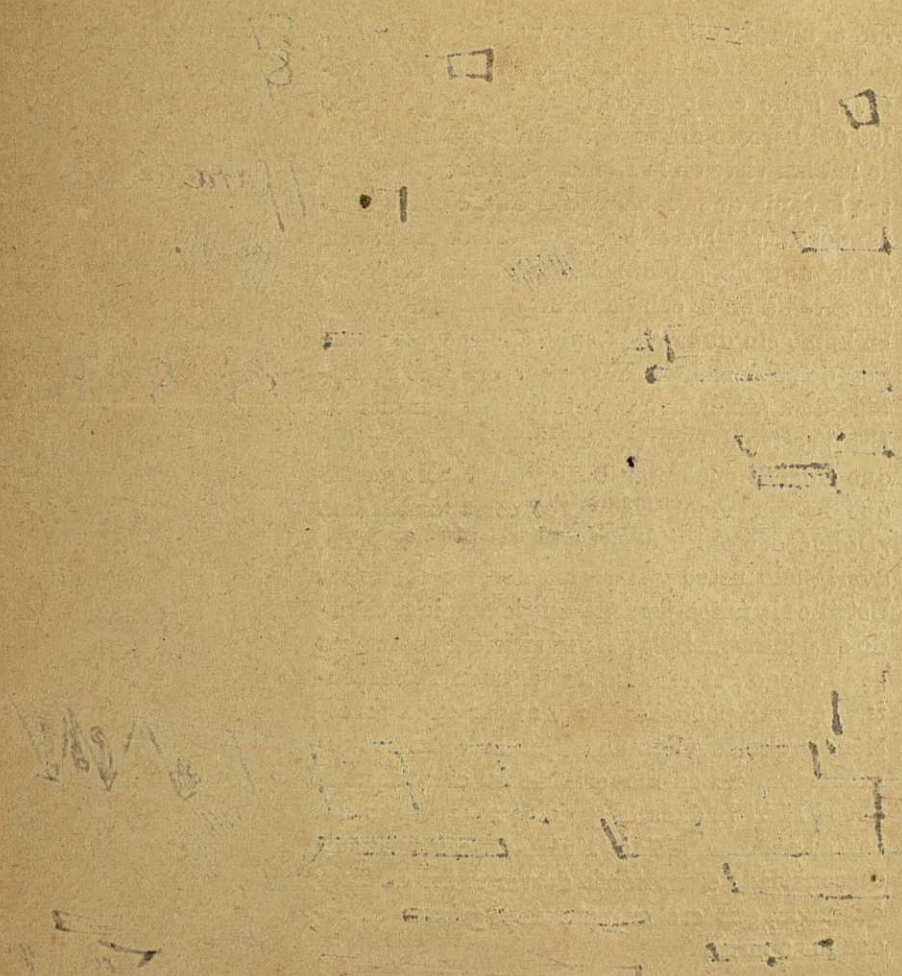
En el pasillo, contándole el farmacéutico lo de la compra del revólver, se mostró muy alarmada con respecto á Maximiliano. Ambos convinieron en que era preciso vigilarle, avisar á doña Lupe, y estar muy prevenido contra una de aquellas explosiones de lógica, acaso más terribles que las de la sinrazón.

XII

Por la tarde llegó doña Lupe alarmadísima, buscando á Maximiliano, á quien suponía allí. No pasó de la sala, ni quiso ver á Fortunata, de quien dijo que la compadecía, pero que no podía tener ninguna clase de relaciones con ella. En la sala cuchicheó *la ministra* con Segismundo contándole lo ocurrido. Pues ahí era nada: Maximiliano había comprado un revólver... ¿Pero quién diablos le había dado dinero? Descubrióllo la señora por una casualidad... Le

dió el olor, le vió entrar con un bulto entre papeles. Lo peor del caso fué que no se lo pudo quitar. Salió escapado de la casa, y al poco rato los del herrero del bajo vinieron contando que le habían visto en la Ronda, pegando tiros contra la tapia de la fábrica del Gas, como ejercitándose... ¡Ay! *la de los Pavos* estaba aterrada. Toda aquella sabiduría [illegible], que el pobre chico tenía en la cabeza, se le había convertido en humo sin duda, volviendo á los peores tiempos de su demencia. Y lo peor era que no había ido á almorzar, ni se sabía su paradero... Era preciso dar parte á la policía, para evitar que hiciera cualquier barbaridad. "Yo pensé que habría venido aquí, y corrí desalada... ¿Dónde demonios estará? Ballester, por Dios, averigüelo usted y sáqueme de este conflicto. Usted es la única persona que le domina, cuando se pone así... Salga á ver si le encuentra; yo se lo ruego." A esto replicó el buen farmacéutico, que no podía repicar y andar en la procesión, que en vista de lo que la señora le comunicaba, no se movería de la casa aquella por si Mexi le daba la gana de aportar por allí con su alma homicida. Fuése doña Lupe muy desconsolada con intento de ver al Sr. de Torquemada, que era un paño de lágrimas en todos los apuros

M.C.D.2020



M.C.D.2020

Fortunata había oído la voz de doña Lupe, y cuando ésta se retiró, quiso que Ballester le explicase qué traía por allí la tía de los Rubín.

"Nada, hija, que *la ministra* esa quiere meter aquí las narices, y ver á usted y hablarle y decirle cosas que sin duda la marearán. No la he dejado pasar, y se ha ido renegando y diciendo que me va hacer y acontecer.

—¡Ah! que no entre... no la puedo ver. Creo que me pondré mala si la veo. Y de Maxi, ¿qué dijo?

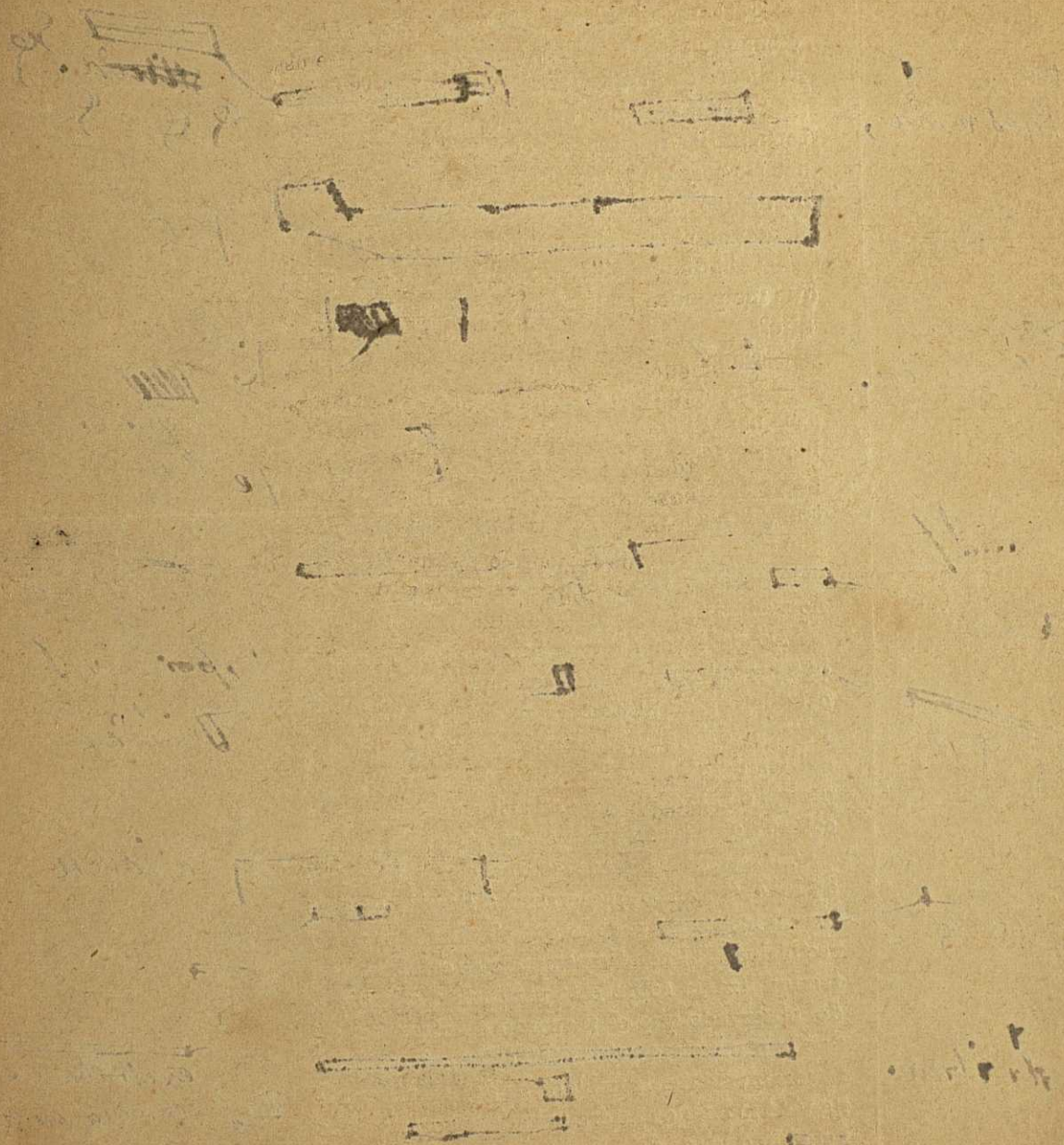
—Nada.

—Pues tampoco á Maxi le quiero ver... No sabe usted lo mal que me sienta el verle y hablar con él... Me trastorna. No les deje usted pasar. Que se vayan á los infiernos. ¡Estoy tan tranquila aquí solita con mi hijo, y los amigos que me protejen como usted y doña Guillermina!... Que no vengan. ¿Usted me promete que no vendrán?

Lo pedía con terror suplicante. Ballester, que por ella se deshacía en demostraciones de caballerosidad protectora y de fraternal hidalguía, le dijo que los Rubín grandes y chicos, así los de carne y hueso como los que tenían pechos de algodón, no entrarían en aquella alcoba sino pasando sobre su cadáver.

Toda aquella tarde estuvo con la idea fija de lo antipáticos que eran los Rubín, de que iban á ir á verla y de lo que ella haría para no recibirlos. El buen Segismundo se esforzaba en tranquilizarla sobre este particular, y habiendo observado que el recuerdo de otras personas la producía efectos contrarios, excitándola favorablemente, le hablaba de doña Guillermina y de lo buena que era aquella señora. "¿Sabe usted lo que me dijo al salir? Pues que si se le ofrece á usted algo no estando yo aquí, avise á D. Plácido, al cual se ha encargado que se ponga á las órdenes de usted si lo necesitara.

M.C.D.2020



M.C.D.2020

—Claro—dijo Fortunata rebosando de orgullo inocente—Como que Plácido es todo *de la casa*, y desde chiquito no hace más que llevar recados de los señores, y servirles en mil menudencias. Es un buen hombre Plácido, y yo le quiero mucho... Bueno; ¿y qué me dice usted de doña Guillermina? Usted no la conocía. Es de lo que no hay. Pues si conociera usted á Jacinta... Esa sí que es ángel... Tuvimos ella y yo ciertas cuestiones. Ya puede usted suponer. Pero nos hemos reconciliado. Seremos amigas. ¿Qué? ¿no cree usted que seremos amigas?

—¿Pues qué duda tiene eso?... Vaya.

—¿Y á doña Bárbara la conoce usted? Yo tampoco... Pero cuando Jacinta y yo seamos amigas, también lo seré de doña Bárbara... Francamente, estoy admirada del cariño que le tengo ahora á *la mona del Cielo*, cuando en otro tiempo sólo de pensar en ella me ponía mala. Verdad que no acababa de aborrecerla, quiere decirse, que la aborrecía y me gustaba... cosa rara, ¿verdad? Ahora seremos amigas, no dude usted que seremos amigas.

—Pero si no lo dudo, hija.

—Es que usted parece como que se sonríe un poquitín, cuando me lo oye decir.

—Está usted viendo visiones. Bueno va, yo no me sonrío.

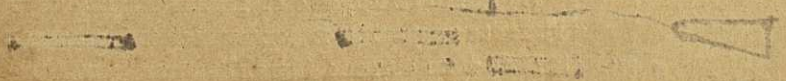
—Pues, aunque usted se guasee, seremos amigas... y nadie tendrá que decir de mí ni esto, para que usted lo sepa... Porque voy á portarme... ¡Cristo, cómo me voy á portar ahora! Mi hijo, mi hijo, y nada más... Vaya, ¿me sostendrá que no se sonríe ahora?

—Sí; pero es de satisfacción, por verla á usted tan regenerada... Con sus relaciones que va á tener usted á tener con personas de la corte celestial.

—Y nada más... ¿Pues qué se creía usted?

Se excitó tanto, que el farmacéutico creyó prudente suspender la conversación ó al menos llevarla á un terreno insignificante; pero Fortunata se las componía para volver á lo mismo, á que ella y la *Delfina* iban á ser uña y carne y á que su conducta en lo sucesivo había de ser como de quien está en escuela de

M.C.D.2020



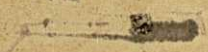
M.C.D.2020

"Aquí donde usted me ve, amigo Ballester, yo también puedo ser ángel, poniéndome á ello. Todo está en ponerse... Y es cosa muy sencilla. Al menos á mí me parece que no me ha de costar ningún trabajo. Lo siento yo aquí *entre mí*.

—Depende también de las personas con quien uno se junta—le dijo ~~Ballester~~ muy serio.—Hablemos ahora de otra cosa. ~~No quiero decirle á usted nada~~ de ciertas ~~cosillas~~ que yo ~~pensaba~~ y ~~pienso~~ respecto á usted, porque se nos va á hacer santa... Aunque todo podía conciliarse, me parece á mí, ser santa y quererme á mí... Pero en fin, vuelvo la hoja, y voy á otra cosa. ¿Sabe usted que si me descuido pierdo mi colocación en la botica de Samaniego? Si doña Casta sabe que estas ausencias mías son para venir á visitar á la que le tomó las medidas á su hija, al instante me [redacted] Por eso, no puedo tirar mucho de la cuerda, y esta noche no vendré. Tengo que quedarme de guardia. Yo rompería con todo, si no fuera porque me sería difícil encontrar colocación inmediatamente, y crea usted que un período de [redacted] me balda... Por mí no me importaría; pero mi madre, mi hermana ~~la casada con Federico~~ [redacted]. El pobre *pensador* [redacted] yo no trabajo, los ayes y los lamentos pidiendo pan se han de oir en Algeciras.

—Pero no sea usted tonto—dijo Fortunata con aquel arranque de generosidad, que en ella era tan común. Yo tengo dinero. Si usted quiere mandar á paseo á *las Samaniegas*, mándelas. Que se fastidien, que se arruinen. Yo lo doy á usted lo que necesite para su madre y para el *pensador* hasta que encuentre otra botica... Tenga confianza conmigo... O *semos* ó no *semos*.

Ballester era tan delicado, que de sólo oir tal proposición, le salieron los colores á la cara. ~~Excusó con expresiones de gratitud y salió de~~ la alcoba, porque habiendo dicho el nuevo *Pisuso* como él decía las cosas, que era llegada la hora de la pitanza, las reglas más elementales del pudor obligaba á Ballester á salir de la alcoba en el momento en que la madre se sacaba el pecho de los blancos cendales de la chambra.

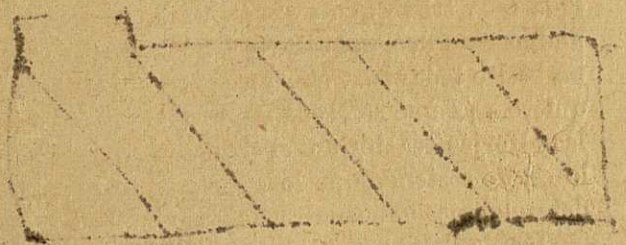


M.C.D.2020

A anochecer se retiró el regente, dando las órdenes más rigurosas á los hermanos Izquierdos con respecto á visitas. Si algún Rubín, fuese quien fuese, se presentaba, no abrir. Después dejó sobre la mesa de la sala un arsenal de medicamentos explicando á Segunda su uso, y á Fortunata le recomendó la quietud, la tranquilidad, *dar con la puerta del cerebro en los hocicos* á toda idea triste que se presentara. ¡Ser tan amigos—se decía al salir,—y no haberle dado un besito todavía!... qué guapa es y cuánto la quiero... ¡Y que con toda esa historia negra en las alforjas sea un ángel esa mujer!... Porque lo es; yo sostengo que lo es, contra la opinión del vulgo necio, mamarracho y cursi.„

Izquierdo se plantó de centinela en la sala, acompañado de una grande de cerveza, y por si la grande no era bastante para pasar la noche, llevó también una chica de añadidura. Segunda entró á las diez, y viendo á su sobrina muy despabilada, le dijo: "¿Sabes á quién he visto? á la tía esa, *la de los Pavos*. Fué á buscarme al cajón, muy ofendida porque el señor Ballester no la dejó entrar á verte. Anda buscando al sobrino que se les escapó esta mañana, y todavía no ha parecido. ¿Sabes lo que me dijo? Te lo cuento para que te rías. Dice que *las Samaniegas* están contigo, y que la viejona aquella doña Casta no parará hasta no verte en el *modelo*. Tú riete, que eso no es más que envidia. Pues verás. La tía esa loba, judía, la *Fenelona*, francesota, más mala que el no comer, dice que este hijo que tienes no es hijo de quien es, sino del Sr. de Ballester. Tú ríete, que eso no es más que envidia.„

Fortunata no dijo nada; pero bien se conocía que aquellas palabras habían hecho en su

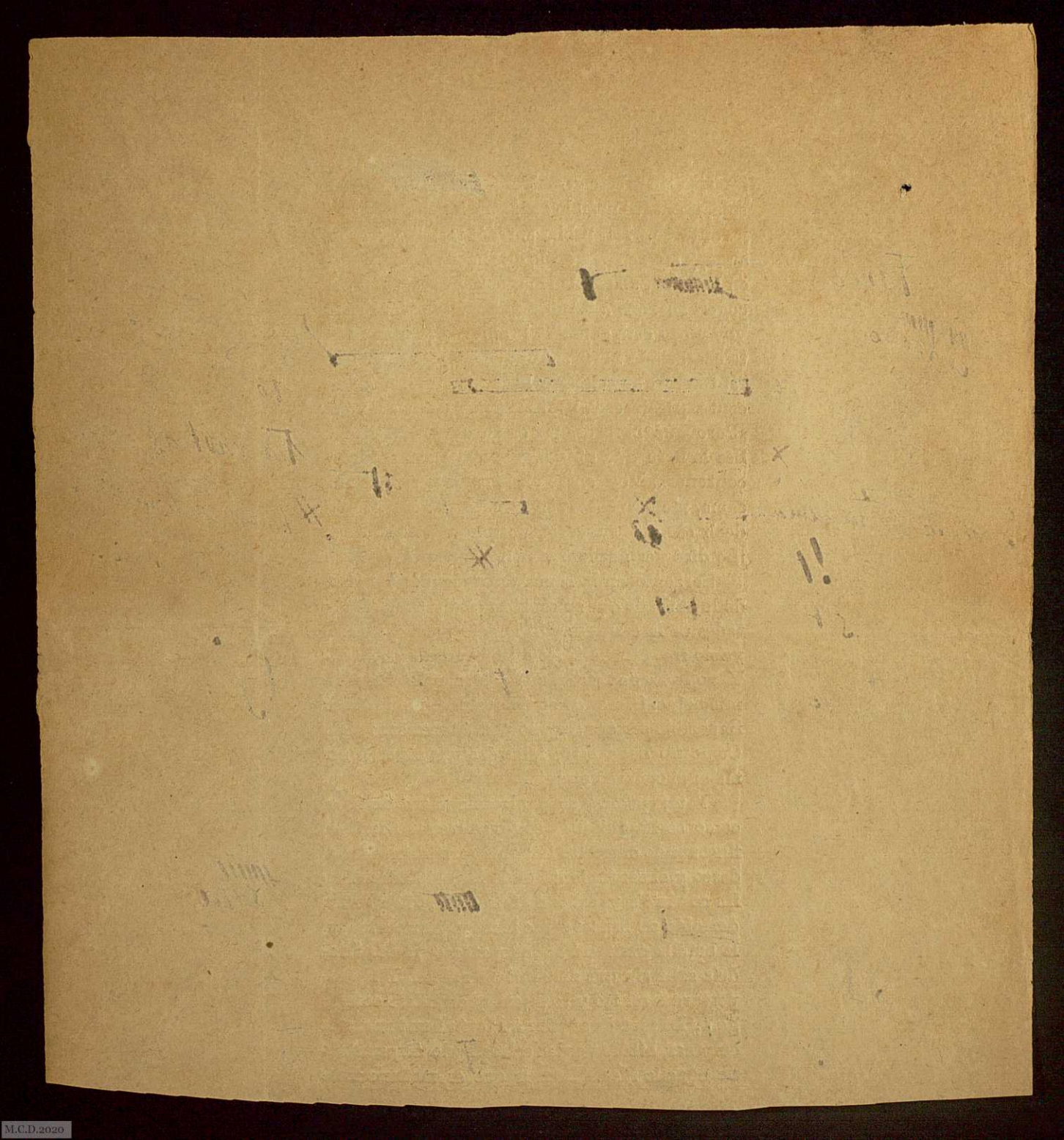


M.C.D.2020

espíritu un efecto desastroso. Cuando se quedó sola, no le fué posible contener los impulsos de levantarse. La rabia surgió terrible en su alma, y sin reparar en lo que hacía, incorporóse en la cama, alargó las manos á la percha para coger su ropa... "Ahora mismo, ahora mismo voy y con esta zapatilla le aporreo la cara hasta chafarle la nariz... Aunque después me muera, tengo que patearle la cara... trasto, indecente. ¡Decir eso...! ¡una mentira tan grande! ¿Pero qué hora es? ¡Si están dando las doce! Sea la hora que quiera, yo voy, no me puedo contener... Voy, entro en la casa, la saco de la cama, me paseo por el cuerpo... Decir eso, decir eso... Sin creerlo, porque ella no lo cree. ¡Lo dice por deshonrarme!„

Se sentó en la cama, entreviendo, á pesar de lo turbado que su espíritu estaba, las dificultades de la empresa. "Si lo dejo para mañana, ya no iré, porque me lo quitarán de la cabeza... Y yo le he de refregar la cara con la suela de mis botas. Si no lo hago, Dios mío, me va á ser imposible ser ángel, y no podré tener santidad. Como no haga esto, tendré que volver á ser mala; lo conozco en mí.„

Y tan pronto se ponía una pieza de ropa como se la quitaba, con vacilación horrible, fluctuando entre los ímpetus formidables de su deseo y el sentimiento de la imposibilidad. Por fin se vistió, y saliendo á la sala, vió á su tío dormido de bruces sobre la mesa, junto á la luz, la botella grande á su lado, medio vacía. "Podría salir sin que me sintiera nadie... Y si despertara á mi tío y le dijera que viniese conmigo.„ La idea de asociar á *Platón* á su temeraria empresa, hízole ver la realidad y lo disparatado de aquella idea. "Pues lo que es mañana tem-



prano—se dijo volviéndose á la alcoba,—mañana temprano, antes de que [redacted] obrador, [redacted]

Al [redacted] á su hijo, [redacted] "¡Decir que no es hijo de su padre...! ¡Qué infamia! [redacted] ¡Inocente! ¡tan chiquito y ya le quieren deshonrar! Pero no le deshonrarán, no, porque aquí está su madre para defenderle; y al que me diga que éste no es el hijo de la casa, [redacted] *Él* no puede haberlo dicho... A mí me [redacted]; pero fué así como en broma. *Él* no puede haberlo dicho, y si yo supiera que lo había dicho, juro por esta cruz (haciéndola con los dedos y besándola), por esta cruz en que te mataron, juro que le he de aborrecer... pero aborrecerle de [redacted], no [redacted]... ¡Ay, Dios mío! (echándose en la cama, acongojadísima), si le dicen esta mentira tan gorda á Guillermina y á Jacinta, ¿lo creerán?... Puede que sí... todo lo malo se cree, y lo malo que de mí se diga, se cree más... Pero no, puede que no lo crean... Es muy [redacted] la mentira. Esto no lo puede creer nadie, no puede ser, no puede ser. Y si alguien lo creyera, él lo desmentiría; estoy segura de que lo desmintiría. Yo no he faltado, yo no he faltado (alzando la voz), y quien diga que yo he faltado, miente y merece que se le arranque la lengua. [redacted] más que hagan esos perros, no [redacted], Dios mío, que yo sea tan ángel como otra cualquiera.

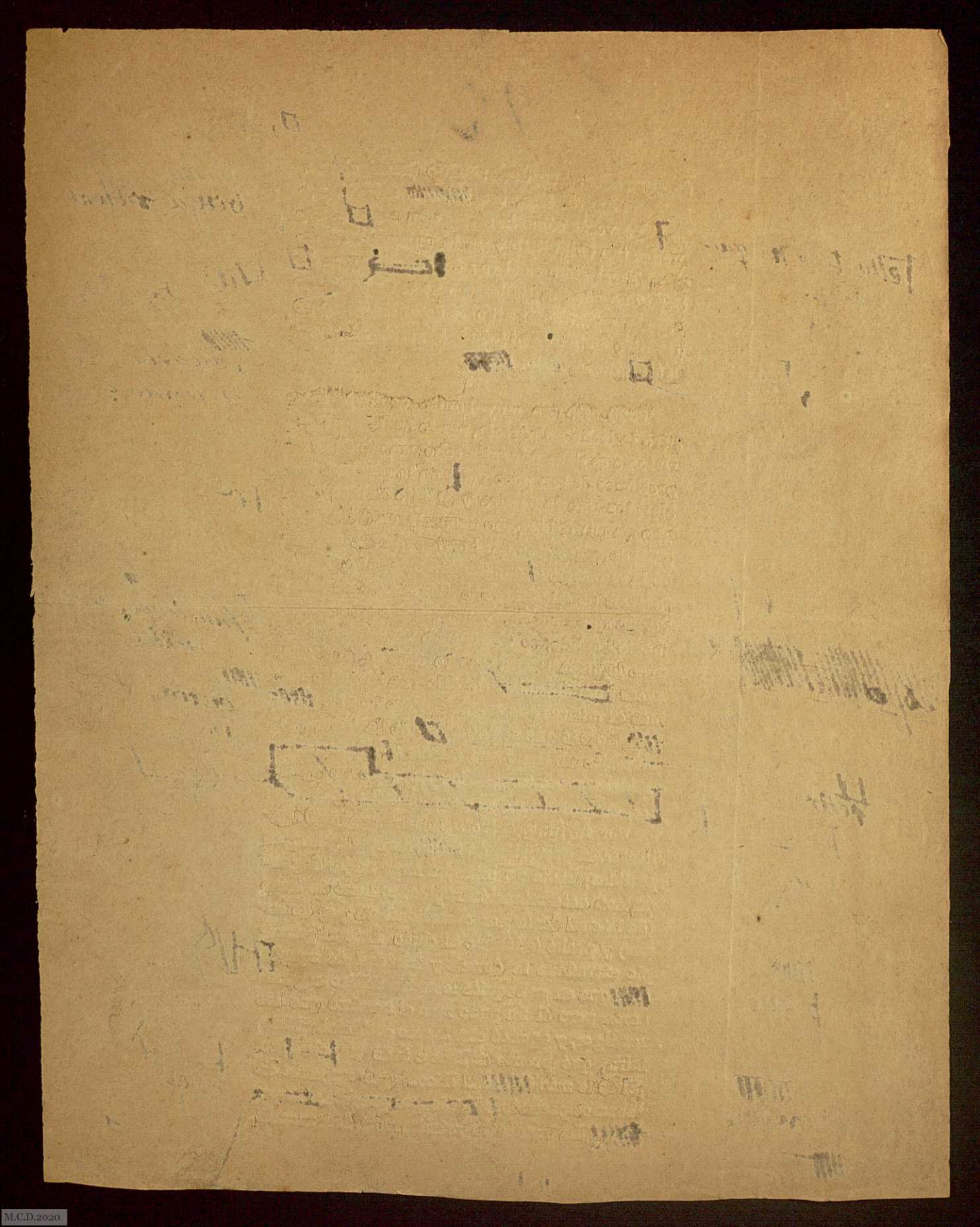
Estaba inquietísima, dando vueltas en la cama. El [redacted]; pero no debía de encontrar muy abundante el repuesto, cuando á cada instante apartaba su boca [redacted], chillando desesperadamente. A sus gritos de necesidad y desconsuelo, uníanse los

de su madre, que decía: "Hijo de mi alma... qué, ¿no hay?... Esa, esa tiene la culpa... Ya verás cómo la arregla tu madre... Pobretín, tan chiquitito y ya le quieren deshonrar... Y mi niño es el rey del mundo, y nadie tiene que ver con Ballester que es su amiguito y nada más... Y mi niño es de quien es, y no hay otro en *la casa* ni le habrá, ¿verdad?... ¿verdad, gloria, rico,

XIII

Todo esto era muy bonito y muy tierno; pero la leche no parecía, por lo cual Juan Evaristo no se daba por satisfecho con aquellas expresiones de tan poco valor en la práctica. Los alaridos que la madre y el hijo daban, cada uno en su registro, no despertaron á José Izquierdo, pues éste era hombre que en cogiendo la mona, no le enderezaba un cañón; pero sí sacaron de su letargo á Segunda, que fué á ver lo que ocurría, y hallando á su sobrina medio vestida, se puso hecha una furia y por poco le pega. "Mira que te estrello, si das en hacer *incumbencias*—le dijo con aquellas formas exquisitas que usaba.—¿Pero no ves, tonta, no ves que se te ha cortado la leche, y el pobrecito no tiene qué mamar?... Si no te enrabiscaras no te pasaría esto; pero no aprendes, no aprendes, y el pobre ángel lo paga."

Por fortuna, entre las cosas que dejó Ballester en previsión de los contratiempos posibles, había un biberón muy majo. Segunda, con determinación rápida, lo llenó de leche (de la cual tenía por casualidad un par de copas) y probó á dárselo al chico. Éste al principio extrañaba la dureza y frialdad de aquella que en su boquita le metían. Hizo algunos ascos; pero al fin pudo más el hambre que los remilgos, y apencó con la teta artificial. "Mira, mira, qué pronto se hace á todo el pobrecito. ¡Si es lo más ...! Rico... qué carpanta estábamos pasando... Verás qué pronto la despachas." La madre le miraba con desconsuelo,



aunque contenta de que se hubiera encontrado forma y manera de vencer la dificultad. "¿Sabes una cosa?—le dijo [redacted], poniéndole la mano en la cara.—Tienes calentura... Eso es por ponerte á pensar lo que no debes. Si hicieras caso de mí ahora que vas á ser la reina del mundo... Porque lo que es [redacted] la tiene que dar. De eso hablamos *la de los Pavos* y yo... Vaya, pues no vas tú á ser poco señora ahora... Chica, chica, [redacted] no te hagas de miel; levanta tu cabeza. ¡Aire!... ¿Pues no ves que las señoras esas te hacen [redacted] Como que [redacted], y yo que tú, no paraba hasta que la Jacinta viniera á besarme la zapatilla. Pues qué... ¿crees que él no ha de venir también? Ya le llamará la sangre, y en cuantito que vea á este retrato suyo, se le caerá la baba... y... chica, créemelo, hasta coche vamos á tener... Cuando digo que estarémos en grande. Vendrá, vendrá él, y te aseguro que si tarda cuatro días es mucho tardar. ¿No ves que esa familia no tiene un nene que le alegre?... si se están todos muriendo de ganas de chiquillo... Tú, trabájalo bien, que nos ha venido Dios á ver con este hijo de nuestras entrañas... Yo estoy muy orgullosa, porque él Santa Cruz es como hay Dios; pero su poco de Izquierdo no se lo quita nadie las dos familias están de enhorabuena... Ya he empezado yo á [redacted], y esta tarde le eché su puntadita á Plácido para que nos diera la casa gratis... ¿Qué te crees?... Si están los Santa Cruz con tu hijo como chiquillos con zapatos nuevos... Te diré una cosa que no sabes. Ayer estuvo la Jacinta en casa de D. Plácido... Quería subir á verle; pero esa otra, la santona, le dijo que otro día, por si tú te [redacted]abas... Conque [redacted]... ¡Ah! [redacted] Si todavia me he de ver yo cogida al brazo de don Baldomero, dando vueltas en la Castellana... y poco charol que me voy á dar... Tú date tono, no seas [redacted]... que si sabemos aprovecharnos, de esta vamos para marquesas."

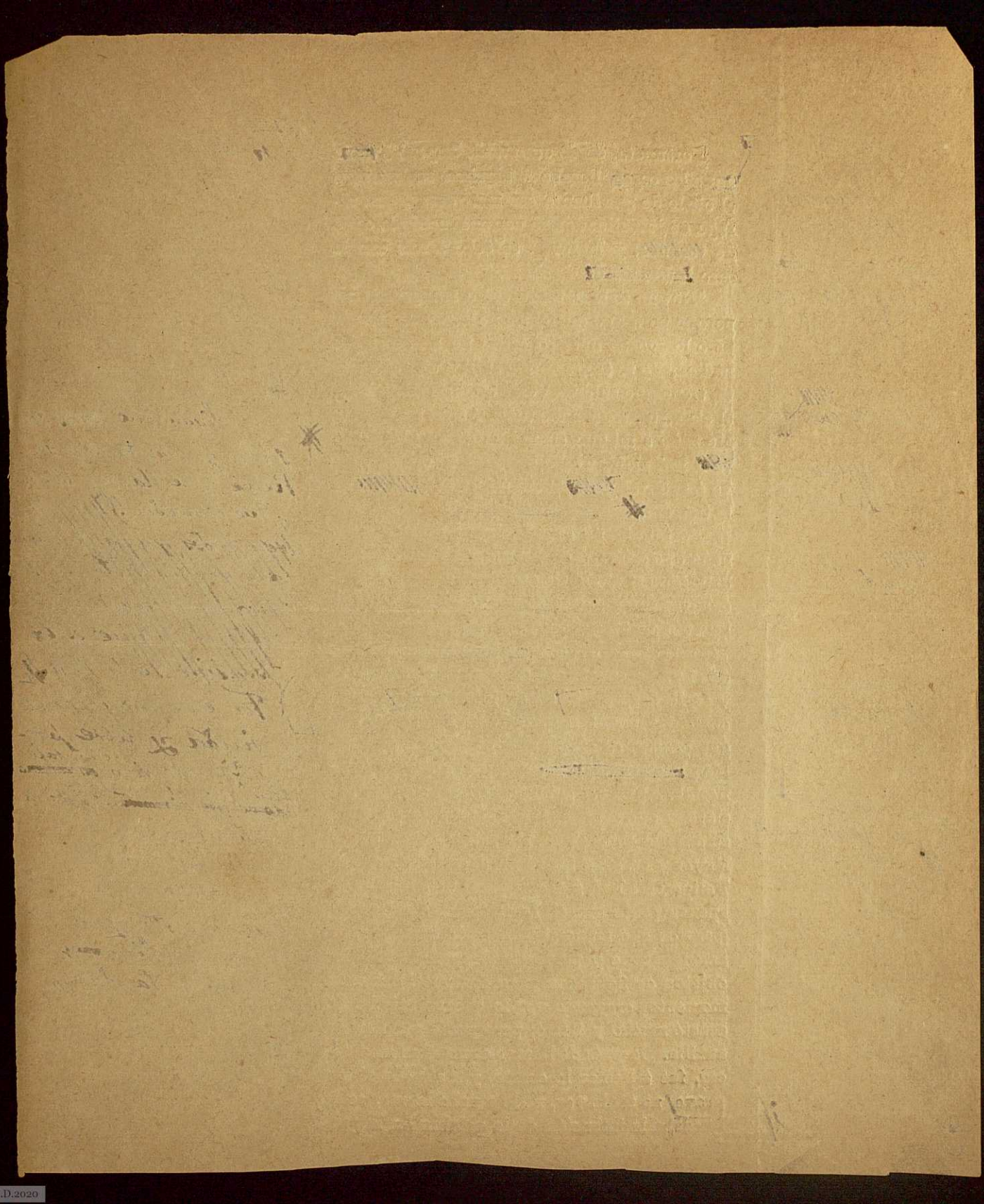
M.C.D.2020

Fortunata, desde que su tía empezó á ~~hacer~~ hablar aquellas cosas, lloraba á lágrima suelta; pero al oir lo de que iban á ser marquesas, una ráfaga de jovialidad pasó por encima de la onda de ~~tristeza~~ tristeza, y la joven se echó á reir con la cara ~~inundada de~~ anegada en lágrimas.

"No, no te rías; tanto como marquesas no, porque para qué queremos nosotras ser título: pero lo que es nuestro coche no nos lo quita nadie... Yo te aseguro que si hoy viene Jacinta, tiene que subir... Verás qué prontito viene el otro... Claro, cuando no esté aquí su mujer... Me *paice* á mí que su mujer, de esta hecha se ~~va~~ irá á plantar cebollino. Tú, tú eres la que va á subir al ~~trono~~ trono ahora ó no hay ~~equidad~~ equidad en la tierra..."

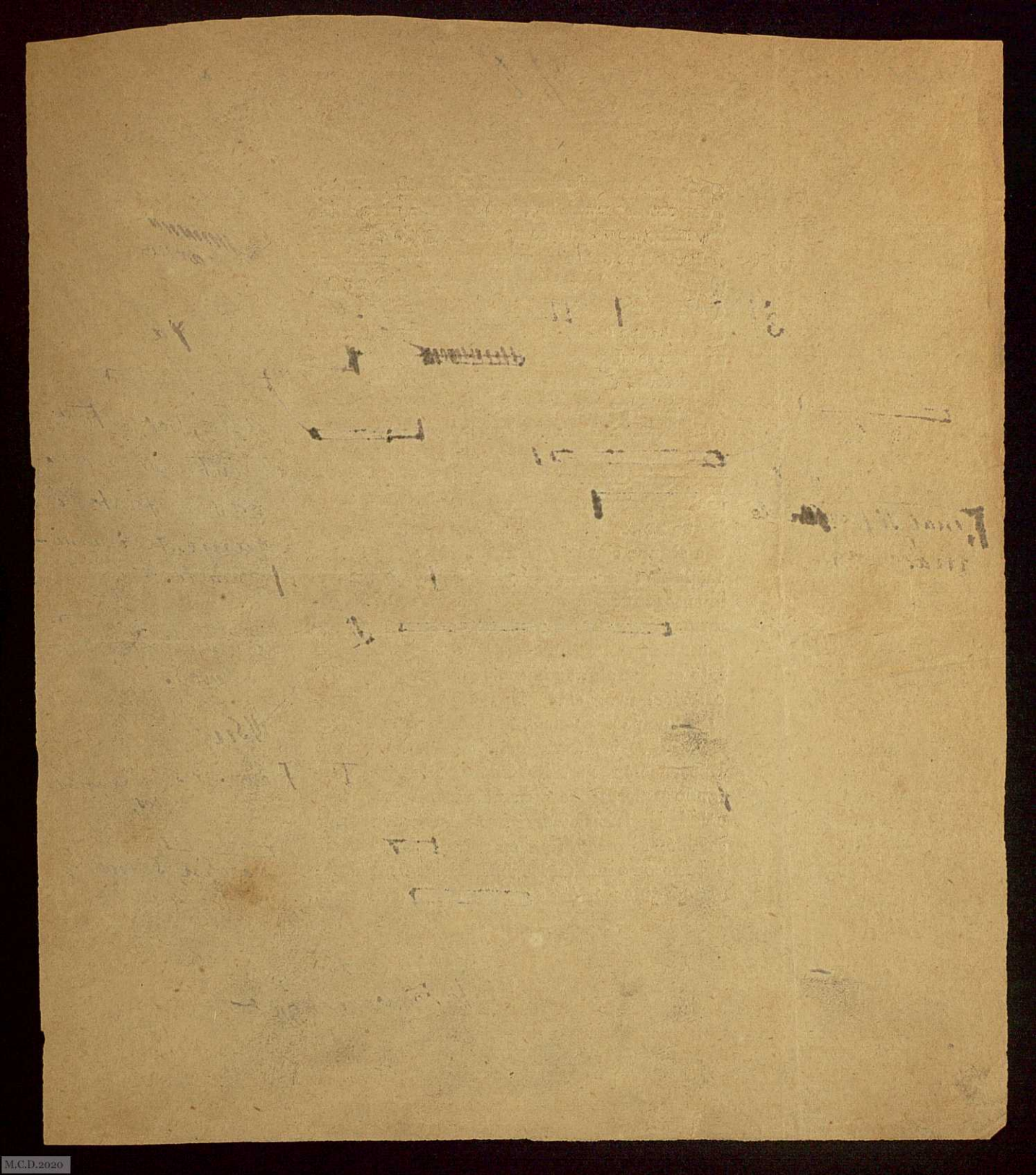
Fortunata no se rió más, ni Segunda dijo nada que excitase su hilaridad. Hasta la madrugada estuvo la tía acompañándola, y viéndola relativamente sosegada, se fué á descabezar un sueño antes de bajar al mercado. A poco de quedarse sola, ~~Fortunata~~ la joven sintió dentro de sí una cosa extraña. Se le nublaron los ojos, y se le desprendía algo en su interior ~~algo~~, como cuando vino al mundo Juan Evaristo; sólo que era sin dolor ninguno. No pudo apreciar bien ~~lo que aquello era~~ aquel fenómeno, porque se quedó desvanecida. Al volver en sí advirtió que era ya día claro, y oyó el piar de los pajarillos que tenían su cuartel general en los árboles de la Plaza Mayor y en las crines de bronce del caballo de Felipe III. Fué á coger á su hijo en brazos y apenas podía con él. Le faltaban las fuerzas; ¡pero de qué manera! y hasta la vista parecía amenguársele y pervertírsele, porque veía los objetos desfigurados y se equivocaba á cada momento, creyendo ver lo que no existía. Se asustó mucho y llamó; pero nadie vino en su auxilio. Después de llamar como unas tres veces, fué á llamar la cuarta, y... aquello sí era grave; no tenía voz, no le sonaba la voz, se le quedaba la intención de la palabra en la gar-

Y no digan que eres casada y que tu hijo se tiene que llamar Rubín ..... ¡Qué comedia!



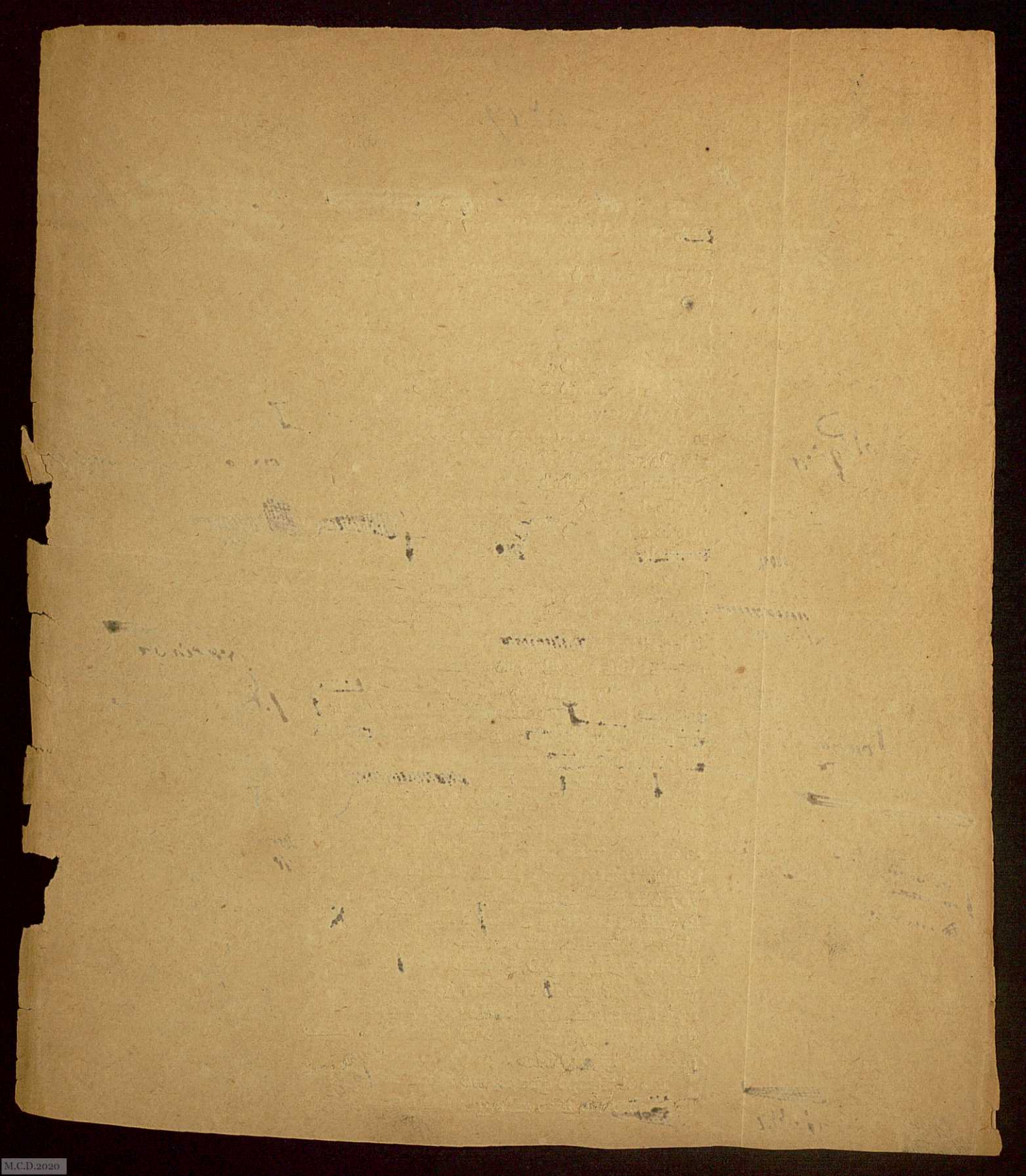
M.C.D.2020

ganta sin poderla pronunciar. Dió algunos to
ques con los nudillos en el tabique; pero al fin
su mano se quedó como si fuera de algodón;
daba golpes con ella, y los golpes no sonaban.
También podía ser que sonaran y ella no los
oyera. Pero cómo no los oía Segunda que es-
taba al otro lado del tabique? Luégo, el brazo
se puso también como muerto, resistiéndose á moverse. "¿Será que me estoy
muriendo?„—pensó la joven, echando miradas
á su interior. Pero poco pudo ver con la debi-
da claridad, porque todas sus ideas sufrieron
trastornos más ó menos febriles, las imágenes
se disfrazaron tomando cuerpo y apariencia de
lo que no eran, y la única sensación dominante
con alguna claridad en medio de aquel estado
fué la de estar inmóvil y rígida con los movi-
mientos involuntarios suspendidos y los volun-
tarios sin voluntad que los impulsase. A
parecer no respiraba; el oído y la vista daban de
rato en rato alguna impresión fugáz de la vida
exterior; pero estas impresiones eran como
algo que pasaba, siempre de izquierda á dere-
cha. Creyó ver á Segunda, y oirla hablar con
Encarnación, pero hablaban á la carrera, pa-
sando y perdiéndose en un término vago que
caía hacia la mano derecha. El piar de pájaros
también se precipitaba en aquel, y hacia
allí fueron también los chillidos de Juan Eva-
risto, á quien sin duda el biberón.



Pasado cierto tiempo, que no pudo apreciar, recobró sus sentidos y pudo moverse, apreciando fácilmente la realidad. "¿Quién eres tú?—preguntó á Encarnación, única persona que estaba á su lado.—¡Ah! ya te conozco... ¡Qué tonta soy! ¿No está mi tía?—Díjole la chiquilla que la señá Segunda había bajado al mercado, y que subió con la leche para el niño, y después se volvió á marchar. Sacó Fortunata de aquel desvanecimiento una convicción que se afianzaba en su alma como las ideas primarias, la convicción de que se iba á morir aquella mañana. Sentía la herida allá dentro, sin saber dónde, herida ó descomposición irremediables, que la conciencia física revelaba con los datos del diagnóstico más infalible. La cabeza se le había serenado; la respiración era fácil aunque corta; la debilidad crecía atrozmente en las extremidades. Pero mientras la personalidad física se extinguía, la moral, concentrándose en una sola idea, se determinaba con desusado vigor y fortaleza. En aquella idea fijaba todo lo que ella podía pensar y sentir en semejante ocasión; en aquella idea vaciaba toda su historia, y estampaba con sencilla fórmula su carácter para dejar una impresión clara y enérgica de él. "Si me descuido—pensó con gran ansiedad,—me cogerá la muerte, y no podré hacer esto... ¡qué gran idea!... Ocurrírseme tal cosa es señal de que voy á ir derecha al Cielo... Pronto, pronto, que la vida se me va...„ Llamó á Encarnación y le dijo: "Chiquilla, vete corriendito al cuarto de abajo, y le dices á D. Plácido que le necesito... ¿entiendes? que le necesito, que suba... Anda, no te detengas. Ya debe de estar ahí de vuelta de la iglesia, tomándose su chocolate... Anda prontito, hija, y te lo agradeceré mucho.„

En el tiempo que estuvo fuera Encarnación, la [illegible] no hizo más que dar á su hijo mu-



M.C.D.2020

100 (sigue 1.º)

chos besos, diciéndole mil ternezas. El chico estaba despierto y callado la miraba, y aunque decía nada, á ella se le figuraba que hablaba... "Estarás tan ricamente... hijo mío, y no te querrán tanto como yo, pero sí un poquito menos... Me estoy muriendo... qué sé yo qué es esto... voy en sangre... Dios me quiere separar de tí; y ello será por tu bien... ~~Yo bien quisiera no morirme; pero esto es hecho, y sé que me muero~~ viva estoy todavía por causa de esta bendita idea que tengo... ¡Ah! qué idea tan preciosa... Con ella no necesito ~~confesarme, ni Viático, ni unción~~ claro, como que me lo han dicho de arriba; siento yo aquí en mi corazón la voz del ángel que me lo dice. Tuve esta idea cuando estaba aquí sin hablar, y al despertar me agarré á ella... Es la llave de la puerta del Cielo... Hijo mío, estate calladito, y no chistes, que si tu mamá se va es porque Dios se lo manda... ¡Ah! D. Plácido, ¿está usted ahí?...

—Sí, señora—dijo entrando en la alcoba con los ademanes más oficiosos del mundo.—¿Qué se le ofrece á usted? La señora me ha encargado...

—Amigo, hágame el favor de traer pluma y papel. escribir una carta.

—¡Una carta!...

—Sí... pero ándese pronto, que me voy... que me muero.

—¡Que se muere! Vamos... no bromee usted.

—Don Plácido, si no me sirve para esto, llamaré á otra persona.

—No, hija, no hay que apurarse. Voy por el tintero. Y no tardó cinco minutos en volver, y entró de nuevo en la alcoba, vió que Fortunata se había incorporado en su cama con el chiquillo en brazos, y que después, entre ella y Encarnación, lo ponían bien abrigadito en su cuna de mimbres, que venía á ser como

...La medicina esa... yo la tomaría... ¿donde esta?... ¡Encarnación!... Pero dí ha ido abajo... Parece que me

rep

...Espere; deme la medicina... esos polvos blancos ...cuales son? no sé..... Pues deje, deje, que me tiene que

~~Deje, deje... no quiero~~ Ninguno... ya para que?

ó

Hijo mío,

Me muero, la vida se me corre fuera, como el río que va á la mar.

Sacramentos;

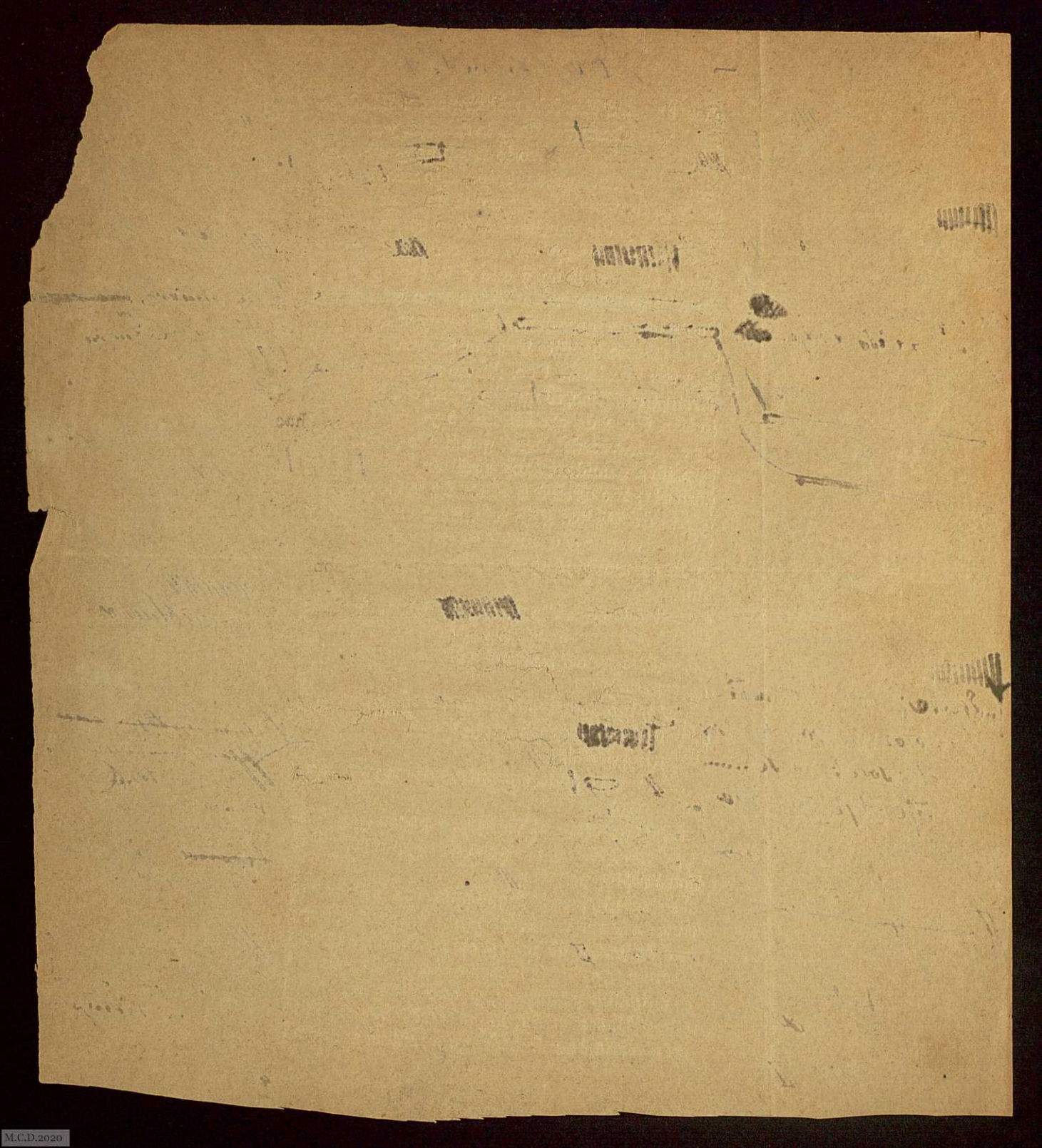
el hablador

~~Pero antes... que medicina quiere?~~ Pero antes... (revolviendo en la masa de noche) Que medicamento quiere?

Si pudiera esperar á Ballester; pero no, no me da tiempo...

la cual

ar



1.º

Muchísimo cuidado en este paquete.

un canasto. Le pusieron entre las manos su biberon para que no alborotase, y le cubrieron con un pañuelo finísimo de ~~holanda. Plácido~~ no entendía una palabra, ni veía la relación que la pluma y papel pudieran tener con lo que veía. "D. Plácido—dijo Fortunata con mucha animación.—Hágame el favor de escribir... Aquí no hay mesa. Chiquilla, tráele el tablero de las damas. Pues verá qué golpe... Se me ocurrió hace poco, cuando estaba sin habla, al punto que me entraba la idea de mi muerte... Ponga ahí lo que yo le diga: "Señora doña Jacinta. Yo...

—Yo...—repitió D. Plácido.

—No; hay que empezar de otra manera... No se me ocurre. ¡Qué torpe soy! ¡Ah! sí, ponga usted. "Como el Señor se ha servido llevarme ~~de este mundo~~ y ahora se me alcanza lo mala que he sido,„ ... ¿Qué tal? ¿va bien así?

—"Lo mala que he sido...„

—En fin, ~~ponga usted que... Ponga usted~~ "No quiero morirme sin hacerle á usted ~~un regalito, y pues no tengo cosa mejor~~ le mando á usted por ~~conducto~~ del amigo D. Plácido, es ~~lo que~~ que su esposo de usted me dió a mí. ~~Pero yo le entrego á quien~~...„ No, D. Plácido, así no, ~~esto no me parece bien. Porque [illegible] correspondía. Es mía y yo se la quiero dar; nada más.~~ Ponga usted. Para que se consuele de trágos amargos que le hace pasar su marido, ahí le mando al verdadero *Pituso*. Este no es falso, éste es ~~verídico~~, como usted verá en su cara. Le suplico...

—Le suplico...

—Usted póngalo ~~[illegible]~~ D. Plácido yo le doy la idea. Pues "le suplico que le mire como hijo y mande á su segura servidora que besa su mano...„ ¿Qué tal? ¿Está con finura?... Ahora, veremos si puedo ~~poner~~ mi nombre... Me tiembla mucho el pulso... Tráigame la pluma...

Puso un garabato, y después mandó á

seda. Estupiñá

Déjate de medicinas... ¿Para que ya?... Vaya; D.n Plácido, prepárese;

itió

mano

mono del cielo

equivocadamente „... no, no borre V. el equivocadamente, ponga: „que me lo dió á mí robándoselo á usted„.

eso está muy mal... porque yo lo tuve... yo, y á ella no se le ha quitado nada. Lo que hay es que yo, se lo quiero dar porque se que le ha de querer, y porque es mi amiga...

legítimo ~~[illegible]~~ y natural

esta idea

con El

siga poniendo lo que le digo...

una fineza y

se

los

illo

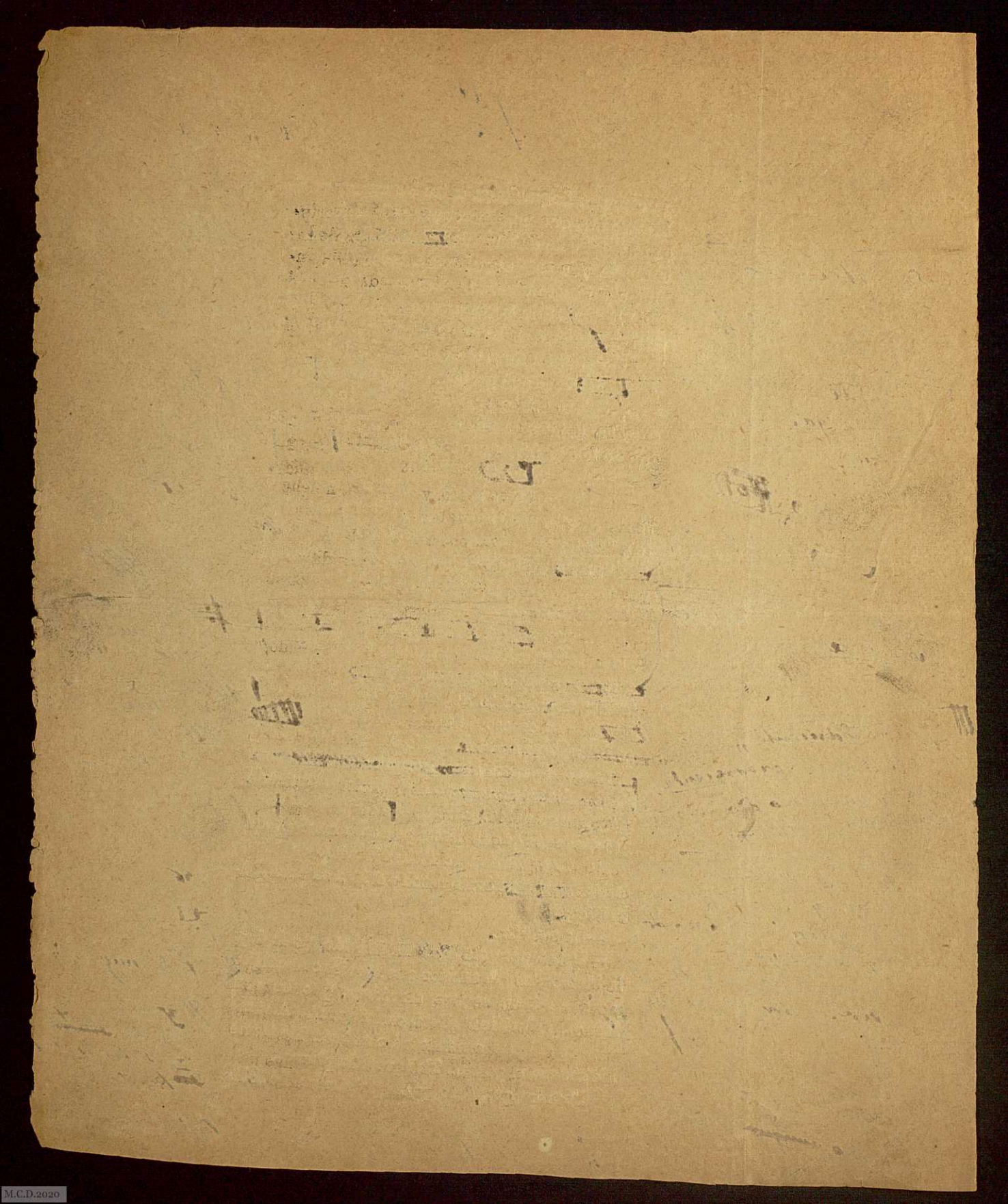
todo muy clarito

y que lo tenga por ~~suyo~~ natural suyo y del ~~su~~ padre...

echar

y amiga, le

Estupiñá



que abriese su cómoda y sacase la inscripción de las acciones del Banco. Después de revolver mucho, Estupiñá encontró el documento. "Eso—dijo Fortunata,—se lo da usted á doña Guillermina.

"Pero no vale sin transferencia—replicó el hablador.

—¿Sin qué?

—Sin transferencia en toda regla.

—Pamplinas. Es mío, y yo lo puedo dar á quien quiera. Coja usted la pluma, y ponga que es mi voluntad que esas acciones sean para doña Guillermina Pacheco, y le echaré muchas firmas debajo, y ver si vale.

Aunque Estupiñá no creía válida aquella manera de testar, hizo lo que se le mandaba.

—Ahora, amigo—dijo ella... perdiendo gradualmente el uso de la palabra,—coja usted á mi hijo y lléveselo... Yo me muero... Lléveselo usted antes de que venga mi tía, ó mi marido, ó doña Lupe. Pueden venir, y ya ve usted... qué compromiso. No me dejarán hacer mi gusto, me enfadaré, y no me moriré tan santamente... como quiero morirme.

Plácido ya sabía qué hacer.

"Despáchese, hombre de Dios... Nos ve que...

No dijo más. Plácido se acercó á contemplarla, y se asustó extraordinariamente. Creyó que estaba muerta ó que le faltaba poco para estarlo. Mandó á Encarnación en busca de Segunda y de José Izquierdo, y cogiendo la cesta en que Juan Evaristo estaba, la puso en la sala. "No me determino á llevármelo—pensó el buen viejo.—Pero al mismo tiempo, si esos brutos se empeñan en impedirme que me lo lleve... ¡Ah! no; no me lo llevo, y que salgan por dónde quieran." Cogió la cesta, y bajándola á su casa con toda la rapidéz que le permitían sus piernas no muy fuertes, volvió á subir y se aproximó á la enferma, mirándola tan cerca en la habita-

M.C.D.2020

M.C.D.2020

[illegible], que casi se tocaban cara con cara. "Fortunata... *Pitusa*—echando [illegible] en el oído de la joven. A la tercera ó cuarta [illegible], Fortunata movió ligeramente los párpados, y desplegando los labios, apenas dijo [illegible]: *Nene...*

XIV

"[illegible], esta mujer se va por la posta... Y yo sólo aquí, y el [illegible] allá abajo ¡Van á decir que lo he robado! Anda, los ladrones serán ellos. Que digan lo que quieran. ¿A mí qué? Les presento este papel firmado por ella, y en paz. Pobre mujer (contemplándola horrorizado). ¡Virgen del Cármen, si se va en sangre!... Pero esta gentuza, ¿cómo es que la abandona así? ¿No vieron el peligro? Y ese médico, ¿en qué está pensando?... ¡Qué compromiso! ¿Y qué le daría yo?... [illegible] Aquí hay medicinas, se las daré. [illegible] hacer una barbaridad. Esperaremos. ¿Pero qué? si cuando vengan ya estará ella en el otro mundo. Dios la perdone y le dé lo que más le convenga... Es preciso tratar de animarla... (hablándole al oído). Fortunata, Fortunatita, abra usted los ojos, no se muera usted. Le traeré el Viático [illegible], siquiera la Unción... ¡Eh! hija, chica... Quiá, no se entera... Esto está perdido. Hija mía, piense usted en Dios y en la Santísima Virgen, invóqueles en esta hora tremenda y le ampararán... Nada, como si le hablaran en griego; no oye, ó es que está tan aferrada á la maldad que no quiere que se hable de religión. Voy á tocar otro registro (con malicia). Fortunata, [illegible] mire usted quien está aquí... despierte y verá... ¿No le conoce? Es aquel sujeto, el Sr. D. Juanito que viene á verla á [illegible]... [illegible] tan afligido de verla á usted tan malita. (Hablando para sí)... ¡Cómo se sonríe la picarona! ¡Ah! está da-

nada hasta ~~la medula~~. Abre los ojos y mira buscándolo con las miradas. Es como los borrachos, que aunque se están muriendo, si les nombran vino, parece que resucitan... ¡Como no se salve ésta! Al infierno se va de cabeza... Vean qué manera de arrepentirse. Le nombro á Nuestro ~~Santísimo~~ Redentor y á María Santísima del Carmen, y como si tal cosa... Sorda como una tapia. Pero le nombro al ~~querido~~, y ya la tiene usted tan avispada, queriendo vivir, y sin duda con intenciones de pecar. ¡Ah! cualquier día se salva ésta!... Me parece que sube ya la tía. Oigo sus resoplidos como los de una loba marina... Sí, aquí vienen (saliendo al pasillo y hablando con Segunda, que subía sofocadísima precedida de Encarnación). ¡Vaya una calma que tiene usted! Se ha puesto muy mala, pero muy mala.

Apenas entró en la alcoba, Segunda empezó á dar gritos. ¡Hija de mi alma, la han matado, la han asesinado! ¡Ay, qué horror! ¡cómo está!... Me la han matado... ¡Y el niño! ¡Me han robado, lo han robado...

—Atienda ~~usted~~ á su sobrina, y vea si la puede salvar—dijo Estupiñá cogiéndola por un brazo,—y déjese de asesinatos, y de robos de niños, y no sea usted ~~chiflada~~.

—Hija de mi alma... ¿pero qué? Fortunata... te han matado, ¿pero qué es esto? A ver, cordera, ¿tienes heridas? ~~Dimes~~ que te han dado cién puñaladas. Pero estás viva. Cuéntame qué ha sido. ¿Y tu niño, nuestro niño, dónde está? ¿Te lo quitaron?...

—Llame usted al médico—dijo Plácido—. ¿Dónde vive? Yo le avisaré... Y no se cuide usted del niño, que nada le falta.

—¿Pero dónde está?... D. Plácido, D. Plácido—exclamó Segunda, descompuesta y furiosa; —me parece que va usted á ir al palo... Voy á dar parte á la justicia. Usted es un ~~bribón~~, si

señor, no me vuelvo atrás... Usted nos ha [illegible]do á la criatura.

—[illegible] mujer de Barrabás ([illegible]ndose por medio á que Segunda le sacara los ojos). ¿Quiere usted callarse? ¿No ve usted que su sobrina se muere.

—Porque usted me la ha matado, so verdugo, usted, usted.

—Dale... Vamos, cállese la boca. Voy á avisar á la Casa de Socorro.

—¡A la cárcel!... es donde tiene que ir usted.

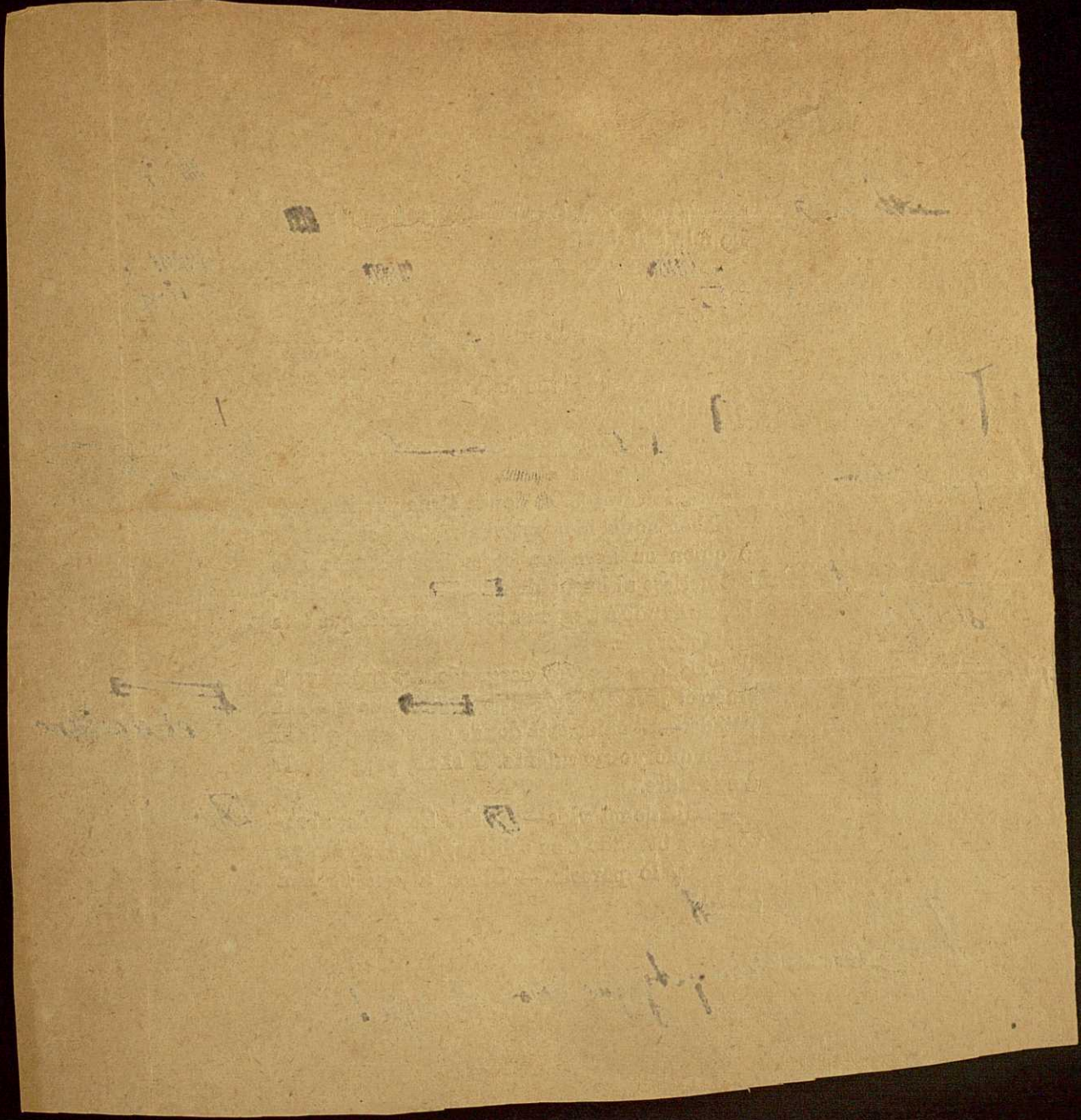
Y en aquel momento entró José Izquierdo, á quien su hermana quiso incitar para que acometiese al bueno de [illegible]. *Platón* vacilaba, no dando á Segunda todo el crédito que ésta creía merecer.

"Ea, que me voy cargando... y quien va á traer el juez soy yo—dijo [illegible], dando una patada.—El chico está donde debe estar, y bien saben que yo no miento. Y si no, pregúntenlo á su madre.

—Hija de mi vida—[illegible]aba Segunda, abrazando y besando á su sobrina, que si no era ya cadáver, lo parecía.—Dinos lo que te han hecho.

¡Ay qué dolor de hija!...

M.C.D.2020



6ª

—Usted—dijo Plácido á Izquierdo autoritariamente,—á visar á ese señor boticario que suele venir, el que la protege ahora. Yo avisaré á otra persona, y vamos á escape, que el tiempo vuela.

Se sin esperar la opinión de Segunda, y *Platón*, comprendiendo por instinto más que por la razón que las órdenes de Estupiñá eran más prácticas que las de la placera, salió y fué presuroso á la calle del Ave María.

La primera persona que llegó á la casa fué Guillermina, á quien Plácido enteró por el camino de cuanto había ocurrido. Subiendo la escalera, la santa dijo á su: "Entre usted en su á esperar á Jacinta que vendrá en seguida. quiero que suba, estamos. En cuanto pueda bajaré yo. A Jacinta que no se mueva de aquí y me esper."

Cuando la fundadora entró, Fortunata continuaba en el mismo estado. Segunda había intentado hacerle tomar el cornezuelo de centeno; pero no pudo conseguirlo. Apretaba los dientes, y no había medio de traerla á la razón. Guillermina tuvo más suerte ó puso en ejecución mejores medios, porque logró hacerle tomar algo de aquella eficáz medicina. Pero el mal era tan grande, que lo mismo era tomarla, que no. Fortunata miraba con expresión de gratitud á su amiga y cuando ésta le apretaba la mano, trataba de hablarle; pero apenas podía articular algún monosílabo. Calladas, se hablaban mirándose.

"El Padre Nones va á venir—dijo la santa, —le mandé recado al salir de casa. Prepárese usted, hija mía, poniendo el pensamiento en Nuestro Señor Jesucristo; y le pida perdón de sus pecados con verdadera contrición se lo dará. ¿Se lo ha pedido usted?

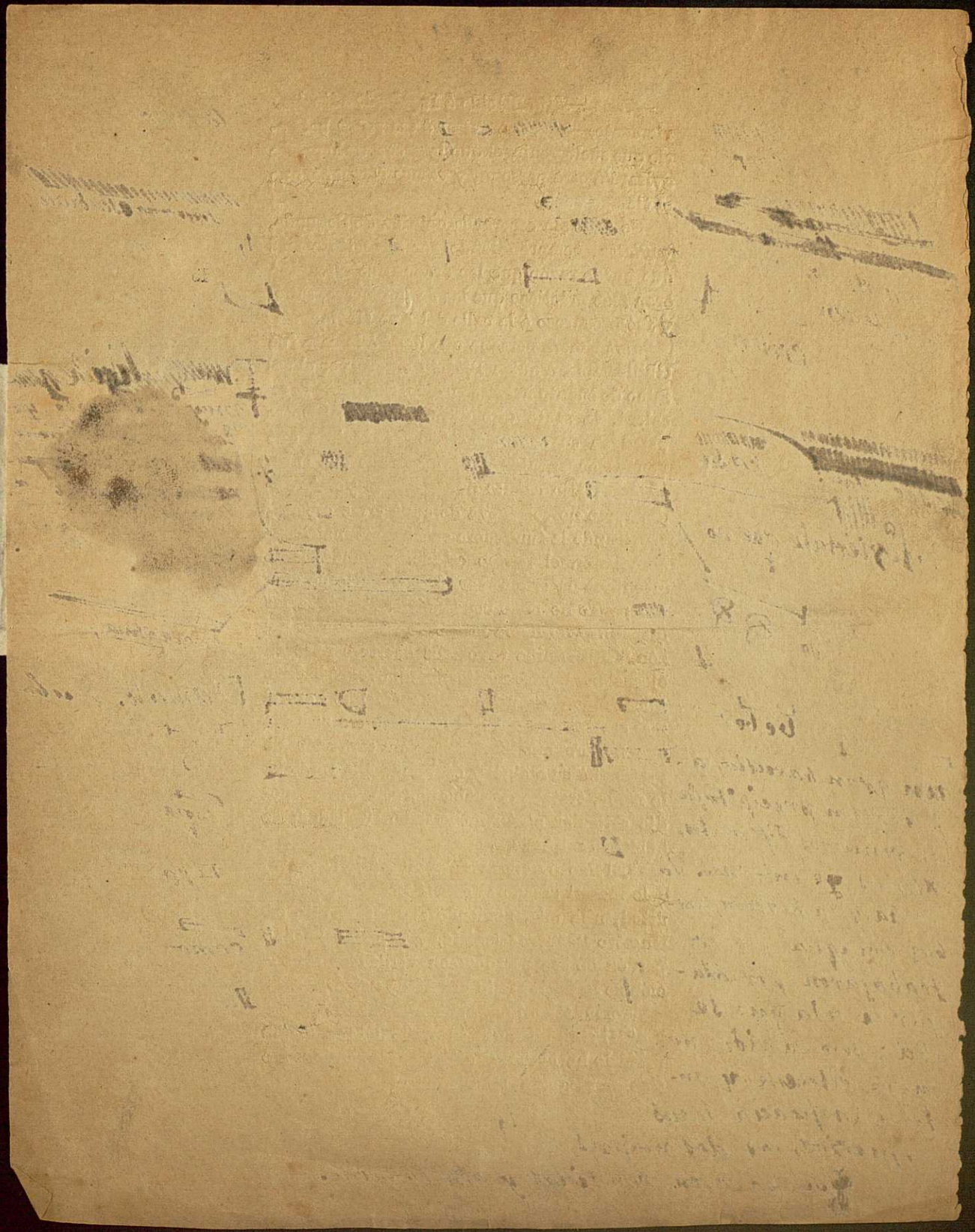
Fortunata dijo que sí con la cabeza.

"Mi amiguita se ha enterado del regalo que usted le ha hecho, y está tan agradecida. Ha sido un rasgo feliz y cristiano."

Llena de consternación, no nablaba ya de arrepentimiento, y aunque no acababa de comprender el robo del chiquillo, no se atrevió á mentarlo ante la señora vieja. Había

á Fortunata fuertes dosis de ergotina;

gran barullo, aplicación precipitada de remedios diferentes, externos é internos. La santa y la placera, ambas con igual ardor, trabajaron por atajar la vida que se iba; pero la vida no quería detenerse, y ante la ineficacia de sus esfuerzos, las dos mujeres se pararon rendidas y desconsoladas.



M.C.D.2020

En las nieblas que envolvían su pensamiento, la infeliz joven, al oir aquello del rasgo, se acordó de Feijóo y de sus prohibiciones; pero este recuerdo no la hizo arrepentirse de su acción.

"Jacinta me encarga que dé á usted las gracias. No le guarda ningún rencor. Al contrario; siempre tendrá de usted una memoria grata, porque, si bien es verdad que por culpa de usted ha pasado muy malos ratos, sabe perdonar. Sí, Jacinta es de las pocas personas que saben perdonar. Imítela usted ahora, que tiene motivos sobrados en este instante para amar á sus enemigos y hacer bien á los que le aborrecen. Hija mía (abrazándola), ¿ha perdonado usted al hombre que tiene la culpa de todos sus males y que la ha arrastrado tantas veces al pecado?„

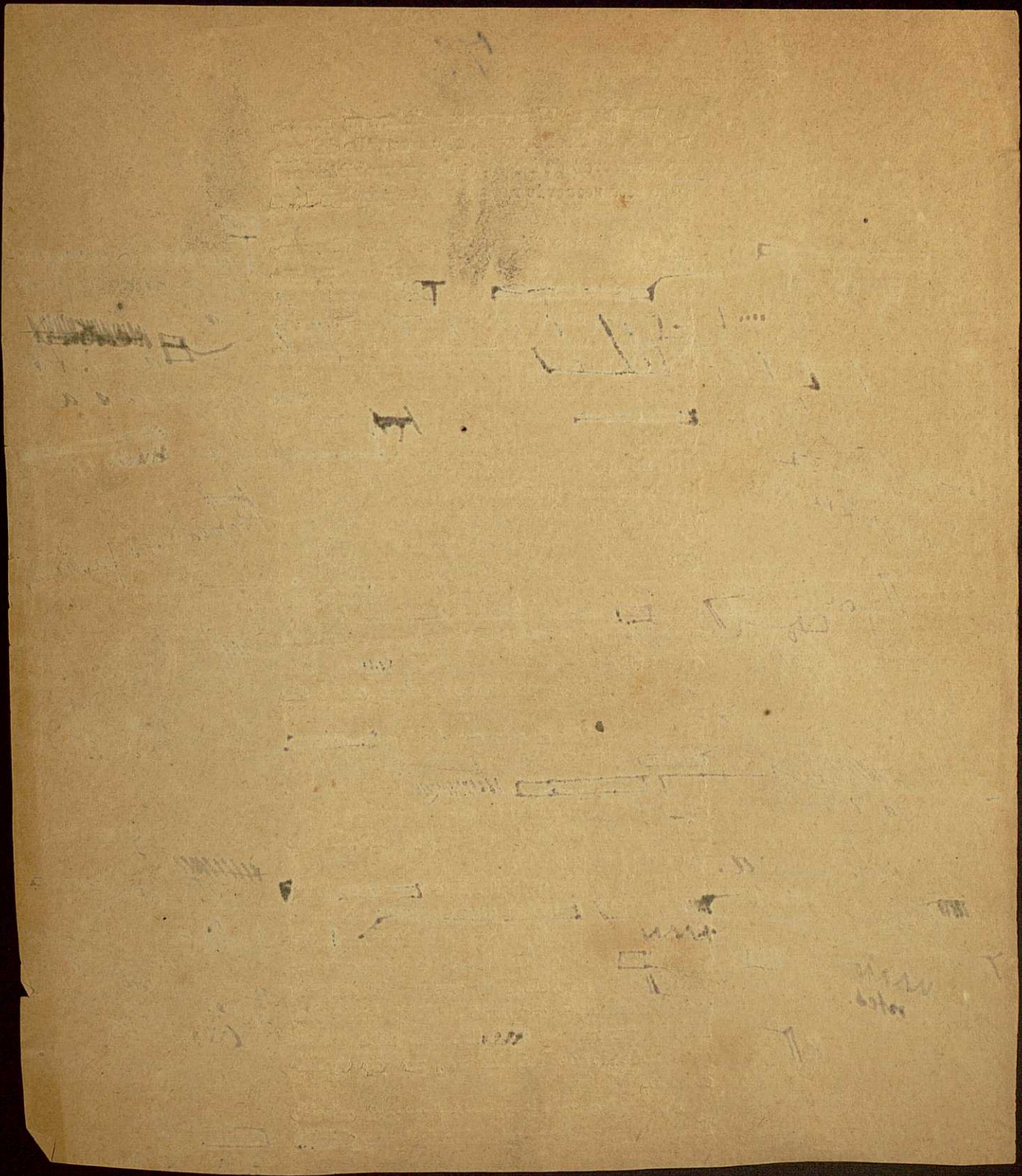
Fortunata dijo que sí con la cabeza, y sus miradas daban á entender que aquel perdón era de los fáciles, porque el amor andaba de medio.

"¿Perdona usted también á esa mujer de quien usted se suponía ofendida, á quien usted ofendió de palabra ó de obra, con ó sin motivo?„

Este perdón sí que era de los de cáscara amarga. Callóse la santa mirándola, porque observó que se excitaba. Movíase y tenía la cabeza echada hacia atrás, moviéndola sobre la almohada con cierta inquietud, y sus miradas vagaban por el techo.

"¿Qué? ¿duda usted?... Pues para que Dios nos perdone, tenemos que perdonar nosotros antes. ¿Para qué quiere usted ahora ese mezquino odio? ¿De qué le sirve? De peso para impedirle subir al Cielo. Hay que arrojar ese plomo (abrazándola con más cariño). Amiguita, hágalo por mí, por Jacinta, que debe quedar aquí rodeada de bendiciones, no de maldiciones.„

Fortunata se extremeció desde el cabello hasta los piés... Su respiración fatigosa parecía



indicar vencer las resistencias físicas que entorpecían la voz. "No necesita usted hablar—le dijo la santa,—basta que manifieste su intención respondiéndome con la cabeza. ¿Perdona usted á Aurora...? Fortunata movió la cabeza de un modo que podría pasar por afirmativo, pero con poco acento, como si no toda el alma, una parte de ella afirmase.

"Más, más claro.„

Fortunata acentuó un poquitito más, y sus ojos se cuatro lágrimas humedecieron sus ojos.

"Así me gusta.„

Entonces resplandeció en la cara de la infeliz señora de Rubin algo que parecía inspiración poética ó religioso éxtasis, y maravillosamente vencida la postración en que estaba, tuvo arranque y palabras para decir esto: "Yo también.....no lo sabe usted que yo también soy ángel?....„

Y algo más pero las palabras volvieron á ser ininteligibles, y en la cara le quedó una expresión de dicha reposada, inefable y. La santa estuvo un instante sin saber qué actitud tomar.

"¡Angel!... sí—dijo al fin—lo será, si se purifica bien. Amiga querida, es preciso prepararse. El Padre Nones va á venir, y él le dará á usted consuelos admirables que yo no puedo darle... Ahora acuerdo que usted tenía una idea maligna, origen de muchos pecados. Es preciso arrojar aquella idea... ¿Se acuerda usted aquel disparate de que el matrimonio, cuando no hay hijos, no verdadero matrimonio, y de que usted por tenerlos, era la verdadera esposa de...? Vamos (con extraordinaria ternura), reconozca usted que idea era un error muy malo, pero muy malo, y prométame que ha de renegar de ella y que no la olvidará cuando el Padre Nones la confiese.

nes la confiese. Mire usted qué si se la lleva consigo le ha de estorbar mucho por allá.„

no expresaba nada, por lo cual su fervorosa amiga volvía al ataque con más brío y pasión. "Fortunata, mía, por el cariño que me tiene, y que yo no me merezco, por el que yo le he tomado y que le conservaré toda mi vida, le pido que se arranque esa idea, y la arroje aquí, como si fuera un adorno de los que se ponen las pecadoras, un lunar postizo, un colorete. Eso no sirve allá, como no le sirva al demonio para hacer de las suyas... Se la arranca usted, ¿sí ó no? Hágalo por mí, para que yo me quede tranquila y sin ningún temor respecto á

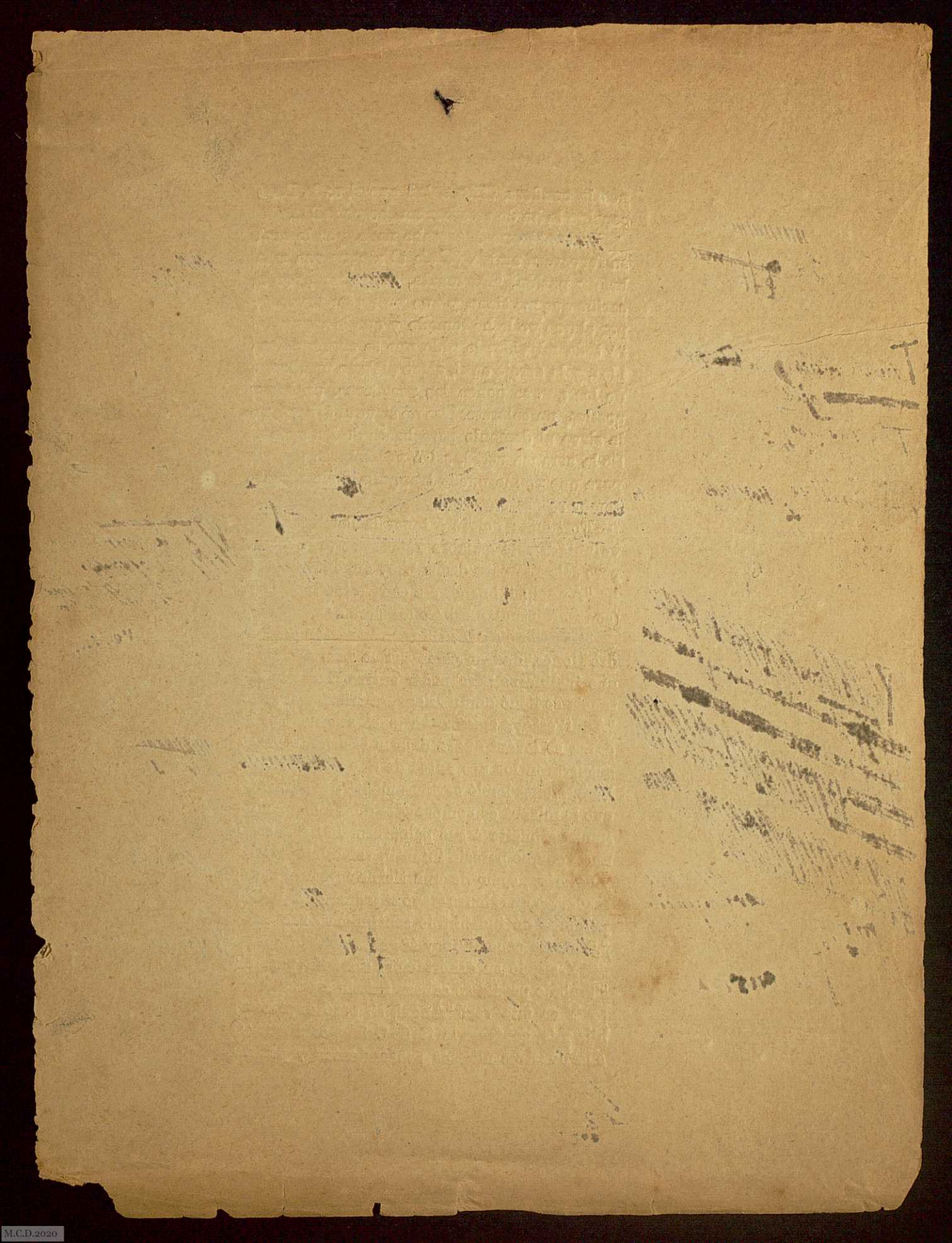
Fortunata volvió á tener la llamarada. La voluntad y la palabra reaparecieron en ella; pero sólo fué para decir: "Soy ángel...

"Angel, sí, bueno, esa convicción me gusta (con inquietud). Pero yo quisiera...

Interrumpió á la señora la aparición del Padre Nones, que no cabía por la puerta y tuvo que inclinarse para poder entrar. Toda la estancia se llenó de una negrura triste y severa. "Aquí estoy, *maestra*—dijo el anciano, y la dama se levantó para dejarle el asiento. Algo susurraron los dos antes de que ella se retirara. Nones habló cariñosamente á la enferma, que le miraba con empañados ojos, sin dar ninguna respuesta á sus palabras... Por fin, echó una voz que parecía infantil, voz quejumbrosa y dolorida, como de una tierna criatura lastimada. Lo que Nones creyó entender en aquellas de indefinible sentimiento fué esto: "¿No sabe que soy ángel?...

Y siguió su exhortación diciendo para sí: "Trabajo perdido... cabeza trastornada.„

Y en alta voz: "Angel, sí; pero es preciso, hija mía, confesar la fé de Cristo, consagrar á ella nuestros últimos pensamientos y pedirle



con el corazón que nos perdone. Es tan bueno, tan bueno, que no niega su amparo á ningún pecador que se llegue á él por empedernido que sea... Lo principal es tener un criterio puro, un...

La miró alarmado. ¿Había dicho algo? Dudó, pero Nones no cayó bien. Fué aquello de *soy ángel*, y luégo inclinó la cabeza como quien se va á dormir. Segismundo la miró más de cerca, y en alta voz dijo: "Maestra, maestra, venga usted.

Entró Guillermina y ambos la miraron.

"Creo—dijo Nones, que ha concluído. No ha podido confesar. Cabeza trastornada. ¡Pobrecita! Dice que es ángel... Dios lo verá...„

Ambos se pusieron á rezar en voz alta. Segunda empezó á escandalizar, y en aquel momento llegaba Segismundo, quien sabedor en la escalera de lo que ocurría, entró en la casa y en la alcoba más muerto que vivo.

XV

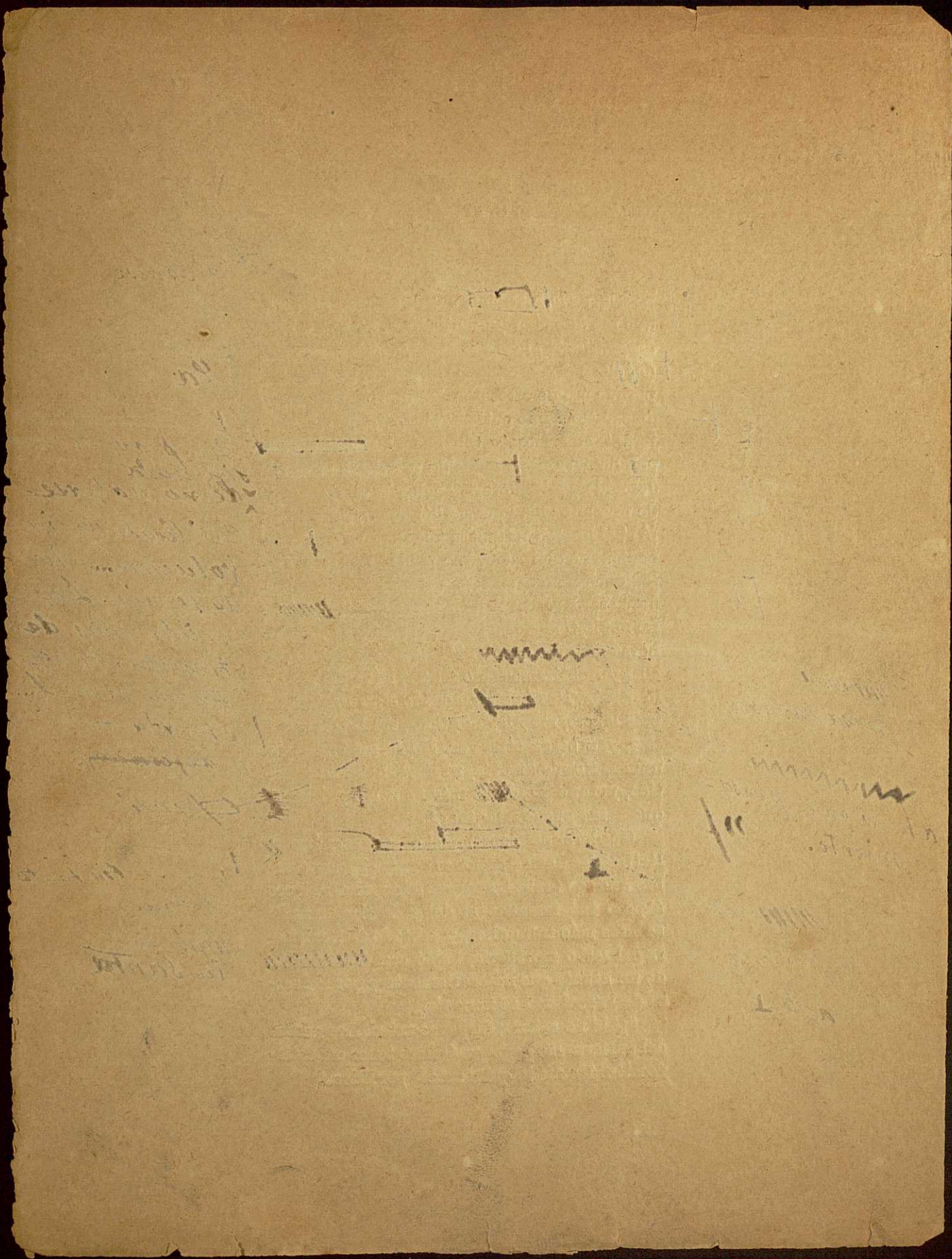
Mientras estuvo allí el Padre Nones, Ballester se mantuvo en una actitud consternada contemplando el lastimoso cuadro con el respeto que infunden los muertos, y encerrando su dolor en una compostura que tenía algo de cierta. Pero cuando no quedaron allí más testigos que la santa y Segunda, el buen farmacéutico creyó que no tenía para qué sujetar la onda impetuosa que del corazón le salía, y llegándose al cuerpo todavía caliente de su infeliz amiga, la abrazó y la estampó multitud de besos en la frente y mejillas.

"¡Ah! señora—dijo á la fundadora, secándose las lágrimas;—veo que se asombra usted de... de verme llorar así, y de estas demostraciones... Es que yo la quería mucho... era mi amiga... iba á ser mi querida... digo... no, dispense usted, éramos amigos... Usted no la conocía bien; yo sí... Era un ángel... digo, debía serlo,

podría serlo, perdone usted, señora, no sé lo que me digo; porque me ha llegado al alma esta desgracia. No la esperaba... Ha sido un descuido de ella misma, con los disparates que hacía... porque era de estos ángeles que hacen muchos disparates... ¿me entiende usted?... ¡Pobre mujer... tan hermosa y tan buena!... Esto ha sido una hemorragia producida por enfriamiento... descuidos, falta de asistencia, de vigilancia, y de una autoridad que se le hubiera impuesto... ¡Ah! si hubiera estado aquí. Pero no podía, no podía. Mis obligaciones... ¡Ah! señora, crea usted que tengo el corazón destrozado, y que tardaré, tardaré en consolarme de esta [illegible]... Le había tomado yo tanto cariño, que á todas horas [illegible]. Mi destino me ligaba á ella, y hubiéramos sido felices, sí, felices, créalo usted... Nos hubiéramos ido á otro país, á un país lejano, muy lejano. Con permiso de usted la voy á besar otra vez. No la había besado nunca. No me atrevía, ni ella lo habría consentido, porque era [illegible] más honrada y honesta que usted puede imaginar.

Guillermina contemplaba con asombro lástimas las demostraciones de aquel buen hombre que con tanta franqueza se expresaba. Poco á poco fué tomando el dolor de Segismundo acentos más tranquilos, y sentado á la cabecera del lecho mortuorio, habló con [illegible] de un asunto que necesariamente y por la fuerza de la realidad se imponía.

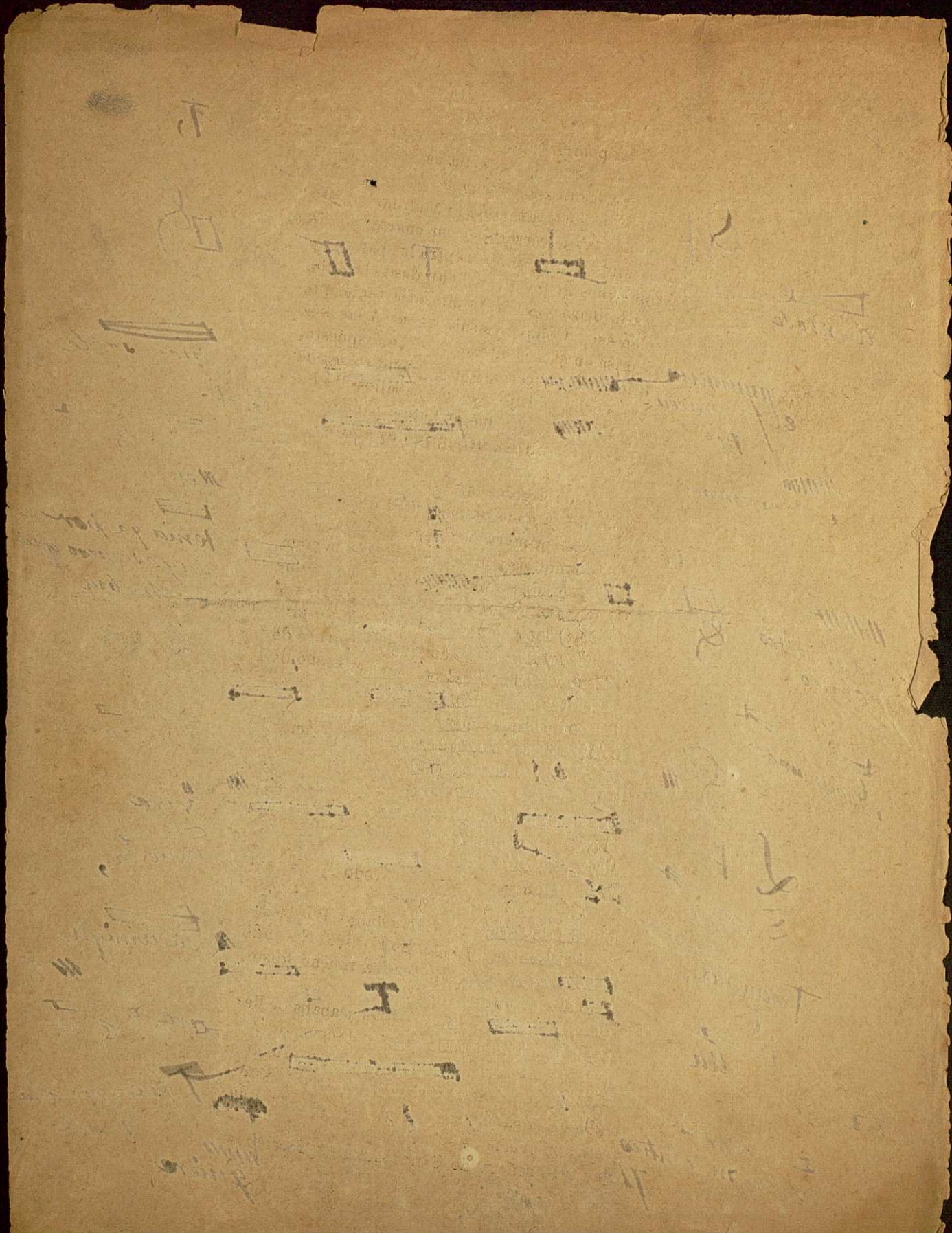
"¡Ah! no señora; dispense usted. Los gastos del entierro los pago yo. Quiero tener esa satisfacción. No me la quite usted, por Dios...



—Pero, hijo—replicó la fundadora,—si usted es un pobre. ¿Qué necesidad tiene de ese gasto? Si no hubiera más remedio, muy santo y muy bueno. Pero no sea usted tonto y guarde su dinero, que bastante falta le hace. Esta obligación la pagará quien debe pagarla, y no digo más: al buen entendedor...„

No se dió por vencido Ballester y persistió en su idea; pero Guillermina hubo de machacar tanto, que al fin se lo quitó de la cabeza. Segunda y sus dos compañeras de plazuela amortajaron á la infeliz señora de Rubín, y en tanto se ocupaba con empeñada actividad en los preparativos del entierro, que debía de ser al siguiente por la mañana. En todo aquel día no abandonó la casa mortuoria. Al mediodía estaba solo en ella, y el cuerpo de Fortunata, ya vestido con su hábito negro de los Dolores, yacía en el lecho. Ballester no se saciaba de contemplarla, observando la serenidad de aquellas facciones que la muerte no había devorado aún. Eran de marfil, tocado de manchas vinosas en el hueco de los ojos y en los labios, y las cejas parecían aún más finas, rasgueadas y negras de lo que eran en vida. Dos ó tres moscas se habían posado sobre aquellas marchitas facciones. Ballester sintió mayores deseos de besar á su amiga. ¿Qué le importaban á él las moscas? Era como cuando caían en la leche. Las sacaba, y después bebía como si tal cosa. Las moscas huyeron cuando la cara de Segismunda se inclinó sobre la de su amiga, y al retirarse tornaron á posarse. Entonces Ballester cubrió la faz de la muerta con un pañuelo limpísimo.

Guillermina volvió más tarde. Subía del cuarto de Plácido á decir á Ballester algo referente al entierro. Un rato hablaron, y como la señora se mostrase recelosa de que fuese por allá el marido de la difunta y armase un escándalo, Ballester la tranquilizó diciéndole: "No tema usted nada. Esta mañana hemos conseguido encerrarle. ¡Qué jaquecas nos dió! Está furioso, y costó Dios y ayuda quitarle un maldito revólver que compró y con el cual



13

[illegible]ar á las pobres Samaniegas y á otra persona que suele pasar por aquella calle. La pobre doña Lupe estaba consternada. Acudimos Padilla y yo, y con gran trabajo pudimos [illegible] y encerrarle en su cuarto, donde quedó dando de cabezadas contra las paredes y pegando unos gritos que se oían desde la calle.

—Ya lo decía yo. Tanta [illegible] tenía que parar en eso... Conque ya sabe usted. A las diez habrá misa en el cementerio. Y se ha dispuesto, por quien debe hacerlo, que el entierro sea de primera, coche de lujo con seis caballos, los niños del Hospicio, y... luégo habrá funeral de primera también. Dirá usted que esta ostentación no viene al caso.

—No, yo no digo nada.

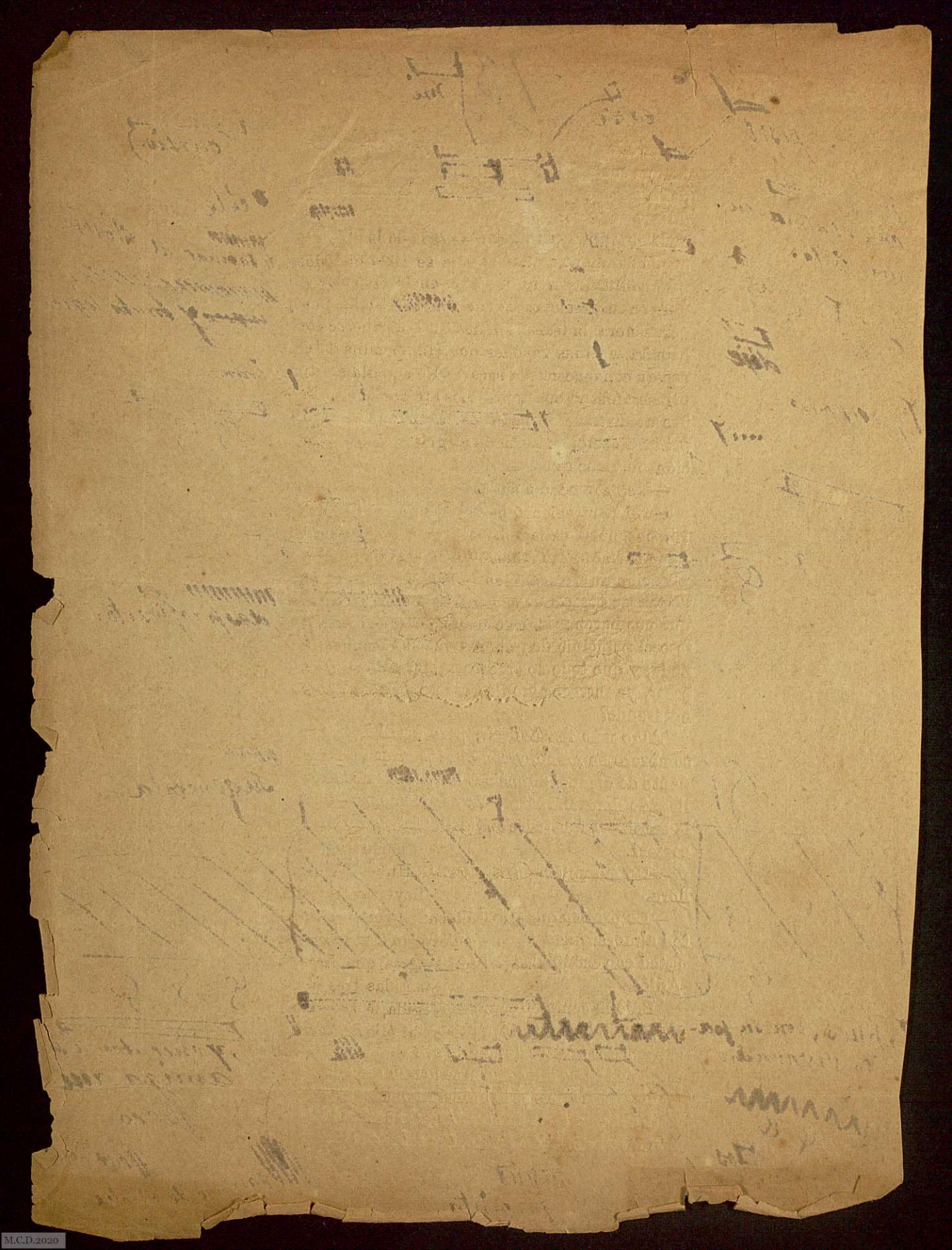
—No tendría nada de particular que lo dijera, porque á primera vista es absurda. Pero cuando la complicación de causas trae la complicación de efectos, y por eso vemos en el mundo tantas cosas que nos parecen [illegible] y que nos hacen reir. Vea usted por qué yo profeso el principio de que no debemos reirnos de nada, y que todo lo que pasa, por el hecho de pasar, ya merece algo de respeto. ¿Se va usted enterando?

Algo más iba á decir; pero entró Plácido, sombrero en mano, y con ciertos aires de ayudante de campo, anunció á [illegible] que había llegado doña Bárbara. —Voy al momento—dijo la santa.—¿Y usted, Sr. de Ballester, no va á comer?

—No me muevo de aquí en todo el día, señora.

—Es preciso que usted tome algo. Puede usted almorzar con Plácido. Se lo diré. No ande usted con cumplidos. El tendrá mucho gusto. Adios.

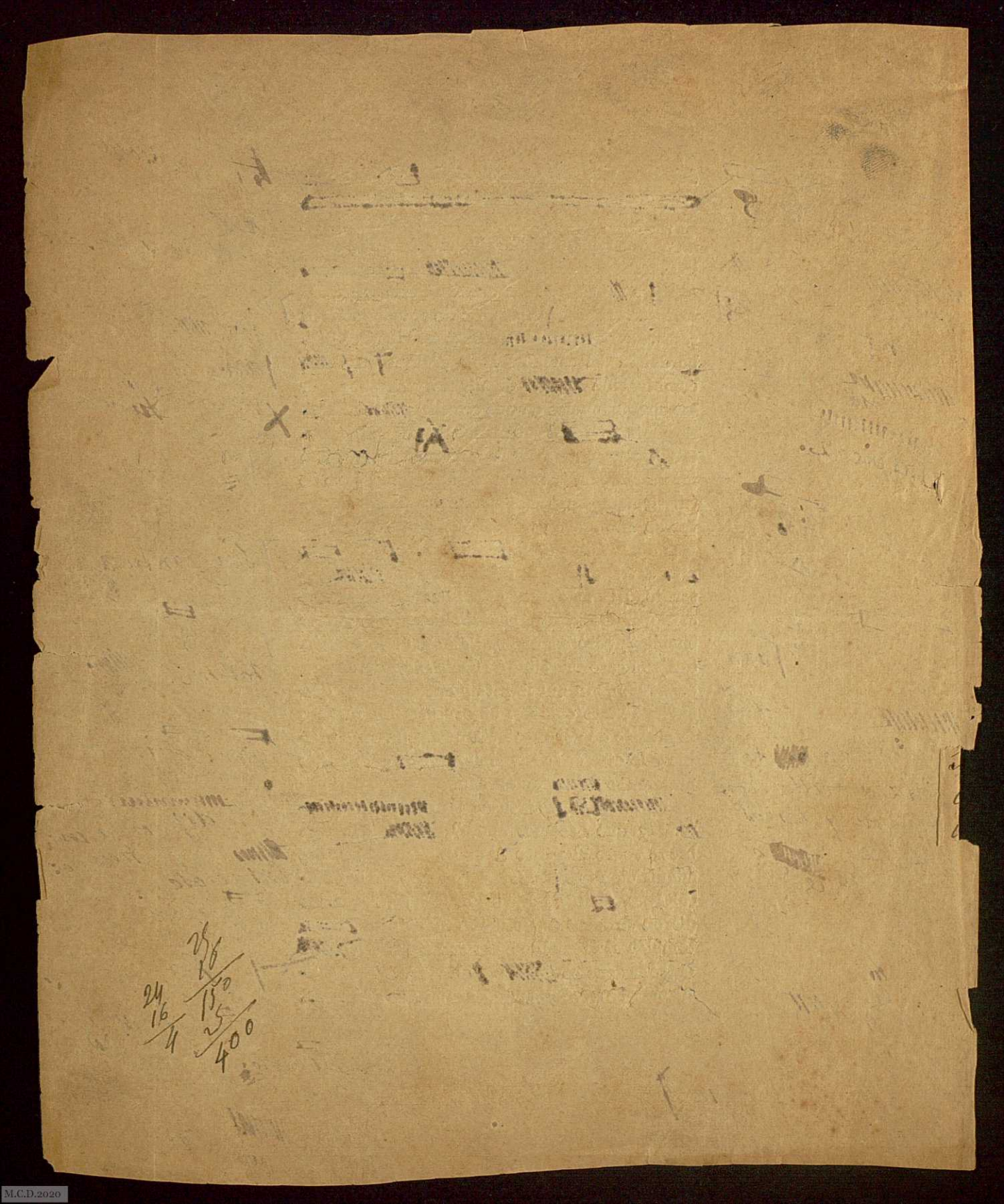
Bajó la santa. Doña Bárbara acababa de lle[illegible] poco adusta, observando los extremados afectos de su hijo con aquel [illegible] que estaba en su poder, como si se lo hubiera encontrado en la calle ó se lo hubieran puesto en una cesta á la puerta de su casa. Algo le decían también á la señora de Santa Cruz las facciones



del chiquitín; pero escarmentada ~~de la otra vez~~ y de la enorme plancha que se llevaron todos, se contenía por no incurrir en la ridiculéz de un chasco semejante al de marras. Estaba, pues, la señora, indecisa, sin ~~atreverse~~ á ponerse con cuenta y las razones que Guillermina le dió para convencerla, la sacaron de aquella actitud reservada y ~~suspicaz~~. Los afectos que se desbordaban del corazón de la Delfina eran una combinación de alegría y de pena, por las circunstancias en que aquella criatura había venido á sus manos, no podía apartar el pensamiento de la persona que un poco más arriba, en la misma casa, había dejado de existir aquella mañana, y se maravillaba de notar en su corazón sentimientos que eran algo más que lástima de la infeliz mujer, pues entrañaban algo de compañerismo, fraternidad fundada en desgracias comunes. Recordaba, sí, que la muerta había sido su mayor enemiga; pero las últimas etapas de la enemistad y el caso increíble de la herencia del *Pituso*, envolvían, sin que la inteligencia pudiera desentrañar este enigma, una reconciliación. Con la muerte de por medio, la una en la vida visible y la otra en la invisible, parecía que las dos mujeres se ~~miraran~~ un abrazo.

Las tres señoras "¿y qué hacemos ahora?„ discusión breve sobre el punto á que llevarían aquella adquisición precisa. Guillermina cortó las dificultades, diciendo que le llevarían á su casa. Se dieron órdenes á Estupiñá para que ~~fuese~~ también al domicilio de la santa las tres ~~mujeres~~ entre las cuales debía ser elegida, á toda conciencia, la que había de criar al ~~hijo de la casa~~.

y previsora,
entusiasmarse;
tierna
sin ventura,
tal vez
bien podría ser
dijeron a un tiempo:
Entablóse
propuso
fuesen conducidas
mono del Cielo
mujeronas



Plácido, conforme la indicación de la casera, convidó á almorzar á D. Segismundo, que aceptó por cortesía, aunque no tenía gana. Ni en aquella fúnebre ocasión, dejó Estupiñá de ser hablador, y mientras almorzaba no paró el pico, haciendo comentarios sobre la muerte de la infelíz inquilina, y diciendo que era lástima no se hubiese confesado, pues siendo su vida tan tormentosa, valía la pena de descargar el alma en aquella hora. "Pobrecita, siempre me acordaré del mal rato que pasé cuando me quedé solo con ella, y ví que se moría y no le podía prestar ningún auxilio. Yo la llamaba y me respondía *Nene*, con una voz tan cariñosa que partía el alma... ¡Mire usted que llamarme á mí nene!..."

Por la noche de aquel célebre día, hubo en la casa de Santa Cruz una escena memorable. Jacinta y su suegra cogieron por su cuenta al Delfín, y le pusieron en [redacted] compromiso, refiriéndole lo ocurrido, mostrándole la carta redactada por Estupiñá y obligándole [redacted] que hería lastimosamente su amor propio, [redacted] saber, á manifestarse sinceramente consternado, pues el caso no era para tomado á broma, ni para rehuído con cuatro frases y un pensamiento ingenioso. Había faltado gravemente, ofendiendo á su mujer legítima, abandonando después á su cómplice, y haciendo á ésta digna de compasión y aun de simpatía, por las condiciones en que se había realizado su abandono. Por fin, [redacted], tratando de rehacer su amor propio destrozado, manifestó que su propósito era amparar á aquella infelíz y que no lo hizo por no saber dónde moraba (mentira, porque Aurora se lo había dicho), y terminó diciendo que el chico era suyo y muy suyo, y que por tal lo reconocía haciendo propósito de quererle como si le hubiera tenido de su adorada y legítima esposa.

Cuando se quedaron solos los Delfines, Jacinta se despachó á su gusto con su marido, y

duro

(con lastimoso deterioro de su dignidad)

una serie de hechos de que él era exclusivamente responsable.

puesto en solfa,

destrozado

Santa Cruz

negó unas cosas, y otras, las mas amargas, las endulzó y confitó admirablemente, para que pasaran,

y aceptaba, con

ando por afirmar

os

tan cargada de razón estaba y tan firme y valerosa, que él apenas pudo contestarle, y sus triquiñuelas fueron armas impotentes y risibles contra la verdad que afluía de los labios de ~~su insigne~~ consorte. Ésta le hacía temblar con sus acerados juicios, y ya no era fácil que el habilidoso caballero triunfase de aquella alma tierna, cuya dialéctica [redacted] debilit~~ada por~~ la fuerza del cariño. Entonces se vió que ~~el~~ ~~Jacinta~~ la continuidad de los sufrimientos habían destruído en ~~absoluto~~ la estimación á su marido, y la ruina de la estimación arrastró consigo parte del amor, hallándose por fin este reducido á tan [redacted] proporciones, que casi no se le ~~distinguía~~. La situación desairada en que esto le ponía [redacted], inflamaba más y más [redacted] ~~amor propio~~, y ante el desdén no simulado, sino real y efectivo que su mujer le mostraba, el pobre hombre padecía horriblemente, porque era para él muy triste que á la víctima no le doliesen ya los golpes que [redacted]. No ser nadie en presencia de su mujer, no encontrar allí aquel refugio á que periódicamente estaba acostumbrado, le ponía de malísimo talante. [redacted] ~~contaba con perder nunca~~ aquel refugio ~~por eso, cuando le perdió~~, experimentó por vez primera ~~en su vida~~ esa sensación tristísima de las [redacted] pérdidas y del vacío de la vida, sensación que [redacted] envejecer ~~y del quedarse~~ solo, y [redacted] marca la hora en que ~~la juventud~~ se corre hacia atrás, quedando á la espalda los horizontes que antes estaban por delante. Claramente se lo dijo ella, [redacted] sinceridad en sus ojos, que nunca engañaban. "Haz lo que quieras. Eres libre como el aire. Tus trapisondas no me afectan nada." Esto no era palabrería, y en las pruebas de la vida real, [redacted] el Delfín que [redacted] ~~revelaban una verdad incontrovertible~~.

Durante algún tiempo, el [redacted] siguió en casa de Guillermina, donde estaba la nodriza, hasta que enteraron de todo á D. Baldomero,

la ofendida

soléa

con

arse

Jacinta

míseras

echaba de ver.

el orgullo de Santa Cruz,

recibía.

Y era tal su confianza en la seguridad de [redacted], que

al perderlo,

irreparables

en plena familia equivale al quedarse

en plena juventud equivale al

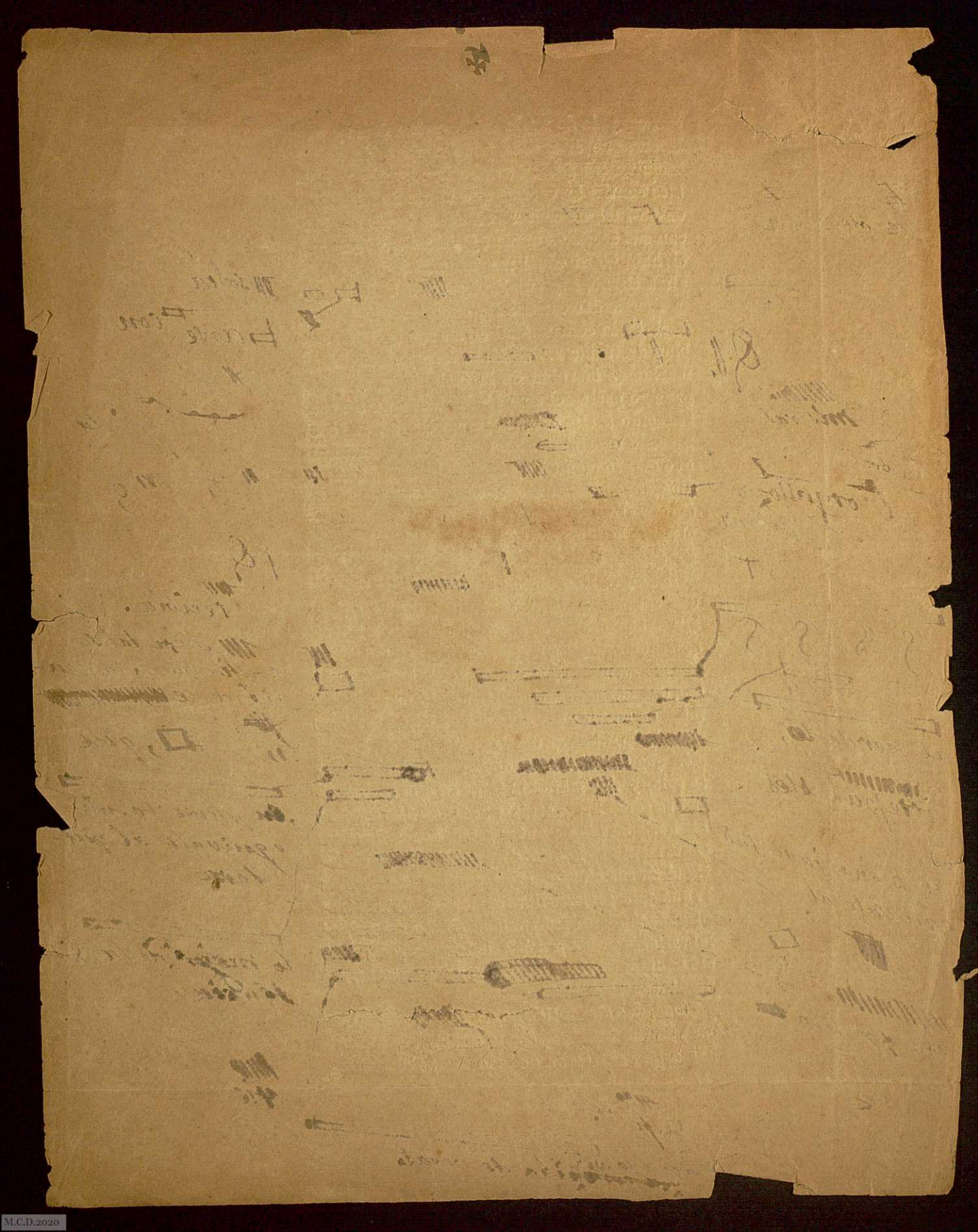
lo mejor de la existencia

con expresiva

vió

Delfinito

aquella vez ~~la cosa~~ iba de veras.



y se le pudo llevar á la casa patrimonial. Jacinta vivía consagrada á él en cuerpo y alma, y tenía la satisfacción de que todos en la casa le querían, incluso su padre. A solas con él, la dama se entretenía en fabricar con su pensamiento ~~vagabundo~~ ~~algo que no era real~~. Las facciones del hermoso niño no eran las de la otra, eran las suyas. Y tanto podía la imaginación, que la madre putativa llegaba á embelarse con el recuerdo de haber llevado en sus entrañas aquel precioso hijo, y á extremecerse con [illegible] de los dolores sufridos al echarle al mundo. Y tras estos juegos de la fantasía traviesa, venía el discurrir sobre lo desarregladas que andan las cosas del mundo. También ella tenía su idea respecto á los vínculos establecidos por la ley, y los rompía con el pensamiento, realizando la imposible obra de volver el tiempo atrás de mudarle á las personas el corazón, poniendo á éste el corazón de aquél, y á tal otro la cabeza del de más allá, haciendo unas correcciones tan extraordinarias á la obra total del mundo, que se reiría de ellas Dios si las supiera y su vicario con faldas, Guillermina Pacheco. Jacinta hacía girar todo este ciclón de pensamientos y correcciones alrededor de la cabeza angélica de Juan Evaristo; recomponía las facciones de éste, atribuyéndole las suyas propias, mezcladas y confundidas con las de Moreno... aquel corazón que la adoraba y que se moría por ella... Porque bien podría Moreno haber sido su marido... y no estar como estaba gastado y enfermo y tener la misma cara que tenía el Delfín, ese ~~tunante~~, mala persona... y el mundo entonces sería como debía ser, y no pasarían las muchas cosas malas que pasan... ¡Ah!

24
38
39
37
42
53
45
300

las supiera, y su vicario con faldas, Guillermina Pacheco. Jacinta hacía girar todo este ciclón de pensamientos y correcciones alrededor de la cabeza angélica de Juan Evaristo; recomponía las facciones de éste, atribuyéndole las suyas propias, mezcladas y confundidas con las de un sér ideal, que bien podría tener la cara de Santa Cruz, pero cuyo corazón era seguramente el de Moreno... aquel corazón que la adoraba y que se moría por ella... Porque bien podría Moreno haber sido su marido... vivir todavía, y no estar gastado ni enfermo, y tener la misma cara que tenía el Delfín, ese falso, mala persona... Y aunque no la tuviera, vamos, aunque no la tuviera... ¡Ah! el mundo entonces sería como debía ser, y no pasarían las muchas cosas malas que pasan...

XVI

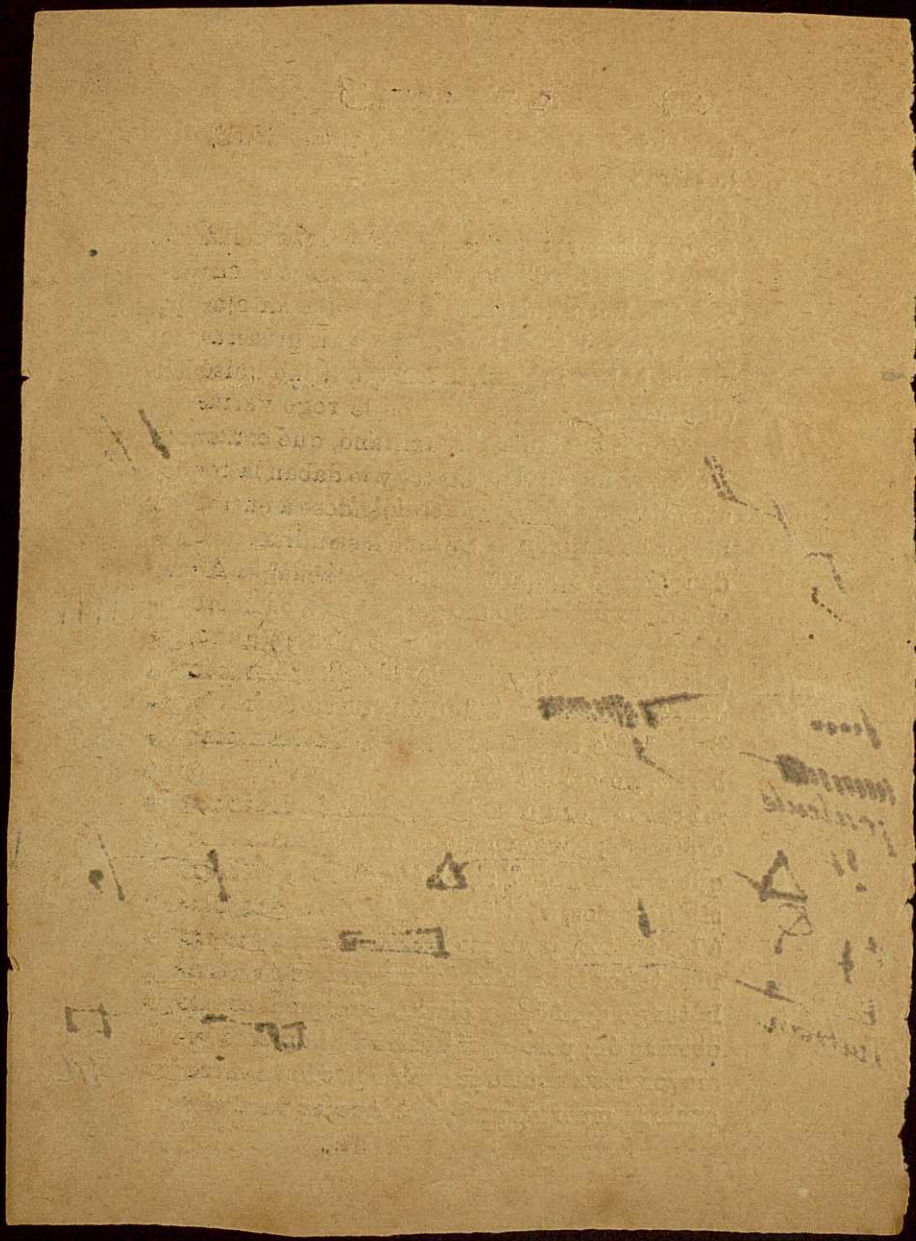
En el entierro de la señora de Rubín contrastaba el lujo del carro fúnebre con lo corto del acompañamiento de coches, pues sólo constaba de dos ó tres. En el de cabecera iba Ballester, que por no ir solo se había hecho acompañar de su amigo el crítico. En el largo trayecto de la Cava al cementerio, que era uno de los del Sur, Segismundo contó al buen Ponce todo lo que sabía de la historia de Fortunata, que no era poco, sin omitir lo último, que era sin duda

lo mejor; á lo que dijo el eximio sentenciador de obras literarias, que había allí elementos para un drama ó novela, aunque á su parecer, el tejido artístico no resultaría vistoso sino introduciendo ciertas urdimbres de todo punto necesarias para que la vulgaridad de la vida pudiese convertirse en materia estética. No toleraba él que la vida se llevase al arte tal como es, sino aderezada, sazonada con olorosas especias y después puesta al fuego hasta que cueza bien. Segismundo no participaba de tal opinión, y estuvieron discutiendo sobre esto con selectas razones de una y otra parte, quedándose cada cual con sus ideas y su convicción, y resultando al fin que la fruta cruda bien madura es cosa muy buena, y que también lo son las compotas, si el repostero sabe lo que trae entre manos.

En esto llegaron y se dió tierra al cuerpo de la señora de Rubín, delante de las cuatro ó cinco personas acompañantes, las cuales eran Segismundo y el crítico, Estupiñá, José Izquierdo y el marido de una de las placeras, amiga de Segunda. Ballester, afectadísimo, hacía de tripas corazón, y se retiró por último. De regreso á Madrid en el coche, llevaba fresca en su mente la imagen de la que ya no era nada. "Esta imagen—dijo á su amigo,—vivirá en mí algún tiempo; pero se irá borrando, borrando, hasta que enteramente desaparezca. Esta pre-

sunción de un olvido posible, aun suponiéndolo lejano, me da más tristeza que lo que acabo de ver... Pero tiene que haber olvido, como tiene que haber muerte. Sin olvido, no habría hueco para las ideas y los sentimientos nuevos. Si no olvidáramos, no podríamos vivir, porque en el trabajo digestivo del espíritu no puede haber ingestión sin que haya también eliminación.„

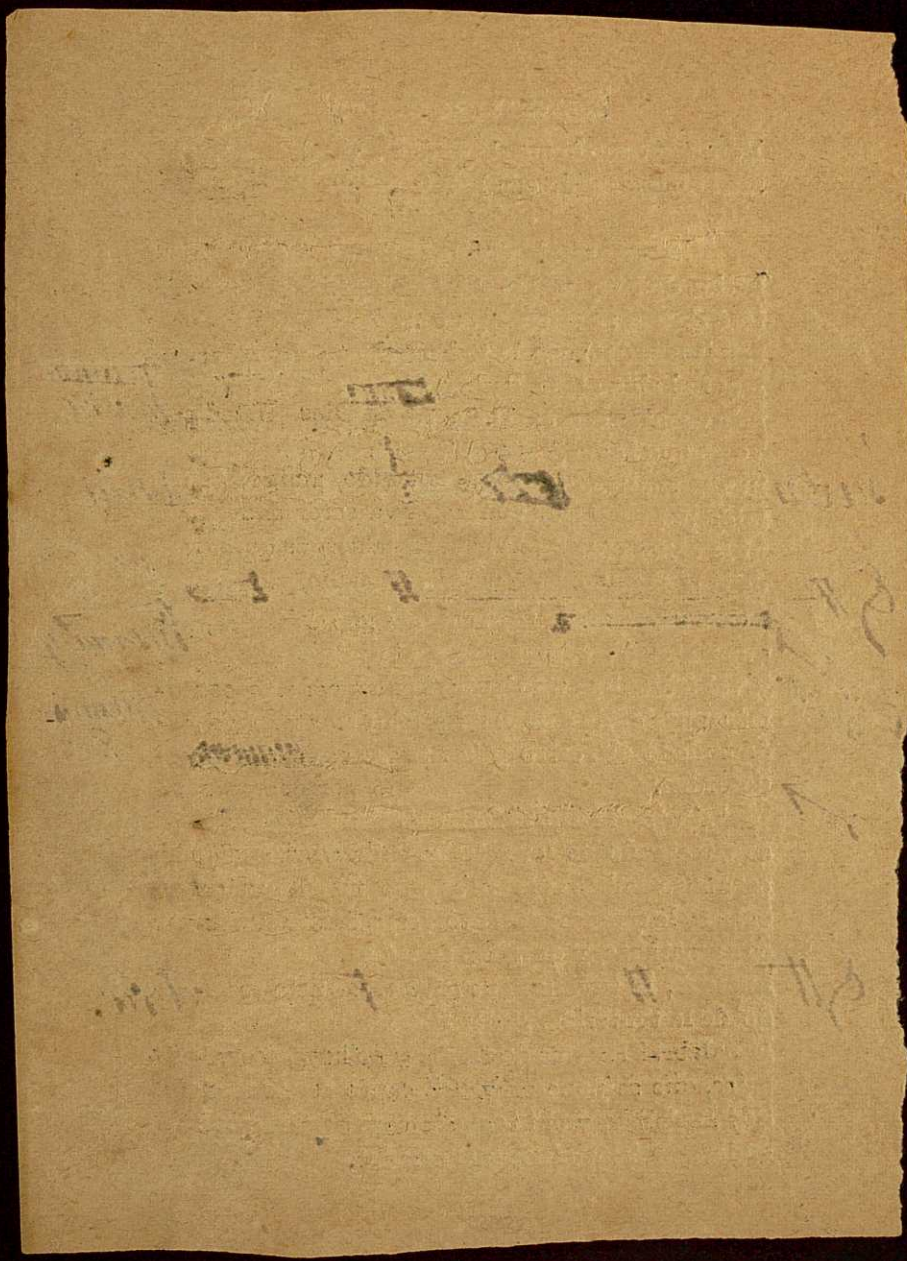
Y más adelante: "Mire usted, amigo Ponce. Yo estoy inconsolable; pero no desconozco que, atendiendo al egoismo social, la muerte de esa mujer es un bien para mí (bienes y males andan siempre aparejados en la vida); porque, créamelo usted, yo me preparaba á hacer grandes disparates por esa buena moza; ya los estaba haciendo, y habría llegado sabe Dios á dónde. No sabe usted qué atracción ejercía sobre mí. Me tengo por hombre de seso, y sin embargo, yo me iba derecho al abismo. Tenía para mí esa mujer un poder sugestivo que no puedo explicarle; se me metió en la cabeza la idea de que era un ángel, sí, un ángel disfrazado como si dijéramos, vestido de máscara para espantar á los tontos, y no me hubieran arrancado esta idea todos los sabios del mundo. Y aun ahora, la tengo aquí fija y clara... Será un delirio, una aberración; pero aquí dentro está la idea, y mi mayor desconsuelo es que no puedo ya, por causa de la muerte, probarme que es verdadera...



Porqué yo me lo quería probar... y créalo usted, me hubiera salido con la mía.„

Á la semana siguiente, Ballester salió de la botica de Samaniego, porque doña Casta se enteró de sus relaciones (que á ella se le antojaron inmorales) con la infame que tan groseramente había atropellado á [illegible], y no quiso más cuentas con él. Doña Lupe le rogó varias veces que fuese á ver á Maxiliano, que continuaba encerrado en su cuarto, y le daban la comida por un tragalúz, no atreviéndose á entrar ni la señora ni Papitos, porque los aullidos que daba el infeliz eran señal de la agitación furiosa en que estaba. Segismundo fué el primero que penetró en la estancia, sin miedo alguno, y vió á Maxi en un rincón, hecho un ovillo, con más apariencias de imbecilidad que de furia, demudado el rostro y las ropas en lamentoso desorden.

"¿Qué?—le dijo el farmacéutico inclinándose y tratando de levantarle.—¿Se va pasando eso?... Como hace días nos quiso usted morder cuando le quitamos el revólver, y daba mordiscos y patadas, y quería matar á todo el género humano, le tuvimos que encerrar. Justo castigo de la tontería... ¿Qué? ¿Ha perdido el uso de la palabra? Mírame de frente y no hagamos visajes, que se pone muy feito. ¿No me conoce? Soy Ballester, y ahí tengo la vara aquella para enderezar á los niños mal criados.



—Ballester—dijo Maxi mirándole fijamente y como quien vuelve de un letargo.

—El mismo, ¿y qué?... ¿Quiere que le dé noticias del mundo? Pues prométame tener juicio.

—¿Juicio...? Ya lo tengo, ya lo tengo. ¿Pues acaso he perdido yo alguna vez ni tanto así del juicio?

—¡Quiá! Nada en gracia de Dios. ¡Usted perder el juicio! Bueno va...

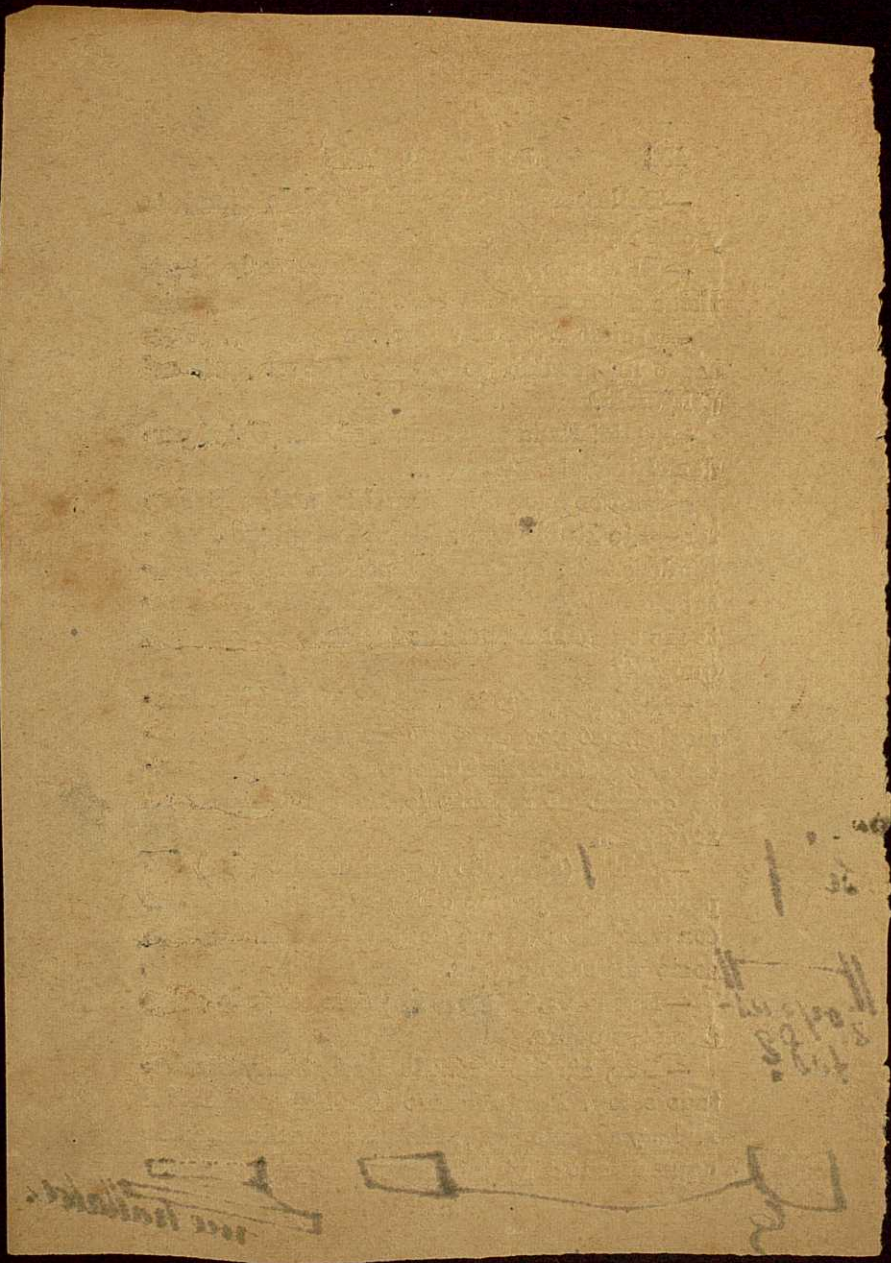
—Ello es que yo he dormido, amigo Ballester—dijo Rubín con relativa serenidad levantándose.—Lo que recuerdo ahora es que yo estaba cuerdo, más cuerdo que nadie, y de repente me entró el frenesí de matar. ¿Por qué, por qué fué?

—Eso, rásquese la cabecita á ver si hace memoria... fué porque *semos* muy tontos. Era usted el espejo de los filósofos, y ya iba para santo, cuando de repente le dió por comprar un revólver...

—¡Ah!... (abriendo espantado los ojos) fué porque mi mujer me dió palabra de quererme con verdadero amor, de quererme con delirio, como ella sabe querer.

—Bueno va. Y ahora le quiere echar la culpa á la otra pobre.

—Ella, sí, ella fué. Me arrebató... y arrebatado estoy. Tengo dentro de mí el espíritu del mal... y apenas me queda un recuerdo vago de aquel estado de virtud y razón en que yo estaba.



M.C.D.2020

—¡Qué lástima, hijo, qué lástima! Tenemos que volver á las duchas y al bromuro de sodio. Es lo mejor para echar virtud y filosofía.

—Volveré—dijo Maxi con gravedad suma,—cuando haya cumplido la promesa que á mi mujer hice. Mataré, gozaré después de aquel amor inefable, infinito que no he catado nunca y que ella me ofreció en cambio del sacrificio que le hice de mi virtud, y luégo nos consagrarémos ella y yo á hacer penitencia y á pedir á Dios perdón de nuestra culpa.

—¡Bonito programa, sí, señor, bonito contrato! Sólo que ya no puede realizarse, porque falta una de las partes.

—¿Qué parte?

—La que ponía el amor, ese amor tan sublime.

Maxi no comprendía, y Ballester, decidido á darle la noticia sin rodeos ni atenuaciones, concluyó así:

—Sí, su mujer de usted ya no existe. La pobrecita se nos ha muerto hace hoy ocho días.

Y al decirlo, se conmovió extraordinariamente, velándosele la voz. Maxi prorrumpió en una risa desentonada. "Otra vez la misma comedia, otra vez... Pero ahora, como entonces, no cuela, Sr. Ballester... ¿Apostamos á que con mi lógica vuelvo á descubrir dónde está? ¡Ay, Dios mío! ya siento la lógica invadiendo mi cabeza con fuerza admirable, y el talento vuel-

M.C.D.2020

vé... sí, me vuelve, aquí está, le siento entrar. ¡Bendito sea Dios, bendito sea!

Doña Lupe, que escuchaba este coloquio aplicando su oído desde el pasillo á la puerta entornada, fué perdiendo el miedo al oir la voz serena de su sobrino, y abrió un poquito, dejando ver su cara inteligente y atisbadora.

"Entre usted, doña Lupe—le dijo Segismundo.—Ya está bien. Pasó el arrebato. Pero no quiere creer que ha perdido á su esposa. Ya como la otra vez le engañamos... Pero él tuvo más talento que nosotros.

—Y ahora también, y ahora también—afirmó Rubín con maniática insistencia.—Empezaré al instante mis trabajos de observación y de cálculo.

—Pero no necesitará calentarse la cabeza, porque yo se lo probaré... probaré lo que he dicho. Doña Lupe, hágame el favor de traerle ropa, porque no está bien que salga á la calle con esa facha.

—¿Pero á dónde le va usted á llevar? (alarmada).

—Déjeme usted á mí. Yo me entiendo. ¿Teme que le robe esta alhaja?

—Mi ropa, tía, mi ropa—dijo Maxi tan animado como en sus mejores tiempos, y sin ninguna apariencia de trastorno mental.

Por fin, se hizo lo que Ballester deseaba; Maxi se vistió y salieron. En el pasillo, Segis-

mundo comunicó su pensamiento á doña Lupe: "Mire usted, señora, yo tengo que ir al cementerio á ver la lápida que he hecho poner en la sepultura de esa pobrecita. La costeo yo; he querido darme esa satisfacción... una lápida preciosa, bonita, con su nombre y una corona de rosas...

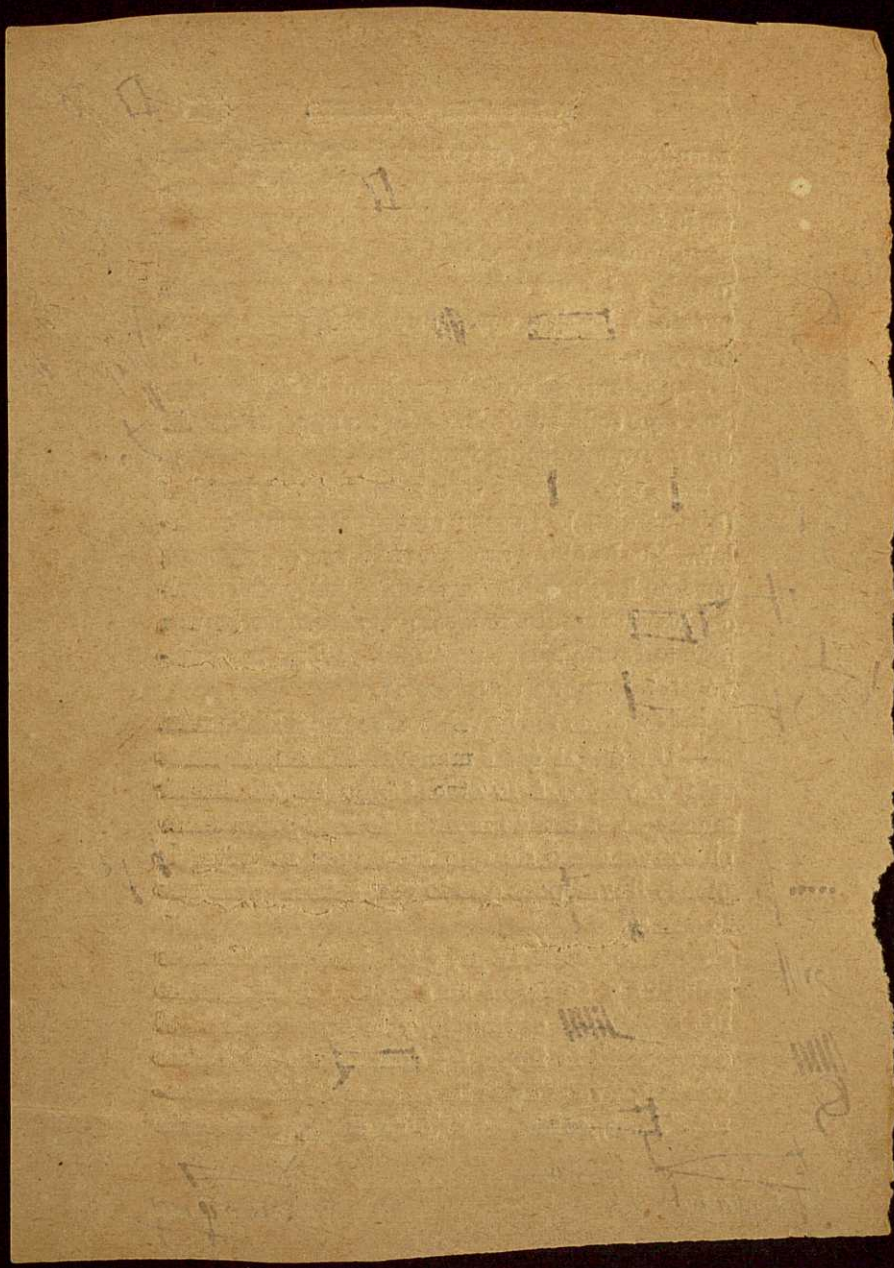
—¡Corona de rosas!—exclamó *la de los Pavos* que con toda su diplomacia no supo disimular un ligero acento de ironía.

—De rosas... ¿y que más le da á usted...? (quemándose). ¿Acaso tiene usted que pagarla?... Yo hubiera querido hacerla de mármol; pero no hay posibles... y es de piedra de Novelda. Es el tributo modesto y afectuoso de una amistad pura... Era un ángel... Sí; no me vuelvo atrás aunque usted se ría.

—No, si no me he reido. Pues no faltaba más.

—Un ángel á su manera. En fin, dejemos esto y vamos á lo otro. Como ha de influir mucho en el estado mental de este pobre chico el convencerse de que su mujer no vive, lo pienso llevar para que lo vea, señora, para que lo vea...

Aprobó doña Lupe, y los dos farmacéuticos salieron y tomaron un simón. Por el camino iba Maxi cabizbajo, y la aproximación al cementerio le imponía, sometiendo su ánimo con la gravedad que lleva en sí la idea del morir. "Pase, entre—le dijo su amigo cogiéndole



por un brazo, y llevándole dentro del camposanto. Atravesaron un gran patio lleno de mausoleos de más ó menos lujo, después otro patio que era todo nichos, pasaron luego á otro en el cual había sepultura abierta, otras recién ocupadas, y paráronse delante de una en la cual estaban aún los albañiles que acababan de poner una lápida y recogían las herramientas.

"Aquí es — dijo Ballester, señalando una gran losa de cantería de Novelda, en cuyo extremo superior había una corona de rosas, bastante bien tallada y debajo el R. I. P. y luégo un nombre y la fecha del fallecimiento.—¿Qué dice ahí?„

Maximiliano se quedó inmóvil, clavados los ojos en la lápida... ¡Bien claro rezaba el letrero! Y al nombre y apellido de su mujer se añadía *de Rubín*. Ambos callaban; pero la emoción de Maxi era más viva y difícil de dominar que la de su amigo. Y al poco rato, un llanto tranquilo, expresión de dolor verdadero y sin esperanza de remedio, brotaba de sus ojos en raudal que parecía inagotable. "Son las lágrimas de toda mi vida—pudo decir á su amigo,—las que derramo ahora... Todas mis penas me están saliendo por los ojos.„

Ballester se lo llevó no sin trabajo, porque aún quería estar más tiempo allí y llorar más todavía. Cuando salían del cementerio, entraba un entierro con bastante acompañamiento. Era

el de D. Evaristo Feijóo. Pero los dos farmacéuticos no fijaron su atención en él. En el coche, Maximiliano, con voz sosegada y dolorida, expresó á su amigo estas ideas:

"La quise con toda mi alma. Hice de ella el objeto capital de mi vida, y ella no respondió á mis deseos. No me quería... Miremos las cosas desde lo alto: no me podía querer. Yo me equivoqué, y ella también se equivocó. No fuí yo sólo el engañado, ella también lo fué. Los dos nos engañamos recíprocamente. No con la Naturaleza, que es la gran madre y maestra que rectifica los errores de sus hijos extraviados. Nosotros hacemos mil disparates, y la Naturaleza nos los corrige. Protestamos contra sus lecciones admirables que no entendemos, y cuando queremos que nos obedezca, nos coge y nos estrella, como el mar estrella á los que pretenden gobernarlo. Esto me lo dice mi razón, amigo Ballester, mi razón, que hoy, gracias á Dios, vuelve á iluminarme como un faro espléndido. ¿No lo ve usted?... ¿pero no lo ve?... Porque el que sostenga ahora que estoy loco es el que lo está verdaderamente, y si alguien me lo dice en mi cara, ¡vive Cristo, por la santísima uña de Dios! que me la ha de pagar.

—Calma, calma, amigo mío (con bondad). Nadie le contradice á usted.

—Porque yo veo ahora todos los conflictos,

todos los problemas de mi vida con una claridad que no puede provenir más que de la razón... Y para que conste, yo juro ante Dios y los hombres que perdono con todo mi corazón á esa desventurada á quien quise más que á mi vida, y que me hizo tanto daño; yo la perdono, y aparto de mi toda idea rencorosa, y limpio mi espíritu de toda maleza, y no quiero tener ningún pensamiento que no sea encaminado al bien y á la virtud... El mundo acabó para mí. He sido un mártir y un loco. Que mi locura, de la que con la ayuda de Dios he sanado, se me cuente como martirio, pues mis extravíos, ¿qué han sido más que la expresión exterior de las horribles agonías de mi alma? Y para que no quede á nadie ni el menor escrúpulo respecto á mi estado de perfecta cordura, declaro que quiero á mi mujer lo mismo que el día en que la conocí, adoro en ella lo ideal, lo eterno, y la veo, no como era, sino tal y como yo la soñaba y la veía en mi alma; la veo adornada de los atributos más hermosos de la divinidad, reflejándose en ella como en un espejo; la adoro, porque no tendríamos medio de sentir el amor de Dios, si Dios no nos lo diera á conocer, figurando que sus atributos se transmiten á un sér de nuestra raza. Ahora que no vive, la [illegible] más libre de las transformaciones que el mundo y el contacto del mal le [illegible]; ahora no temo la infidelidad, que es un rozamiento con

imprimían;

las fuerzas de la Naturaleza que nos rodean; ahora no temo las traiciones, que son proyección de sombra por cuerpos opacos que se interponen; ahora estoy con mi idea, ahora todo es libertad, luz; desaparecieron las asquerosidades de la realidad, y vivo con mi ídolo en mi idea, y nos adoramos con pureza y santidad sublimes en el tálamo indudable de mi pensamiento.

—Era un ángel—murmuró Ballester, á quien, sin saber cómo, se le comunicaba algo de aquella exaltación.

—Era un ángel—gritó Maxi dándose un fuerte puñetaño en la rodilla.—¡Y el miserable que me lo niegue ó lo ponga en duda se verá conmigo...!

—¡Y conmigo!—repitió Ballester con igual calor.—Lástima de mujer... ¡Si viviera!

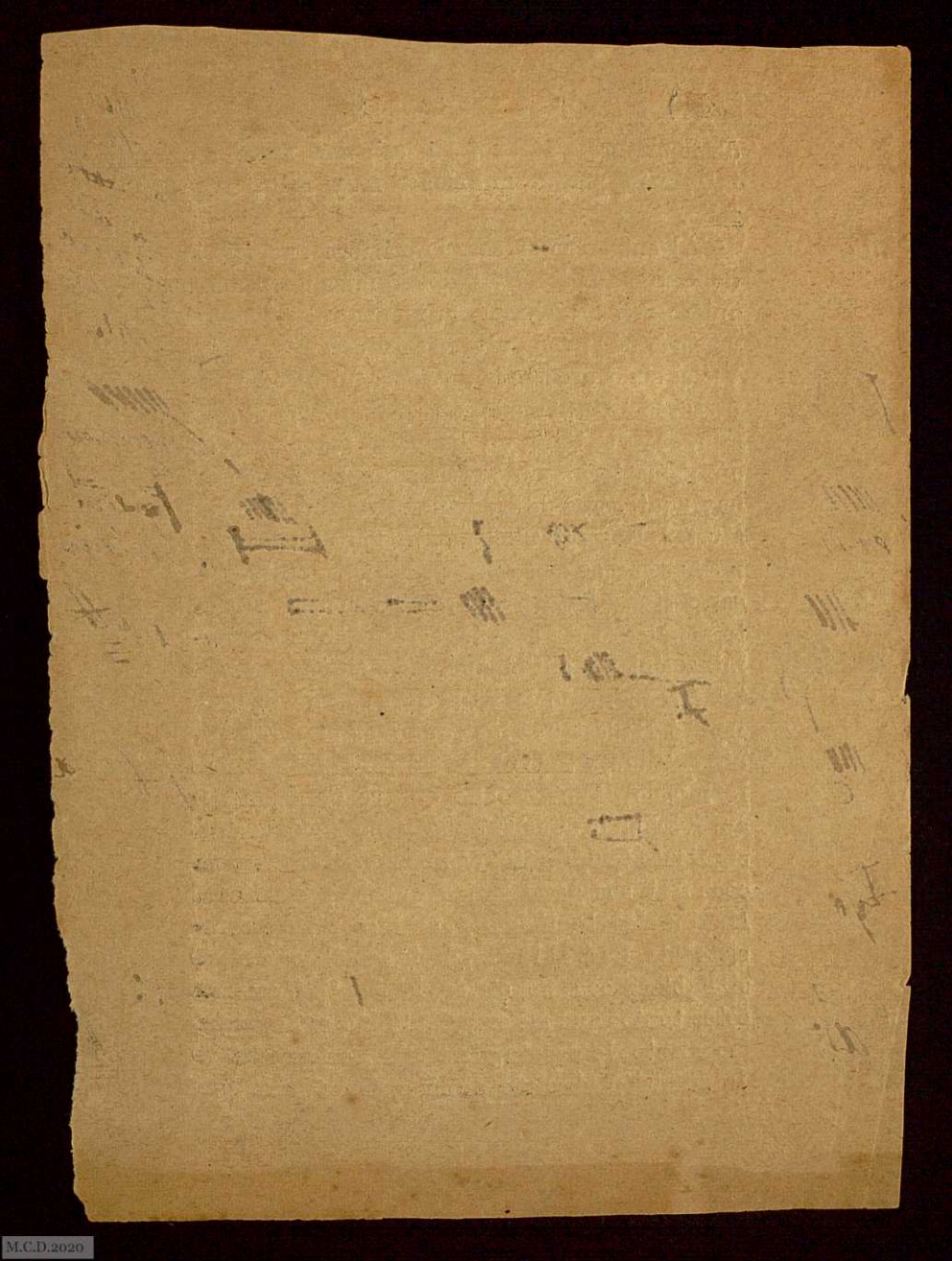
—No, amigo, vivir no. La vida es una pesadilla... Más la quiero muerta...

—Y yo también—dijo Ballester, cayendo en la cuenta de que no debía contrariarle.—La amarémos los dos como se ama á los ángeles. ¡Dichosos los que se consuelan así!

—¡Dichosos mil veces, amigo mío—exclamó Rubín con entusiasmo,—los que han llegado, como yo, á este grado de serenidad en el pensamiento! Usted está aún atado á las sinrazones de la vida; yo me liberté, y vivo en la pura idea. Felicíteme usted, amigo de mi alma, y

deme un gran abrazo, así, así, más apretado; más, más, porque me siento muy feliz, muy feliz.

Al entrar en su casa lo primero que dijo á doña Lupe fué esto: "Tía de mi alma, yo me quiero retirar del mundo, y entrar en un convento donde pueda vivir á solas con mis ideas." Vió el cielo abierto la de Jáuregui al oirle expresarse de este modo, y respondió: "¡Ay, hijo mío, si ya te tenía yo dispuesta tu entrada en un monasterio muy retirado y hermoso que hay aquí, cerca de Madrid! Verás qué bien vas á estar. Hay unos monjes muy buenos que no hacen más que pensar en Dios y en las cosas divinas. Estarás tan ricamente. ¡Cuánto me alegro de que hayas tomado esa determinación! Y anticipándome á tu deseo, te estaba preparando la ropa que has de llevar." Apoyó Ballester la idea que á su amigo le había entrado, y todo el día estuvo hablándole de lo mismo, temeroso de que se desdijera; y aprovechando aquella buena disposición, al día siguiente tempranito, él mismo le llevó en un coche al sosegado retiro que le preparaban. Maxi iba contentísimo y no hizo ninguna resistencia. Pero al llegar, decía en alta voz como si hablara con un sér invisible: "¡Si creerán estos tontos que me engañan! Esto es Leganés. Lo acepto, lo acepto y me callo, en prueba de la sumisión absoluta de mi voluntad á lo que



en un palacio ó en un muladar... lo mismo da"

el mundo quiera hacer de mi persona. No encerrarán entre murallas mi pensamiento. Resido en las estrellas. Pongan al llamado Maximiliano Rubín [redacted]."

Muchísimo cuidado en la corrección de estos pliegos. Temo que con las prisas vaya á salir esto hecho un cien pies. Hay muchas correcciones, y fijarse bien y leerlo y repasarlo antes de tirar. Dijo V. S. Velada: es pruebas de pliegos, que corresponden á las galeradas, me las guarda con las anteriores, para que queda la co

FIN DE LA NOVELA

Madrid, Junio de 1887.

Aumente V. una línea más á esta pagina ó á la anterior para que en lugar de ser 4, como hay, sean 5.

Lección de galeradas completa

ÍNDICE

	Páginas.
I.—En la calle del Ave-María.....	5
II.—Insomnio.....	104
III.—Disolución.....	159
IV.—Vida nueva.....	231
V.—La razón de la sinrazón.....	280
VI.—Final.....	291

M.C.D.2020

M.C.D.2020